



LA CARTA DEL MUERTO

IDILIO CONTEMPORÁNEO

I

El caserón aquel de la calle de Leganitos, en que hace más de quince años conocí al bravo general Enríquez, parecía construído y aun envejecido de propósito para albergarle dignamente á él y á su incomparable familia.

Fachada extensa, poco elevada y llena de huecos anchos y altos, como hechos para tragar mucha luz; portada de piedra rematada en blasón de gran relieve que el tiempo y las lluvias habían acentuado con vigoroso claroscuro; ancha escalera de bajos peldaños, techos elevados de recia viguería, amplias habitaciones que se abrían sobre la calle ó sobre un extenso jardín tapizado de yedra y poblado de añosos frutales; en suma, que la casa era traducción gráfica del carácter de su más antiguo inquilino: grandeza, solidez, expansión, alegría, rancia nobleza y sincero españolismo.

Tal era el general D. Alfonso Enríquez de León, mi viejo y entrañable amigo; por eso acostumbraba á decirme: «Chi-

quilla, los veteranos que *pertenecemos á la historia encajamos bien en estos solares con yedra y con blasones*».

Y cierto que su vida militar á la historia pertenecía, no sólo por pretérita, sino por gloriosa; como que la última página la escribió D. Alfonso con su propia sangre en los campos de África.

La generala, D.^a Carmen Ramírez de Avendaño, no era menos digna de aquella decoración histórica; pero no ciertamente por el lado de las vanidades heráldicas ni de las preocupaciones de clase: D.^a Carmen era lo que tan sinceramente llamaban nuestros abuelos *toda una señora cristiana*. Tipo modesto, sencillo, vulgar, prosaico para la mayoría de las gentes, como hecho de fáciles y caseras virtudes, pero tan noble, tan sublime, tan español que en él vemos el retrato de nuestras madres y el prototipo de las madres de nuestros héroes.

Porque la raíz de las más altas virtudes de nuestros grandes hombres de lo pasado solía estar en el corazón de madres tan obscuras y tan preclaras como aquélla.

Ignoro si los generales tenían blasones nobiliarios; pero afirmo que eran dignos de fundarlos, y por eso los doy por nobles de la mejor cepa.

Ni él ni ella eran ignorantes; habían leído mucho y habían sabido asimilárselo. Su juventud y sus amores coincidieron con lo más álgido del período romántico, y aquella violenta exaltación de la sensibilidad en la primavera de la vida, aunque modificada por la reacción de las ideas modernas (no despreciadas ciertamente por ellos) y apagada bajo el peso de los años, fulguraba todavía como vivo esplendor remoto dentro de aquellos espíritus, siempre prontos á inflamarse de entusiasmo por cuanto fuese noble, tierno, cristiano y español.

Por eso aquellos dos viejos, que se amaban como en el día de su boda, eran siempre jóvenes y en muchas ocasiones niños.

Gentes anticuadas, ¿verdad? Pero así eran. ¡Y qué lástima que se vayan extinguiendo!

La nota modernista de la casa era el hijo, Fernando, porque Lolita, una sobrina huérfana, que para los generales era otra

hija, no tenía de moderno más que los años—que cuando conocí al general no llegaban á seis y al comenzar este relato (1895) no pasaban de veinte—y la inteligencia, tan prematura, despierta y emprendedora, que en viva curiosidad de saber y en maravillosa rapidez de percepción se dejaba atrás á los hombres más listos y leídos.

Por lo demás, en cuanto al sentimiento, la cordura y todos los complicados elementos que componen el *carácter*, Lolita era contemporánea de sus tíos, vieja por la reflexión, absolutamente y para siempre joven por la intensa vida y la perenne lozanía de una sensibilidad inmarcesible.

En resumen, Lolita, juzgada por su exterior, era, para los extraños, una *muchacha sosa*; para el general, un *angelito sabio*; para D.^a Carmen, la hijita *de su espíritu*; para Fernando, una *chiquilla vieja*.

Vista por dentro, sorprendida con la conciencia y el corazón abiertos en la hora feliz y dorada de las muchachas, en los largos *ensueños* de antes de dormirse, Lolita era toda una mujer, tan capaz de amar como la que más y tan digna de ser amada como ninguna.

Lo que ella pensaba, sentía y padecía en aquellas horas de callada intimidad sólo Dios, que oía sus tiernas oraciones mezcladas de confidencias, y su almohadita, que muchas veces se bebía sus lágrimas, hubieran podido decirlo; por eso nadie lo sabía.

Pero toda la vigorosa florescencia de su juventud brotaba hacia dentro, y así, mientras el huerto cerrado de su alma se cuajaba de flores de primavera lozanía, al exterior Lolita no era más que una niña pálida, anémica, desmedradilla, á quien solamente libraban de la insignificancia, el vivo centelleo de sus ojos inteligentísimos y la efusiva simpatía de su espíritu, que como la luz y el perfume se propagaba suavemente en torno suyo.

Lo cierto es que la chiquilla parecía hecha para absorber todas las penas de la casa y para llenarla toda de su solicitud y su cariño. Pero ¿con qué moneda mejor hubiera pagado á los viejos la generosa adopción que de ella hicieron?

El caso, por dicha, no es raro; pues así como dice un ada-

gio popular y tiernamente providencialista que *cada hijo trae un pan debajo del brazo*, pudiera inventarse otro que expresase que cada huérfana prohijada lleva á la familia amparadora una dote inapreciable de ternura.

Y claro es que con la que ella daba por gratitud se doblaba la que los ancianos le consagraron de balde, cuando muerta su madre al darle vida y muerto poco después su padre en la primera campaña de Cuba, la llevaron á su casa como á hija.

Así Fernando la tenía por verdadera hermana, y sin embargo no podían darse tipos más opuestos.

Porque aún no he dicho que el heredero del general Enríquez, capitán de Estado Mayor, que frisaba en los veintiocho años (salió de la Academia á los diez y ocho y por riguroso escalafón acababa de obtener la tercera estrella), era todo un guapo mozo, el prototipo de la hermosura varonil en su más perfecta expresión.

Fernando era la armónica plenitud de la vida, libre de exaltaciones y de neurosis, sana de todo morboso sentimentalismo; era la juventud triunfante y confiada en sí propia; la salud, la belleza y la fuerza combinadas en perfecto equilibrio; tenía la arrogancia, las proporciones y la impasibilidad inalte- rable y luminosa de los mármoles griegos.

Si un escultor modernista hubiese querido personificar en dos figuras de actualidad las dos eternas tendencias de la estética y del espíritu humano, el *clasicismo* y el *romanticismo*, hubiese escogido como tipo único del ideal plástico á Fernando con su belleza y su radiosa serenidad de estatua helénica, y como expresión insuperable del arte espiritualista á Lolita, cuyo cuerpo, que no era más que el organismo de una sensibilidad, parecía la irradiación etérea de su alma, el tenue vaso de alabastro hecho para contener una azucena.

Pero á pesar de que contrastaban tan violentamente, ó quizás por lo mismo, Fernando y Lolita se querían, se necesitaban y se buscaban de continuo.

Fernando miraba á la muchacha como á verdadera hermanita menor, enfermiza y lista; en cuanto á débil, la protegía y la mimaba como á un niño; en cuanto á lista, la consultaba y

confiaba todo lo que puede confiar á una niña el hermano más celoso de su virginal inocencia; pero dentro de estos límites, en tales confianzas, la trataba con militar franqueza, como á un camarada afectuoso. Esto era reconocerle *talento macho*, como él decía bromeando, y ascenderla de paisanilla á *comandanta* por lo menos, puesto que á menudo ella acababa por dictarle órdenes.

No le satisfacía ni pizca á la niña aquella militar *camaradería* del primito, que á veces pecaba de egoísta y desconsiderado—¡sí, señor!—porque no tenía nada de galante ni de halagüeño para ella—así lo pensaba—aquello de marearla á cada paso contándole sus conquistas y noviazgos más ó menos formales, y leyéndole cartas donde sobraba de perfumes lo que faltaba de ortografía y de sentido.

—Chiquilla, estas cosas nos encantan á los hombres—contestaba él á las picantes censuras de Lolita;—nos gustan las muchachas ignorantes, bonitas y monas, ligeras y vacías como la espuma... ¡Por algo nació de ella Venus!

—Claro, y así salió la señora diosa! Tenéis lo que merecéis. Buscáis mujeres casquivanas y presumidas que no conocen más culto que el de su belleza; que se casan más por el *trousseau* que por el novio; que os quieren, no por lo que sois, sino porque aduláis su vanidad y sostenéis su lujo, y luego...

—¡Primita, vamos, — queriendo contentarla. — ¡Y luego qué?

—Y luego, cuando tenéis una preocupación ó un conflicto, un asunto grave, una pena honda, vais á consultarlas y... ¡os encontráis con un adoquín estucado!

—¡Envidiosilla!

—¡Eso faltaba! ¡Yo envidiosa?—¡Adiós... y no me busques más! —(Llorando.)

—¡Ven, tonta!—(Tomándole las manos con cariño).—Pero ¡no te lo cuento yo todo, no eres mi paño de lágrimas?

—¡Sí, para eso quedamos las primitas feas y sabidillas, como tú dices!

—¡Las primitas buenas y listas y divinas y saladas! ¡Venga usted acá, mamarracho!... ¡Si vales tú solita más que todas las novias del mundo!

Y le secaba las lágrimas, y con un diluvio de flores, de caricias y de zalamerías acababa por hacerla llorar y reír al mismo tiempo.

II

Pero como nada hay perfecto en la tierra, no todas han de ser alabanzas, y necesario es decir que los señores de Enríquez, con ser la misma bondad y la propia justicia, tenían un defecto, un punto débil, un flaco, uno sólo, pero que les cogía de pies á cabeza.

El flaco, la debilidad, la chifladura de aquel santo matrimonio era su hijo. Como no se casaron muy jóvenes y como no tuvieron más sucesión, ni por desdicha esperaban alcanzar nietos, Fernando vino á recoger y condensar toda la suma de amor que fueron capaces de dar aquellas dos almas amantísimas.

Y lo que nunca habían sentido D.^a Carmen y D. Alfonso por sí mismos, orgullo, vanidad, coquetería, sentíanlo ambos por su heredero: presumían de la salud, del valor, del entendimiento y, sin darse cuenta de ello, hasta de las conquistas de Fernando.

¡Ellos, incapaces de sentir ni aun amor propio, tenían vanidad hasta de las vanidades de su hijo!

Pero aquel orgullo, aquellas vanaglorias paternas, estaban mezcladas con tanta abnegación, con un entusiasmo tan comunicativo, con una alegría tan pura y tan divina, que si todo ello constituía defecto, éste era tan perdonable y simpático que daban ganas de aplaudirlo y hasta de envidiarlo.

Para aquellos buenos padres, como Fernando no había nada. Fernando era el mejor hijo, el más perfecto caballero, el más bizarro soldado y el más guapo mozo de la tierra.

Por la diferencia que se notaba entre el afecto que los ancianos consagraban á la huerfanita y el que rendían á su hijo podría adivinarse, no medirse, la magnitud de este último.

Con ser tan tierno, tan generoso y grande el cariño que tributaban á Lolita, sentíase en él algo de concesión á su desgracia, de recompensa á su bondad, se advertía que no era

todo gratuito, absoluto y como fatal; es decir, sentíase que á Lolita la querían *por algo* y á Fernando *porque sí*.

La actitud del matrimonio para con la huérfana parecía decir: «Te queremos porque eres débil, desgraciada, inteligente, cariñosa y buena, porque lo mereces y porque sabes ganártelo».

Á Fernando parecían decirle ambos con todo su ser: «Te queremos porque eres hermoso, inteligente, bueno, apuesto, dominador y arrogante como un héroe, como un semidiós; pero, aunque no fueras nada de eso, te querríamos lo mismo, incondicional, injusta, brutal y divinamente, por una razón suprema y despótica, porque eres nuestro único hijo, nuestro culto, nuestro fanatismo, nuestro ídolo».

Y, en efecto, Fernando se sentía ídolo, y á pesar de su natural generosidad, de su expansiva franqueza, de su condición ingénitamente cariñosa y tierna, no podía sustraerse al mareante influjo de aquel incienso embriagador que le envolvía. Y como pocos serán los que viéndose endiosados no lleguen á creerse dioses, todo ídolo humano se vuelve un tanto ególatra, todo ser apasionadamente amado acaba por dar en egoísta.

Sólo que este egoísmo, peligrosísimo en los temperamentos absorsivos y vehementes, en las naturalezas dóciles y bondadosas como la de Fernando no pasa de ser una deliciosa fruición, un suave abandono al culto ambiente, un exquisito dejarse amar, un voluptuoso dejarse adorar y servir de rodillas, una seductora delectación en los propios méritos y virtudes, que conduce mansa é insensiblemente al fácil olvido de los otros y á la mórbida complacencia, engreimiento y amor de sí mismo.

Pero lo más singular de este caso frequentísimo es que los padres adoradores no se duelen del egoísmo del hijo adorado, antes parecen alegrarse de él, como si, juzgándole digno de todos los amores, le agradecieran que se amase él á sí propio.

Claro es que estas cosas no se dicen ni aun se confiesan nunca; pero se expresan con tal elocuencia que la vida toda y el ser entero de los que las sienten no es más que traducción constante de ellas.

Tales sentimientos que se exhalan de quien los lleva en sí, como perfume penetrante, se aspiran en el aire de las casas, son el ambiente moral de las familias.

Lolita respiraba desde niña en aquel aura de amor. Sabía, como los niños saben estas cosas, que servir á Fernando, mimarle, quererle, era hacerse querer, mimar y acariciar de sus padres. Y como ella necesitaba tanto que la quisieran y la mimasen, como necesitaba tanto querer, cultivaba afanosa aquel terreno fertilísimo, segura de recoger ciento por uno.

Además, ¡le era á ella tan fácil y tan dulce querer al primito guapo!

Luego, por la fuerza misma de los respectivos caracteres y posiciones, todo lo que tenía él de egoísmo inconsciente, de indiferencia desdeñosa, de superioridad arrogante, de vanidad masculina, aturdimiento juvenil, frivolidad elegante, *donjuanismo* venial y *snobismo* capital, tenía ella de reflexión anticipada, de abnegación instintiva, de exaltación idealista y sentimental, de previsión, ternura y *proteccionismo*, no hallo palabra más gráfica, de proteccionismo femenino.

Aunque Fernando le llevaba ocho años, gustábale á ella desde la infancia hacer con él de la mujercita, de la señora, y en ocasiones, de la madre. Y lo cierto era que ¡buenos disgustos, bravas diabluras y hartos peligros le había evitado ella con su previsión incomparable!

El muchacho reconocía hidalgamente aquella superioridad de juicio y de cordura de la chiquilla, y se dejaba cómodamente proteger, riéndose con fraternal cariño y con suficiencia de hombre experto de la graciosa gravedad con que tomaba el arrapiezo su papel de protectora y de madrecita.

Y la picaruela, que por tales caminos se entraba á más andar en el corazón de los viejos, acababa de conquistárselos, haciendo suyo cuanto era de Fernando.

Y así como por derecho propio, pero con general aprobación, desde muy niña, se nombró á sí misma *gentilhembra de la cámara de su Alteza*—como decía con hechicero donaire,—apoderándose, como de una prerrogativa, de los múltiples cuidados que requerían el doble vestuario (de militar y paisano), el refinado tocador y las elegantes habitaciones del primito.

Porque el general, accediendo á los gustos de Fernando y en obsequio á su tercera estrella, habíale dejado y aun ayudado á hacerse dentro del viejo caserón, austero y anticuado, una especie de elegante *garçonnière*, de cómodo y confortable *home*.

Tres grandes habitaciones decoradas con gusto y elegancia varonil, sin lujo y sin bibelotes cursis. Una alcoba muy clara, con muebles ricos y severos; un tocador provisto de cuanto puede apetecer el más pulcro y exigente *gentleman*, y un enorme salón, destinado por mitad á billar y esgrima, rodeado, á trechos por muelles divanes, ó por cómoda librería baja, y adornado de ricos tapices y de panoplias formadas con armas preciosas de las más diversas nacionalidades, trazas y materias.

El departamento de Fernando tenía entrada particular por la escalera principal de la casa, á fin de que el muchacho gozara de la independencia que sus años, su posición y sus gustos algo mundanos requerían. Pero ni la generala se acostaba ninguna noche hasta que volvía su hijo, ni éste, que adoraba á su madre, abusó jamás de la libertad concedida.

Lolita era la única que gozaba del privilegio de penetrar en las habitaciones de Fernando, en el *templo de Apolo*—como ella misma decía,—y la sola que acertaba á darle gusto en el arreglo y limpieza del complicado sistema de cepillos, cosméticos, frascos, pulverizadores y demás utensilios de cuidado y estética personal que constituían el tocador del presumido muchacho.

Y lo que hacía con los enseres de *toilette*, hacía con los útiles de fumar, con los libros, con el servicio del te y con las ropas de Fernando, todo lo cual, al salir éste ruidosamente con sus amigos, recién acicalado, guapo y como triunfante de salud y de hermosura, quedaba en magnífico desorden esparcido por encima de los muebles, ó por el santo suelo, artísticamente revuelto con máscaras ó manoplas de esgrima, tacos de billar y papelucos encañonados al probar las tenacillas de rizarse el bigote.

Era de ver el esmero, pulcritud y cariño que ponía la niña en aquellos cuidados.

Algunas veces la sorprendían los viejos, jadeante y encendida por la agitación de la faena. Entonces se miraban con mirada intensa y elocuente que empezaba como en pregunta y acababa en congratulación. Sus ojos decían: «¿Qué te parece?... Si eso—lo que ambos soñaban—llegara á ser, ¿qué mayor alegría?»

III

Pero como las de este mundo no duran, ya hacía tiempo que la de aquella casa se enturbiaba á veces con una nube de recelo: con un temor vago primero, después más visible y al fin evidente. El general no estaba bueno.

Á veces súbitamente palidecía hasta quedarse cadavérico, se llevaba ambas manos al corazón y por breves momentos parecía suspendersele la vida.

Y con la suya quedaban también como en suspenso las de D.^a Carmen y Lolita, á quienes paralizaba el terror. Pero el mal era rápido, muy rápido, duraba lo que un abrir y cerrar de ojos, y pronto se restablecía la tranquilidad, á lo menos en apariencia, porque ambas mujeres habían perdido ya la confianza y el reposo.

¿Qué padecía el general? Según un médico, reúma al corazón; según otros, un principio de hipertrofia; al parecer de un tercero, anemia y neurosis. ¡Vaya usted á averiguar!

El bravo veterano y su hijo conocían muy bien la techa y el origen del mal; pero las mujeres no debían saberlo.

Un día, hacía varios meses, Fernando estuvo á punto de tener un duelo; súpolo el general á tiempo de evitarlo, y lo evitó; pero lo que le duró el temor de que su Fernando corriera un riesgo de muerte bastó para ocasionarle el daño. Aquella duda espantosa le hirió como un puñal en el corazón, y al parecer le hirió de muerte.

Para agravar la dolencia de D. Alfonso y el sobresalto de su familia, vino la guerra, la desoladora guerra de Cuba, y con ella la amenaza constante de los sorteos que esperaban á Fernando.

¡Un sorteo para la guerra es algo espantoso, que sólo las esposas y los padres saben definir, algo así como jugar á cara ó cruz la vida del hijo ó del esposo!

Los días señalados para esa horrible lotería tienen más horas que ningunos, y suponen para los padres españoles un martirio más cruel que ningún martirio físico, una tortura insostenible y enloquecedora.

Pero si tales tormentos son capaces de destrozar el más entero corazón de padre, ¡imagínense los estragos que harán en un corazón enfermo!

La sola probabilidad de aquel riesgo que amenazaba á Fernando fué ya un mal positivo para el pobre D. Alfonso, que se desmejoraba visiblemente.

Pero el peligro, que mientras sólo era amenaza, se mezclaba con esperanza, no tardó en hacerse daño real, para que no quedase ni vislumbre de alivio al enfermo ni de consuelo á los suyos.

El día del sorteo de Fernando fué día cruel y memorable para la atribulada familia de Enríquez.

Todos sabían con anticipación el temido suceso y todos callaban empeñados en ocultárselo mutuamente. Fernando había hecho desaparecer con diversos pretextos cuantos periódicos anunciaban el sorteo; pero, por desdicha, el general había leído la noticia en casa de otro veterano de sus tiempos (única visita que su estado le permitía frecuentar), y herido ya por la terrible certidumbre, obstinábase, con solicitud funesta para él, en ocultarla á las mujeres, singularmente á la madre, escondiendo su agonía bajo una máscara de dolorosa jovialidad.

Porque en la tensión de sus músculos faciales y en el temblor de sus labios incoloros se modelaba con rasgos crueles la lucha con que el dolor próximo á romper en llanto pugnaba por hacerse alegría, traduciéndose al cabo en sonrisa crepuscular y angustiosa, mucho más patética y conmovedora que las lágrimas.

La generala, que también estaba en el secreto—gracias á la oficiosidad de una amiga,—leía en el alma de su adorado Alfonso la certidumbre que él con heroico esfuerzo de amor

trataba de ocultarle; asustábale este esfuerzo, pero aún le asustaba más el promover una crisis; veía por momentos engrosar la ola de dolor dentro de aquel pecho anheloso y temía que, al romper, rompiera en su tremenda expansión la pobre enfraña doliente, el corazón enfermo, en que se estaba cebando el más cruel de los roedores, la incertidumbre mortal.

Y así la atribulada esposa, la acongojada madre, mintiendo serenidad con una triste mueca que era como un espectro de sonrisa, pugnaba por absorber ansiosamente dos dolores tan enormes que no cabían ya en todo su ser.

Lolita, colocada entre aquellas dos nubes de angustia, próximas á estallar en explosión terrible de extremo dolor, ó tal vez de fulminante alegría, de esas que matan al brillar, como el rayo; Lolita, la *chiquilla vieja*, la tierna mujercita fuerte contra la adversidad, parecía serena, y hasta se la hubiera creído tranquila, casi indiferente, á no ser porque su habitual palidez de azucena habíase convertido aquel día en palidez ebúrnea y casi transparente, parecida al tinte cadavérico que toman las estatuas de alabastro en la atmósfera de las catedrales.

Con solicitud filial, con adivinaciones delicadísimas, atendía al estado de los afligidos padres; medía las palabras para que, sin herirles por frívolas en tales momentos, no pecasen de conmovedoras, precipitando el deshielo de aquella mole de llanto condensado que se interponía entre ellos.

Eran más de las dos y... nada, ni Fernando, ni el asistente, ni los amigos, nadie parecía. Llamaron, sí, algunas visitas que no fueron recibidas, pero cuya solicitud á aquellas horas subrayaba para la familia la violencia de aquel fingimiento convencional y ya consabido.

Á cada momento que pasaba agravábase cruelmente la situación. La cara del general se contraía con alarmante angustia; el silencio era ya intolerable y las palabras se ahogaban en llanto ó se anudaban á la garganta como anillos de serpientes de cada vez más opresores y asfixiantes.

Lolita comprendió rápidamente la gravedad del peligro, midió la profundidad del abismo en que iban á caer aquellos

padres y, para atenuar la violencia del golpe, resolvió hacerles resbalar suavemente á fin de que no se precipitaran de súbito.

Y así, á las primeras lágrimas que rodaron por las pálidas mejillas del general, delatando el último esfuerzo de su ya vencida entereza, la niña, rodeando con sus brazos los cuellos de sus padres adoptivos, exclamó con suave sencillez, como atenuando el sentido y hasta el sonar de sus palabras:

—Vamos, padrecitos, ¿para qué mentirnos lo que sabemos todos? ¿Para qué sonreír por fuera, si los tres lloramos por dentro?

Aquí el dolor represado rompió todos los diques con arrolladora fuerza.

La niña osó entonces atajar el ímpetu de la corriente, dominándola con su débil vocecita, é interrogó de improviso:

—Pero ¿por qué llorar así, cuando todavía...—y se detuvo dudando del valor de aquel consuelo.

Los infelices padres se asieron á él como á tabla salvadora.

—¿Sabes algo?

—Todavía... ¿qué?—preguntaron simultáneamente.

—No sé nada, pero...—aquí se detuvo y enrojeció súbitamente al sentir el rumor de unos pasos bien conocidos.

—¿Todavía qué?—preguntó el general pendiente de la respuesta.

—Todavía no...—balbuceó la niña maquinalmente, y apareció Fernando pálido como un cadáver.

¿Qué podía hacer el pobre muchacho? ¿Callar? ¿Hablar? Todo era malo en tal situación.

La madre se levantó, miró á su marido y se detuvo aterrada, ahogando un grito y dejando caer los brazos extendidos para recibir á su hijo.

Fernando venía de uniforme.

Aquel uniforme significaba algo que para el general había valido y valdría siempre más que la vida, más que la familia, más que los hijos, la patria, por quien morir no era ni heroísmo, era deber sencillo, sublime, el deber militar.

Y estas dos palabras, que formaban el fondo de su alma, toda española, salieron reposada y solemnemente, pero casi sin sonido, de sus labios.

—¿Conque el deber militar?...—articuló mirando á su único hijo con una entereza que no estaba ya en su cuerpo, que residía sólo en su alma.

Fernando tenía el culto de su carrera, porque tenía el culto entusiasta de la patria; pero cuando al avanzar hacia ellos miró alternativamente aquellos tres seres que eran para él toda la patria y lo mejor de ella, cuando miró la cara de su padre... un momento fué, pero estuvo á punto de maldecir del deber militar que le obligaba á clavar el puñal en el corazón moribundo de aquel idolatrado viejo.

—¡Sí, padres de mi vida!—afirmó el pobre mozo cayendo de rodillas ante el sillón del enfermo.

—¡Hijo de mis entrañas!—Gritó la madre y los tres se confundieron en un abrazo desesperado y supremo.

Interrumpiendo aquel silencio mezclado de sollozos, sonó un gemido y después un golpe.

Todos se volvieron rápidamente. Detrás del general yacía Lolita en el suelo rígida, inerte, inmóvil.

Fernando corrió desalado hacia ella. Le tomó las manos; estaban frías y crispadas; tocó su frente, sus mejillas, sus labios... todo era hielo, inercia, insensibilidad.

¡Dios mío, su niñita mimada parecía un cadáver! ¿Qué era aquello?... ¡Así debía ser la muerte.

El bravo muchacho se estremeció aterrado.

Levantó ágilmente el ingráve cuerpecito y lo depositó con tierna suavidad en la cama de sus padres, cuya alcoba era la más próxima.

Los pobres viejos acudieron sobrecogidos. Estaban atónitos y como aielados. ¡También su niña! ¿Qué pasaba? ¡Aquello era mucho para un solo día! Pero acaso la ruda sacudida determinada por la nueva y cruel sorpresa, dividiendo y desorientando la atención de los dolientes padres, debilitó la brutal violencia del golpe recibido.

Entretanto Fernando contemplaba desolado á Lolita y sentía una pena indefinible.

En aquella hora en que su destino se había decidido, al pensar que pronto dejaría á España, á sus padres, á su hermanita, sintió que todos los amores de su vida afluían con fuerzas

sobrehumanas á su corazón. ¡Jamás había querido tanto á los suyos!

Llegó á su casa sediento de abrazarlos, de llorar mucho, de quererlos y de que le quisieran más que nunca.

Mirando aquel cuerpecito exánime, aquella carita lívida, le parecía que toda su niñez, toda su juventud, todas sus dulces intimidades, sus cariños más puros y sus recuerdos más santos se habían muerto.

Nunca había medido él todo lo que valía aquel desvelo constante, aquellas infantiles ternezas, aquella bondad inalterable, aquellos cuidados casi maternales que con tan sencilla é inestimable abnegación le prodigaba la niña. ¡Nunca le habían hecho tanta falta como aquel día sus consuelos, sus reflexiones, su cariño!

¡Y justamente aquel día!...

—¡Pero Lola, Lolita, hermana, óyeme!—sollozó Fernando, que ya no podía con tantos dolores juntos.

El general, afligidísimo, cruzó las manos y levantó los ojos al cielo como si rezara.

D.^a Carmen, llorando y demudada de terror, levantó la almohada que sostenía la inánime cabecita de la niña. Y lenta, suave, tenuemente comenzó á sentirse su débil alentar.

Fernando, para convencerse de que respiraba, acercó su cara á la de ella.

Y cuando el breve aliento menos que tibio y casi imperceptible rozó apenas sus labios secos y estremecidos por la angustia, Fernando, el bizarro militar, el desdeñoso conquistador, el rígido y correctísimo *gentleman*, el impasible mármol helénico perdió toda su serenidad y, estrechando la mano de su madre, dijo casi llorando:

—¡Vive, vive! ¡Ay, no sabía yo que la quería tanto!

—¡Ni yo tampoco, Fernando!—articuló débilmente la niña, no bien dueña todavía de su conciencia, con la divina ingenuidad de un sentimiento más fuerte que la vida, y rompió á llorar amarga, violenta, convulsivamente.

Fernando la miró con asombro y como herido por súbita luz reveladora de un virginal misterio nunca por él vislumbrado.

Entonces, en las mejillas de la niña comenzaron á mezclarse con los tibios reflejos de la vida que volvía los arreboles del virginal recato alarmado y temeroso.

Fernando seguía mudo, inmóvil y como absorto, y Lolita lloraba cada vez con mayor fuerza y desconsuelo. Porque si antes lloraba de amor y de pena, ahora lloraba también de pudorosa vergüenza, con nerviosa, femenina y agudísima susceptibilidad.

Lloraba por Fernando, por sus padres, por ella, por la desgracia de aquel día, por su secreto revelado, por su esperanza, quizás defraudada para siempre, por su dignidad de mujer, acaso humillada inútil y eternamente; lloraba de amor, de pena, de vergüenza, de impotencia, convulsa, frenética, histéricamente, como una mujer apasionada y ofendida, como un niño doliente y abochornado. Pero lo que flotaba sobre su llanto y sobre todo su ser era el amor, el amor afligido, desconsolado, inmenso, que á impulsos de la pena violentísima se desbordaba inagotable y arrollador de su alma.

Mentira parecía que en tan débil y delicado organismo cupiese tan enorme, tan poderosa sensibilidad.

Los dos viejos se miraron sorprendidos. Aquello era demasiado. Aquél no era dolor de prima, ni siquiera de hermana. Con semejante fuerza, con tal ímpetu, con desconsuelo tan insuperable, no se llora más por un sentimiento, por amor.

Al convencerse de ello, el pobre general tembló por el porvenir de su niñita querida. «Fernando se va, yo me muero, ella...—por su mujer—me sigue... ¿Qué va á ser de esta criatura?—pensó con terrible lucidez»; y acongojado ante aquel dolor inconsolable, tomó la mano de Fernando y le dijo con solemne y sencilla elocuencia:

—Hijo mío, tú te vas, nosotros... sobreviviremos poco á este dolor... Y sin nosotros, ¿qué va á ser de ella? ¡Mira que te hablo como en mi última hora!...—y los sollozos cortaron su voz; después continuó gravemente: —¡Yo te la encargo, te la recomiendo, la pongo bajo la tutela de tu honor y tu cariño! ¡Mírala como si ella fuese la patria y nosotros y tu honra, todo junto! ¿Me lo prometes, me lo juras?

—¡Sí, padre mío!

Pero Lolita lloraba más que nunca. Lloraba acongojada, jadeante, sofocada, convulsa, casi epiléptica, porque la enorme carga nerviosa acababa por estallar en terribles carcajadas histéricas. Su débil tórax se hinchaba como si en él hirvieran olas vivas de pasión, que al romperse con agudo estallido lo salpicaran todo de lágrimas y lo inundaran todo de amargura.

Y era que el amor acumulado, oculto, comprimido por largos años; la pena disimulada, opresa, mal contenida durante aquellos días, y más que nunca en aquella cruel mañana, desatábanse al cabo en expansión soberbia, aterradora, sublime como la tempestad. Era la rompiente formidable de los sentimientos de un alma que cobraban en una hora todas las energías de su oprimido y soberano albedrío.

Porque no era aquello una simple crisis nerviosa, no era neurosis, ni histerismo, ni epilepsia; era, al contrario, el sobrehumano poder del espíritu, que al desencadenarse un día, como viento de lo alto, arrollaba trágicamente á su paso todas las fuerzas de la materia.

Por eso aquel dolor, que imponía como la tempestad y hacía enmudecer como el trueno, parecía tener aún elocuencia más alta.

Fernando, sobrecogido y temeroso, interrogó á su madre con la mirada.

Y D.^a Carmen, con esa fina percepción psicológica, propia de las mujeres, le dijo al oído, en voz apenas perceptible:

—¡Cuánto te quiere, hijo mío!

Fernando pareció despertar; percibió más distinto el rayo de luz que antes le había herido deslumbrándole. Miró á sus padres; pensó en el porvenir, en la predicción del general, en su juramento; se vió por un instante sólo, desterrado, sin familia... y vió en Lolita confundidos é incarnados, como el anciano le había dicho, la patria, sus padres, el honor; y entonces todas aquellas fuerzas vivas que en aquel día memorable le ataban tan estrechamente á la tierra bendita de España, al pasado querido, á la niñez divina, todas aquellas fuerzas sobrehumanas le impulsaron irresistiblemente hacia la adorable criatura.

—Lolita, niña mía—dijo tomándola una mano,—¿has oído mi juramento... quieres que empiece á cumplirlo desde ahora?

La carita bañada de llanto resplandeció con luz más pura que la del iris, que brilla en la atmósfera mojada de la tempestad.

—Mi padre te ha puesto bajo mi amparo y tutela: ¿quieres que para llenar dignamente mi sagrada misión te dé mi nombre y te consagre mi vida?

Lolita, que lloraba ahora mansamente, entornó los párpados confundida y ruborosa.

El primo, entonces, acercando los labios á su oído, le dijo en el tono de las tiernas confidencias:

—¿Me quieres, nenita?

—¡Con toda mi alma!—respondió ella sonriendo entre sollozos.

Al ver despuntar aquella dicha en medio de tanto duelo, el general dijo amargamente á su mujer:

—¡Mira en qué mala hora vienen las alegrías!

Y ella á él con santa confianza:

—¡Bendito Dios que nos las manda cuando más las necesitamos!

El anciano miró á su celestial compañera con ternura de enamorado.

¡Cuánto hubieran gozado ellos viendo retoñar en sus hijos el árbol generoso de sus bien logrados amores!

Pero... ¡quince días después Fernando salió para Cuba!

IV

Los tristes augurios del general no tardaron en cumplirse.

Las emociones del sorteo y de la escena que le siguió; las indescritibles del día de la despedida, más desgarradora para los ancianos, que la presentían eterna: y después de la partida de Fernando, el hondo, negro y espantoso vacío que dejó en aquella casa, antes toda llena de su presencia, toda animada por él, y ya sin él, silenciosa, fría, cadavérica. Y sobre el

dolor de la ausencia, las inquietudes de la travesía primero y después de ella el terror al mortífero clima, la amenaza mortal de la guerra; el sobresalto continuo, la incertidumbre de todos los momentos, agrandada por la distancia, agravada por la enfermedad del anciano, acrecida por el amor infinito de aquellos tres desventurados que alentaban con la memoria del ausente.

Tantas ansiedades, tanto dolor, tanto género de tortura junto, acabaron en breve con la débil resistencia del pobre enfermo, que tres meses después de la partida de su hijo murió como había vivido, apacible, hidalga, religiosamente.

Al punto en que espiraba, sacaron á D.^a Carmen desmayada de la alcoba. Lolita, acongojada y casi exánime, iba á seguirla. Pero de pronto se detuvo, pensó lo que hubiese hecho Fernando en aquella hora. Y con heroico esfuerzo se acercó al lecho mortuorio y posó tenue y reverentemente sus deditos estremecidos sobre los párpados violáceos del cadáver. Sobrecogida y asustada los retiró de súbito. ¡Entonces los párpados inertes volvieron á abrirse y las pupilas vidriosas y extintas parecieron mirar intensamente allá lejos, muy lejos! ¡Adonde miran ahora hasta después de muertos los ojos de los padres españoles que se apagan para siempre sin haber vuelto á ver á sus hijos!

V

Con santa conformidad soportó la esposa cristiana el tremendo golpe. La resignación no le faltó ciertamente; pero le faltó la vida.

Se habían amado durante cuarenta años—diez de noviazgo y los treinta de matrimonio—y en todos ellos vivieron con una sola alma. Muerto el uno, no podía quedar en el otro más que el vacío de aquel alma de los dos, el horror de sentirse vivir sin ella.

Aquello ya no era vida. Hubiéralo sido para la madre teniendo cerca á su Fernando en la hora suprema de la viudez. Por su hijo y al lado suyo, bajo la luz de sus miradas, el calor de sus besos, acaso hubiera sobrevivido.

Pero ¿cómo soportar la ausencia de aquellas dos vidas de su vida, la una muerta, la otra constantemente amenazada?

Así la dolorida señora fué cayendo, paso á paso, en una mansa é invencible atonía, que era como lento resbalar hacia la muerte.

Poco á poco iba resignando en la niña todos sus derechos, cuidados y prerrogativas de dueña y señora de aquella desierta y desolada casa.

Á medida que, al prolongarse la guerra, se retardaba y alejaba indefinidamente la vuelta de su hijo, se la veía triste y desalentada ir abdicando, hora por hora, al porvenir, á la esperanza, á la vida.

Lolita, acongojadísima por el dolor de su nueva orfandad, sacó fuerzas milagrosas de su extremada flaqueza, y animada por el sentimiento del deber, trató de llenar con su menuda personita el vacío de toda aquella dispersa y casi extinguida familia.

Pero ¿en qué fuente escondida y prodigiosa bebía ella las energías, las esperanzas y el vigor que la mantenían enhiesta entre tanta desolación, firme en la brecha del deber?

¿Qué maravilloso espíritu animaba á la pobre niña anémica, inexperta y desvalida para luchar sola contra tanta desventura, para asumir tan graves cargos, para llenar tan difíciles deberes?

¿Por ventura el amor, el eterno fénix que renace invencible de las cenizas de la muerte?

Pero ¿qué había sido de sus pobres amores, brotados de tanto dolor?

¿Resisten acaso las tiernas florecillas de la altura al ímpetu de los huracanes desatados?

¡Vinieron en tan mala hora aquellas alegrías!—como había dicho el pobre general.

«Nació tan tarde y tan al borde de la ausencia aquel amor!... ¡Era Fernando tan apuesto, tan guapo, tan impresionable y tan diferente de Lolita!

Y estaba Cuba tan lejos, había allí tantos peligros, tantas seducciones, y era ella tan poca cosa para enamorar, para ilusionar y satisfacer á su primo!...»

Así pensaba la pobre niña en aquellos tres primeros meses de la ausencia de Fernando y últimos de la vida de su padre.

Por las noches, á la hora querida de sus ensueños regalados, cerraba los ojitos con deleite y con miedo, para soñar despierta con Fernando y con la terrible isla que ella veía, en su imaginación infantil, como una región encantada y siniestra, llena de peligros, de asechanzas, de lazos, de monstruos y de fieras espantables emboscadas bajo las frondas de la flora más opulenta, extraña y caprichosa que alcanzó á inventar jamás fantasía de niña exaltada y calenturienta.

¡Qué cosas veía la pobre criatura á través de su geografía, de su política y de su sociología de inocente enamorada!

—Cuba—decía muy quedito, escondiendo la cabeza entre las sábanas, para que ni el aire oyese aquellos tiernos desahogos—es una tierra de muerte y de perdición para nosotros. Es la sirena de las islas, cuyos cantos engañosos atraen á la muerte á nuestros pobres hermanos. ¿Por qué llamarla perla! ¡La *Perla de las Antillas*... vaya una cursilería! No, no es perla ciertamente, pero con ser una isla tan grande pudiéramos engarzarla en llanto, si se reuniesen las lágrimas que nos cuesta á las pobres españolas!

—¡Cuba — exclamaba después con enérgico arranque,— funesta isla, sin conocerte te aborrezco, te odio, te maldigo! — y rompía á llorar como una desesperada.

Y luego:

—¡Dios mío, pero esto que estoy haciendo es un pecado! No se debe aborrecer, ni odiar, ni maldecir... Además, el patriotismo, el *deber militar*, como decía papá Alfonso... ¡Ay, si me oyera! Pero... ¿y Fernando? ¡Yo aborrezco á Cuba porque me lo quita y me lo amenaza de muerte... porque acaso me robará su cariño! Si no .. ¿qué me importaba á mí la pícara isla? Pícara sí—esto ya no es malo,—pícara porque está llena de peligros, de monstruos, de amenazas... Tiburones en el puerto; mambises, negros y demonios coronados en la manigua; y en el aire el contagio mortífero, las fiebres, el vómito, la muerte; la muerte por todas partes, sumergida, emboscada, acechando, disuelta hasta en la atmósfera!

Y allí, ante aquella naturaleza magnífica, bajo aquel sol espléndido, deshojándose hora tras hora, la flor de la juventud de España!

¡No, no, no me resigno! ¡Las mujeres no tenemos más patriotismo que el amor! ¡Y muchas veces, el amor y el patriotismo son una misma cosa! ¡Ay, si me oyera mi pobre tío!... ¡Sí, pero en Cuba murió mi padre!—y se alegraba de hallar un motivo tan justo, tan sagrado, para maldecir otra vez á la isla, aunque fuese sin palabras y sólo allá en lo íntimo de su corazón.

Lolita aborrecía á Cuba, porque Cuba significaba para ella la guerra, pero la aborrecía también, y acaso más hondamente, porque significaba para su Fernando el peligro que ella más temía, la seducción. La seducción, no por un ser determinado, sino por todo: por aquella naturaleza, por aquellas costumbres, por aquel aire.

¡Es allí tan fácil, tan suave, tan muelle, tan voluptuosa la vida!

¡Y es Fernando tan propenso, tan inclinado, tan accesible á todos aquellos encantos, á todos aquellas indolencias, abandonos y refinamientos de la existencia regalada y material!

Y como Lolita era toda espiritual y Fernando todo humano, la primita aborrecía á la isla con el odio que inspira una rival hermosa, peligrosísima, irresistible.

En fin, que Lolita, sin saberlo, estaba celosa de Cuba. ¡Caso singular, una muchacha celosa de una isla! Así en aquellos inocentes monólogos había asunto para toda una epopeya.

Y cierto que no le faltaba razón á la niña. Su primo era, sin duda, materia dispuesta para rendirse á la fascinación de la isla, á la magia enervadora que encanta y encadena á tantos peninsulares.

Fernando era un griego, un sibarita, un *dilettante* de la vida, no le faltaba más que una isla seductora, una Chipre encantada, una tierra de tentación donde la naturaleza fuese una fiesta perpetua.

Y acaso hubo un momento en que sintió la atracción, el mareo de aquel intenso perfume de vida y de sensualidad.

Pero sin duda Dios, y hasta las propias desventuras, favorecieron el tierno idilio naciente.

Cierto que Lolita no era hermosa, ni seductora, ni irresistible ni apenas mujer; su cuerpecito ágil y vibrante, sobrio de líneas, de contorno suave, recogido, casi ascético, parecía una duda entre el ángel, el niño y la doncella.

Pero toda la hermosura que faltaba en él y muchas más bellezas que no son humanas, ni plásticas ni visibles, tenía las ella dentro de su espíritu, como en compensación divina y generosa á la frágil y deleznable belleza externa.

Y como de su alma se había enamorado Fernando y ésta la ponía ella toda en sus cartas, no tenía el primito motivo para desilusionarse.

Al contrario. Á medida que el alma recién despierta iba desplegando sus alitas de luz, á medida que aquella noble inteligencia y aquella espléndida sensibilidad, primero tímidas y como temerosas, después confiada y libremente, iban derramando y luciendo sus tesoros, sus dones, sus gracias inagotables en aquellas encantadoras confidencias, íbase el muchacho sorprendiendo, cautivando y prendando más cada día.

Dijérase que Dios había puesto en Fernando cuanto faltaba á Lolita y en Lolita cuanto faltaba á Fernando. Tenía él en su persona arrogante la gentileza, el esplendor y los gallardos bríos de la mocedad lozana, y Lolita, que de tales atractivos carecía físicamente, guardaba toda su beldad, todas sus gracias y todo su vigor en el alma.

Amaba ella, sin sospecharlo, la seductora belleza de Fernando y obstinábase en infundirle sus idealismos, sus entusiasmos, su espíritu.

Blasonaba él de su hermosura y hubiese querido comunicarla á su novia; pero admirado, deslumbrado, subyugado hora tras hora, por el prestigio irresistible de aquel alma, llegó á envidiársela á su primita y deseó hacer suyo todo aquel bien.

Así, cuando leía las cartas de Lolita, parecía embobado, absorto, hipnotizado. Cada una era para él una sorpresa, un descubrimiento, un hallazgo. Dentro de aquella chiquilla insignificante se ocultaba toda una mujer encantadora, hechice-

ra. A cada paso interrumpía la lectura con exclamaciones como éstas:

—Pero ¡qué salada, qué diablejo, qué mona! ¡Si parece mentira!... ¡Vamos, que me da cien vueltas! ¡Me trastorna, me vuelve loco!—y lloraba, reía solo á carcajadas y besaba mil veces las sutiles hojas cuajadas de letras, menuditas, menuditas, *para que cupiese allí toda su vida*, como decía ella derramando al papel, en delicioso desorden, confidencias impresas, proyectos, inquietudes, lágrimas y niñerías... su existencia entera.

Y al paso que Fernando, solo, mal instalado, falto de los cuidados, de los refinamientos, de los mimos, del culto insustituible, único que gozaba en su casa, iba comparando su presente á su pasado, y por la privación, por el vacío de todo aquel bien, estimando su precio y su magnitud, al mismo paso y como si lo adivinara, extremábase la picaruela en hacerle sentir la ausencia y apetecer los perdidos goces, en hacerle *añorar* su España, sus padres adorados, su viejo caseión destartalado y alegre, su comfortable *home*, tan pulcro, tan cuidado por la hechicera primita, y más que todo la primita misma á través de cuyas cartas le parecía todo aquello más hermoso, más deseable y querido.

¡Sabía ella darles tal vida, tal animación é interés á sus cartas, que logró que Fernando el desdeñoso, el inconquistable, se pasara la vida leyendo y releyendo la última y ambicionando la venidera!

En una de las primeras y accediendo al deseo del primito, le mandó la niña su retrato.

Una primorosa fototipia de *Huerta*, que en tintas dulces y delicadísimas, suavemente esfumadas en torno del busto, representaba la linda cabecita de medio perfil y envuelta entre los airosos pliegues de una mantilla de *castañuelas*, cuyas ondas caían en vigorosas manchas negras sobre los sueltos rictos que orlaban la graciosa carita anémica, expresiva y tan simpática, habladora y fina como de madrileña neta, de pura sangre española.

—¡Vaya si está remonísima la muñeca!—pensaba el primo, sin cansarse de contemplar el retrato.—¡Bonita... lo que se

llama bonita... no lo es, de eso no cabe la menor duda; pero tiene un encanto, un *no sé qué*, un algo que también es belleza aunque lo sea *de otro modo*! ¡Belleza de expresión... sí, justamente, rasgos convencionales que usa el Supremo Artista cuando quiere decir con sublime incorrección cosas divinas! Pues, señor, estoy hecho un *esteta* (como dicen ahora). ¡Pero yo me entiendo! Porque, vamos á ver, si corregimos por aquí y por aquí—indicando las correcciones con el dedo—este perfil y lo reducimos á las proporciones clásicas... en ese caso,—mirando atentamente la fototipia,—pues ya no me diría nada esa cara, como que habría perdido todo su elocuente hechizo... ¡Vamos, que ya no sería ella, y yo la quiero tal como es, así, tan salada, tan mona, prometiéndome en su carita lo que me cumple por escrito! ¡Cosa más rara! Pero es lo cierto que su fisonomía y su correspondencia me hablan en el mismo *estilo*. ¡Aquí me gusta porque se parece á sus cartas, pero sus cartas me gustan más todavía porque son el retrato de su alma!

Esto fué durante los primeros meses. En aquellas confianzas lució la niña todas las galas que estrenaba su alma para celebrar la fiesta de sus primeros, de sus únicos amores.

Después, cuando vinieron las grandes tristezas, los días aciagos y luctuosos de la muerte del general y de la prolongada agonía de su viuda, cuando Fernando, que á fuer de niño ídolo habíase formado en la ignorancia y en el apartamiento de toda física y moral miseria y como quien entra en la vida indefenso para la lucha, inapercibido al dolor, incapaz del sufrimiento—esto es, de la aceptación del padecer,—se revolvió furioso contra la primera desgracia que le hirió con fulminante violencia, entonces Lolita acreditó el temple finísimo de su espíritu, entonces la niña halló solemne ocasión de manifestarse mujer y de probar con sus ternuras de enamorada sus altas virtudes, sus dotes sublimes de compañera, de esposa y hasta de madre para el afligido, ó más bien desesperado muchacho.

Porque en Fernando, como en toda naturaleza enérgica, egoísta y no avezada al sufrimiento, el dolor tomaba caracteres de protesta é ímpetus de rebeldía.

¿Cómo? ¡El infortunio, las miserias físicas, las enfermedades, la muerte, osaban atentar contra su familia, contra él mismo, contra su persona augusta, invulnerable, sagrada!

¿No era él un inmortal, un ídolo, un dios, hecho para el goce absoluto, para la dicha perfecta, inalterable?

Así argüía dentro de él su naturaleza, toda pagana, su orgullo, su vanidad olímpica.

Para él no había más que dos términos en la vida: gozar ó desesperarse.

Por algo he dicho que Fernando era el *clasicismo*: la deificación de la carne.

Y Lolita, su contraposición, el *romanticismo*, el espíritu cristiano, el desprecio de la materia, la *crucifixión* de la carne por amor, por caridad infinita. Pensar, sentir, padecer, entregarse, inmolarsé por amor. Tal era el mundo, el ideal de Lolita.

¡Y cómo y cuán divinamente acertó á realizarlo para con el primito afligido, desesperado y rebelde!

¡Qué cartas las suyas, qué adivinaciones, qué cuidados y consuelos, qué medicinas, qué bálsamos del alma conocía ella! ¡Y con qué delicadeza suave y femenina sabía aplicarlos, sin que sus deditos infantiles tocasen siquiera la llaga enconada y peligrosa!

Con aquel sistema de medicinas celestiales el enfermo empezó á aplacarse y acabó por sanar y convalecer dulcemente, aunque con los resabios de niño mimoso y consentido después de una enfermedad.

Luego, como á la muerte del general sobrevinieron las preocupaciones y asuntos propios de tales casos, la testamentaria con sus múltiples y enojosas complicaciones, y como doña Carmen no estaba ya en este mundo, todo venía sobre Lolita, y para todo tenía ella que entenderse con Fernando.

Pero como á veces urgían las iniciativas ó las decisiones y el correo tarda tanto y los cablegramas son tan caros, la muchacha, autorizada para todo por Fernando y por su madre, hacía y deshacía á su antojo, ó mejor dicho á su acierto, porque éste era tal que hubiese dado que admirar á la envidia.

Todo esto era leña arrojada á la hoguera de aquel cariño,

todo mantenía y estimulaba el interés y la asiduidad de aquella correspondencia de los novios, todo estrechaba entre ellos la confianza y la unión; la comunidad de penas, de preocupaciones, de cuidados, iba fundiendo sus dos almas y sus dos existencias en una sola.

Y mientras más se acercaba Fernando moralmente á Lolita, más la admiraba y la estimaba y la quería.

¡Cuando pensaba él que todas aquellas delicadas ternezas estaban escritas con la misma manita piadosa que cuidaba á su madre y que había cerrado los ojos á su adorado viejo!...

VI

Las predicciones del general seguían realizándose. Poco después de cumplirse un año de su muerte, y á consecuencia de una hemiplegia, que terminó en rápida congestión, expiró en los brazos de Lolita la dolorida madre, por tanto tiempo agonizante.

.....

Desde entonces la niña cerró la mitad del caserón vacío y se retiró á vivir, como en su propio nido, en las habitaciones de Fernando, que así se lo había ordenado á título de tutor provisional y de marido futuro.

Allí, en medio de aquella casa abreviada, vivía la nueva señora en miniatura, confiada á los cuidados casi maternos de Manuela, vieja ama de llaves, sirviente del corte antiguo, de aquellos que emparentaban espiritualmente con los dueños; hembra agigantada, de temerosa fealdad y de celestial condición, que tenía por cara la noche y por alma el amanecer; toda dedicación, toda cariño para su Lolita, para *su niña*, á quien había criado, y ni á tres tirones se acomodaba á llamarla señorita.

En medio de la casona cerrada, silenciosa y muerta, el elegante departamento de Fernando, por cuyos balcones, orlados de enredaderas cuajadas de campanillas azules, entraban la viva luz del mediodía y el ambiente perfumado del

jardín, eran como un paréntesis de esperanza en medio de lúgubre negrología.

Eran como el corazón de la casa moribunda, donde se habían refugiado la vida, la sensibilidad y el amor.

El amor, ese cruel y divino egoísta, capaz de hacer un nido en el hueco de un sepulcro, habíase aposentado como dueño en el viejo caserón desierto y fúnebre, y con la insolente osadía propia de su condición de niño indómito, habíase puesto muy á su sabor, sin pizca de miedo, de respeto al duelo de la casa ni de otro ningún miramiento, á volcar allí mismo su ánfora llena de ilusiones, de ensueños y de esperanzas celestiales.

Como en el hueco tronco del viejo roble carcomido y derumbado se anidan bulliciosamente los pajarillos nuevos, así vivirían ellos, y acaso la soñada familia futura, en el vetusto solar renovado y rejuvenecido.

¡Allí retoñarían con la savia de los santos recuerdos las dulces bienandanzas del porvenir! ¡Allí donde vivieron sus padres, allí mismo vivirían ellos honrados, tranquilos, felices, muy felices!

¡Qué ensueños, qué proyectos, qué cartas las de aquellos últimos meses!

Cuanto mayor era la pena que les afligía, cuanto más solos se iban quedando, cuanto más aislados y más huérfanos, tanto más se necesitaban, se unían, se entregaban y se querían loca y apasionadamente el uno al otro.

Para Fernando, á quien cada vez se le hacía más dura aquella expatriación infructuosa, aquella larga inacción desesperada y prosaica, sin lucha decisiva, sin peligros ni esperanzas de triunfos y de gloria militar, habíase ya cumplido la predicción de D. Alfonso: en Lolita veía él la patria, sus padres, su honor y su vida, todo junto. Para Lolita, que vivía de amar y que á nadie podía ni sabía querer más que á su amparador, á su hermano adoptivo, á su prometido esposo, Fernando lo era ya todo, de él le vendría cuanto bien esperaba y á él se le iba toda el alma en las cartas, en los monólogos, hasta en la oración.

Ni uno ni otro vivían ya más que de su ensueño, de la

proximidad de la dicha cercana, muy cercana, tanto que les parecía sentirla, alcanzarla, tocarla con la mano.

.....
Una mañana en que, por haber velado largamente la víspera escribiendo primero y ensoñando deliciosamente después, Lolita se despertó muy tarde, no halló como de costumbre los periódicos á la cabecera de su cama.

Se vistió apresuradamente, buscó los diarios, interrogó á Manuela, á la doncella, á la cocinera... pero nada, no habían llegado ni nadie sabía de ellos.

Su primera impresión fué de contrariedad, de mal humor; mandó al portero á buscar los periódicos, y se puso á terminar la carta comenzada la víspera.

Pero llamaron á la puerta. ¡Todo sea por Dios! ¡A que no la dejaban escribir!

Era Pepita Morales, una condiscípula muy cariñosa, entrañable, excelente amiga, pero que no acostumbraba á visitarla á aquellas horas.

¡Podía haber venido más tarde!

—¡Tú por aquí, monina, tan de mañana... y sola!

Se besaron cariñosamente.

—Vengo con la doncella... Salí á misa y... y...

Pepita estaba pálida, alterada, no daba con las palabras. ¿Qué era aquello? ¿Pasaba algo?

En esto llegó el padre Teodoro, confesor y amigo de la familia.

Entonces sí que se convenció Lolita de que algo pasaba.

Antes de que el pobre señor, que aunque muy viejo no había mentido nunca, ni sabía, hallase una fórmula, un pretexto que dar á su intempestiva venida, Lolita, que con la rápida adivinación del sentimiento comenzaba á presentir cosas terribles que no podía creer ni ignorar ni dudar por un momento, prorrumpió inmutada:

—Padre Teodoro, Pepita, ¿qué es esto? ¿A qué vienen ustedes?

—Pero si no sucede nada, sino que yo...—balbuceó el sacerdote.

Y Lolita, cortándole la palabra, gritó alteradísima:

—¡No, no, padre, no trate usted de engañarme, ya no es posible! ¡Lo sé, lo presiento, lo veo, pasa algo! Pero ¿qué?... ¡Digo, sí, ya lo comprendo, por eso no parecen los periódicos! ¡Manuela, Manuela! —llamó ya descompuesta, oprimiendo nerviosamente el botón del timbre eléctrico que tintinaba allá lejos apremiante, angustioso, desatado como vibración sonora de aquel sobreexcitado organismo.

Y no hubo apelación; invenciones, subterfugios, súplicas, todo fué inútil.

Era imposible oponerse á aquella voluntad, peligrosísimo exasperar aquella creciente exaltación que amenazaba una crisis funesta.

Obedeciendo al padre Teodoro, Manuela trajo los periódicos.

¡Nadie respiraba!

Lolita, temblorosa, vibrante de emoción y de angustia, tomó uno cualquiera, el que venía encima, lo desplegó desatentadamente, buscó la *Última hora*, los telegramas, miró... No debió leer más que un nombre, el de Fernando, y una sola palabra, *muerto*, porque casi á punto de mirar arrojó un grito desesperado, que conmovió á todos hasta lo hondo de las entrañas, y cayó, chocando al desplomarse contra el pupitre donde aún estaba abierta la carta inconclusa, la apasionada carta de amor dirigida al pobre muerto.

VII

Muchas horas tardó la desventurada en volver de aquella aparente muerte, que la ciencia calificó de catalepsia.

Pero contra lo que todos temían, al recobrar la conciencia no recayó en la exaltación ni en el dolor desesperado, tan peligroso para su salud.

Cuando tornó á la vida, y con ella al horror de su trágica situación, lloró amarga, copiosa, copiosísimamente, con llanto desbordado, pero silencioso, benéfico, salvador.

Mas al cabo se agotaron sus lágrimas, sus suspiros, sus alientos, se embotó su sensibilidad, apagóse su mirada, se pa-

ralizaron sus miembros: se estancó su vida y se eclipsó su alma.

Ni Pepita ni el padre Teodoro abandonaban á Manuela en la piadosa asistencia de la enferma; pero ninguno de los tres, ni tampoco el médico de la casa, acertaban á comprender ni á calificar aquel estado extraño de la doliente.

¿Por qué no se desesperaba ya, ni lloraba siquiera, ni hablaba, ni preguntaba nada? ¿Que era aquello? ¿Anemia, extenuación? No, porque tomaba dócilmente medicinas y alimentos, sin que el médico la hallase mucho más débil que antes.

¿Indiferencia? Tampoco, puesto que á veces se la veía llorar sin lágrimas y como á través del cuerpo, y sin que éste se interesase en aquel dolor todo del alma.

¿Desesperación? Menos, puesto que no daba de ella señal alguna y antes su actitud parecía de resignación y rendimiento; sólo que aquel rendimiento no podía decirse si era esperanza ó conformidad y entrega y anulación de sí misma.

¿Qué sucedía dentro de la enigmática enferma?

Algo que ella misma no se razonaba ni intentaba razonarse ni menos quería dejarlo traslucir á los demás. Algo increíble, absurdo, inexplicable para todo el mundo; pero no sólo posible, sino lógico, necesario, fatal, en temperamentos como el suyo, hechos todos para creer y esperar, para inflamarse y ascender á todas las alturas, é incapaces de vacilar, de dudar, de decaer.

Así como el lema de Fernando era *gozar ó desesperarse*, el de Lolita era *creer ó morir*. Su espíritu, como su temperamento, eran impenetrables á la negación y refractarios á la duda; todo su ser hecho de fe, de amor, de idealismo, de entusiasmo, toda ella era *una afirmación*. Así para Lolita volver á la vida fué volver al amor absoluto, á la fe incondicional, á la esperanza inagotable que constituían su existir.

Y allí, en las mismas habitaciones, en la propia alcoba, en la misma cama que había sido de Fernando, indiferente á los cuidados, á la curiosidad á la inquietud de los que la rodeaban, emancipada del mundo, desasida de la realidad, la pobre ensoñadora había vuelto á reanudar sus monólogos y

á proseguir mentalmente su tierna correspondencia de amor.

Primero, en la penumbra de la conciencia, se había preguntado:—¿Pero será verdad lo que leí? ¿Puede haberse muerto Fernando?—Y sólo al pensar juntas estas dos palabras había sentido tal resistencia, tal repugnancia, tales rebeldías en todo su ser, que comprendió la imposibilidad de unir extremos tan inconciliables como su vida y la aceptación de tal idea.

Entonces con el enérgico instinto de la conservación de la existencia, que era una con su amor, se dijo muy quedito en la conciencia:—Pero... ¿y si fuera mentira? ¿Y si Fernando viviese, si estuviera herido nada más? Vamos.. ¿no podía ser esto? ¡Vaya si podía ser! Al cabo la noticia era un telegrama seco, descarnado, lacónico... y los telegramas muchas veces se equivocan. ¿Y si fuera un error de nombre? Pero no, no, he oído decir á Pepita que todos los periódicos están contestes en esto y dan detalles. ¡Pobre Pepita, pobre P. Teodoro, pobrecilla Manuela, como me quieren tanto están asustados de esta aparente indiferencia mía! Y sin duda por encargo de D. Enrique (el médico) se empeñan en producirme una crisis de llanto, en arrancarme á esta *atonía*; sí, ayer oí esta palabreja al doctor. ¡Creen que no oigo nada! Y los pobres me leen los telegramas y yo los escucho con el alma colgada de cada palabra que suena. Pero bien oí que el último, el más verídico, dice que cayó herido al anochecer en un encuentro, que con la obscuridad de la noche, que se vino encima, y con la confusión del combate no hallaron el... (aquí se detuvo por no pensar esta palabra, el *cadáver*); bueno, que no le hallaron, y por último, que acaso había sido hecho prisionero. Sí, eso será, eso es, ¡como que no puede ser otra cosa! ¡Dios mío herido, prisionero, solo entre aquellos salvajes! ¡Qué espanto! ¡Sí, pero es él tan valiente, tan listo, me quiere tanto, desea tanto la vida por mí! ¡El amor da fuerzas, la fe da heroísmo, y luego... Dios no le desamparará! ¿Verdad, Dios mío, que tú no querrás, no puedes, no has podido desampararle? ¡Sí, sí, lo veo, estoy segura! ¡Él se salvará, se ha salvado, viene, me lo dice á gritos el corazón!

Y alucinada, delirante, febril, veíalo en sus desvaríos ó en

sus sueños, con su uniforme de rayadillo, con su ancho sombrero de paja, y pálido, muy pálido, venir hacia ella con un dedo en los labios como temiendo despertarla.

Cuando volvía á la realidad, todos y todo la hablaba de la muerte de Fernando, las visitas, las tarjetas, las cartas de pésame, los periódicos. No era posible resistirse á creer lo que era evidente, innegable. Á traslucir sus pensamientos, hubieranla tenido por loca. Ella debía creerlo, lo creía, no quería dudar. Ya no le quedaba más que resignarse, llorar, rezar... Y sin embargo, allá en el fondo de su alma flotaba siempre una luz vaga, suave, divina, insumergible.

Así pasaron varios días, y contra todo lo que hubiera podido esperarse, Lolita comenzó á recobrar las energías, los colores, la salud.

VIII

La mañana de un día de espléndido amanecer, de uno de esos serenos días madrileños en que parece que el sol nos calienta hasta el fondo del alma, Lolita se sintió penetrar por la dulce influencia de la luz. Y ágilmente, como si fuerzas invisibles tiraran de ella y la suspendiesen en el aire, se levantó, vistióse rápidamente, abrió uno de los balcones del salón y aspiró con deleite físico y con ansia moral el aire libre, puro, embalsamado y caliente como una caricia de la vida.

Con emoción de convaleciente, con anhelos instintivos de un ser joven, que se agarra enérgicamente á la existencia, lo miró todo, recreándose en mirarlo, el jardín, las plantas abri-llantadas por el rocío, las casas vecinas, las campanillas azules... ¡Todo le era tan querido! Pero ¿por qué le parecía todo nuevo?

Volvió al salón, al billar-esgrima, en uno de cuyos ángulos había ella levantado un sencillo altar que contrastaba con el belicoso decorado de la estancia varonil, como su vida con la vida de Fernando. Allí, delante de una Concepción de hermosa talla, rodeada de flores, ardía una lamparita desde el

día en que se embarcó Fernando; en aquella luz siempre viva veía la niña un símbolo de su esperanza.

Aún no había llegado Pepita, la fiel amiga incomparable. Manuela, sobre quien pesaban entonces todos los cuidados de la casa y hasta los más graves asuntos de ella, confiada en la mejoría de su niña, tal vez habría salido ó se ocupaba en los abandonados menesteres domésticos que urgentemente solici- taban su celo.

Lolita estaba sola Y todo en aquella hora tranquila, el silencio solemne de la casa, la transparencia de la luz, del aire, del cielo, la pureza virginal mística de aquella jubilosa mañana, en que todo parecía revivir, todo determinó en la niña una recrudescencia irresistible de ternura, de esperanza, de fe, una sed infinita de Dios.

Y se arrodilló, se prosternó con todas sus potencias ante la Santa Señora que tan bien conocía su alma, sus amores, su inocente secreto de esperanza rebelde é invencible. Y allí, como si llorase en los brazos de la madre á quien no conoció, hablábale á la de Dios con tal confianza y ternura, con abandono tan infantil y candoroso, que nadie hubiese podido escucharla sin lágrimas.

Y apoyando la frente sobre el bordado mantelillo del altar, lloró largo tiempo con llanto dulcísimo y reparador.

Y como el amor y la vida alentaban en ella juntos, al sentirse reanimada y confortada por la fe, interpretó el consuelo divino de la plegaria como promesa de terrena dicha, y volvió á esperar con irresistible, con *irremediable* esperanza

De pronto se levantó, derramó la mirada por el alegre salón inundado de sol, y pensó:—¡Todo le espera aquí, todo es suyo, todo vive para él! Y vendrá, vendrá... ¿Cuándo? ¡No sé, pero sin duda muy pronto!

En esto llamaron á la puerta. Pero ¡con qué llamar! ¡Con el mismo llamar del cartero que le traía las cartas de Cuba! ¡Y era la misma hora!... ¡Sería posible! ¡Ah, qué idea! Y Lolita corrió desalada hacia la puerta.

En el camino encontró á la doncella, que por ser nueva ni conocía las letras de las cartas ni podía tomarse las precauciones y cuidados que empleaba Manuela antes de entregar á

su niña el correo, que ya no traía más que pésames ó malas nuevas para aquella casa.

La muchacha entregó, junto con los periódicos del día, un paquete de cartas.

Pero Lolita no vió más que una sola, y viéndola, todo el mundo se borró, se disipó en derredor suyo, y se redujo á aquel sobre dirigido á ella con sello de Cuba, con letra de Fernando.

¡Su letra, su carta, la carta ambicionada, suspirada, presentada, allí estaba, la tenía ella, la tocaba y no se desvanecía, no era sueño, era suya y nadie podía ya quitársela!

Y aquella, además de una carta de Fernando, ¡un pedazo de paraíso! era el paraíso todo entero, porque era la evidencia de su vida, la esperanza realizada, triunfante, gloriosa, por encima de todos los noticiones, de todos los periodicuchos, de todas las mentiras del telégrafo y del cable, ¡máquinas estúpidas que no saben lo que se dicen ni el daño que hacen con sus equivocaciones!

¡Pero todo era mentira! ¡Aquello, aquello sólo era verdad! ¡Y qué importaban ya el error, el engaño cruel, el sufrimiento espantoso, si todo ello no había servido más que para avalorar la dicha, para agrandar la alegría!

¡Allí, allí en su mano estaba la felicidad en forma de carta de Fernando y dirigida á ella! Pero ¡cómo temblaba, si no podía romper el sobre! Tanta luz había en sus miradas, que á su contacto se incendiaba el aire, llenándose de chispas de fuego vivísimo que no la dejaban ver las letras. Los oídos le zumbaban como con el estruendo de una música triunfal, atronadora. Estaba deslumbrada, ensordecida, ciega, casi demente. ¡Nada, que no podía leer! ¡Qué martirio y qué gloria!

Fuera de la presencia, no hay objeto, ni reliquia, ni nada que nos represente tan vivos á los muertos, tan presentes á los ausentes queridos como los caracteres de su letra. La letra es algo vivo, es la palabra misma de la persona amada que se nos entra materialmente por los sentidos, sólo que en vez de sonido es línea, y en vez de oírla la miramos. Pero es algo aún más íntimo, más individual, si cabe: es como la personalidad gráfica, algo que está en la forma y en los giros de la

escritura, á través de los cuales percibimos el ritmo de la vida, el rastro de la idea, la estela del sentimiento, el paso del alma querida, su huella visible sobre el papel, tocado por las manos, oreado por el aliento del que nos habla y como empapado en aquella vida tan remota y tan cercana.

Por eso las cartas son materialmente poco menos y moralmente casi más que la presencia real del ser amado: son la presencia de su alma.

Por eso tal vez no hay emoción de *tanta altura* como la producida por una carta de amor.

Todo esto, sin explicárselo, sin definírselo, sentía Lolita en aquel divino pedazo de papel.

La carta le decía tanto por fuera, que no le dejaba llegar á su contenido.

Por fin leyó. ¡Aquello era más de lo que ella ambicionaba!

«Habana 7 de Febrero, nueve mañana. (Ambos tenían la dulce nimiedad de consignar las horas de sus confidencias.)

Chiquilla de mi vida, ¡qué noticia voy á darte! Es tan grande, tan grande, que no me cabe en la carta ni en el corazón... pero ¡allá va!

¡Por fin vamos á vernos! ¡Voy á España, nos casamos!... Como que estuve por dirigir esta solemne espístola á la *señora de Enríquez...*»

—¡Dice esto, pero lo dice con todas sus letras? ¡Vaya si está claro! ¡Dios mío, pero es posible!—Y prosiguió:

«Ya sabes que el general, siempre bueno conmigo, al verme tan flaco, tan abatido, tan deshecho como me quedé con los dos terribles golpes que llevamos—¡gracias á ti los he resistido!—me concedió licencia temporal por enfermo; pero como yo lo estaba sólo del alma y para ésta es lo primero, ya lo sabes—¡y no tengas celos de la bendita patria!—el *deber militar*, como decía mi llorado viejo, no acepté la licencia. ¡Si querré yo á la señora Patria! Pero si no la quisiera no sería digno de ti.

Ahora... no es que esté malo, ¿sabes? No es cosa de cuidado, ni siquiera enfermedad; padezco unas fiebreillas leves, muy leves, casi nada; pero el señor *físico* me ha dicho que debo viajar, marcharme de aquí, que necesito respirar el aire

de España. ¡No sabe él muy bien cuanto lo necesito! Y quiere meterme miedo diciendo que si no me voy, el mal pudiera hacerse crónico y... ¡qué se yo, aprensiones! Yo no me iría— ¡no te me enfades, nena!—pero el buen hombre lo tomó tan á pecho que habló al general y el general casi me ha mandado militarmente que me vaya. Y como ahora no hago aquí gran falta, voy á cuidarme, porque la patria y mi *pupila*, mi hijita *provisional*, necesitan de mí... ¡Nada, que me *resigno* á ser dichoso! ¡Qué hace un hombre cuando le abren de par en par las puertas del cielo y le mandan como un deber que se entre por él de rondón?

Conque espérame para... muy pronto. Llego, *te doy mi blanca mano*, *te hago capitana*, chiquilla, somos felices, nos emborrachamos de alegría y luego... luego, si aún dura la guerra, me vuelvo al puesto del honor: Y si me tocase caer en él... entonces me moriría tranquilo, habría cumplido el juramento que empeñé á mi santo viejo, te dejaría mi nombre honrado, mi casa, un porvenir seguro y seguiría protegiéndote y amparándote hasta más allá de la vida.»

—¡Vaya unas tonterías!—Y seguía leyendo llorosa.

«Conque al momento, á escape, militarmente, futura señora de Enríquez, arréglole usted todo. La confección del *trousseau* durará lo que mi travesía, ni una hora más.

¡Pero gasta dinero, tira con pólvora del rey, derrocha lo que quieras, renueva lo que se te antoje—menos la alcoba de nuestros pobres muertos, ésa no la toques, será el relicario donde guardaremos todo lo que fué de ellos,—lo demás, vístelo de nuevo, de fiesta, de boda, nenita! ¡Qué alegría!»

«Tres de la tarde.

Pero... ¡qué tonto he sido! Es decir... vamos, que no es bueno alegrarse tanto de antemano y como soy tu *tutor*, debo enseñarte á tener juicio y puedo mandarte, y así te mando que no te alegres todavía más que á medias, con la mitad del alma, conservando la otra mitad serena para cualquier caso imprevisto.»

—¿Por qué dirá esto? ¡Qué raro!

«No, no es que suceda nada, pero... las noticias de hoy no son muy pacíficas, hay por ahí *jaleito*, creo que iremos de

fiesta. ¡No vayas á asustarte! Nada, expediciones sin consecuencias; porque á estos enemigos no se les ve nunca de frente. Un *paseo militar*, chiquilla, y sin duda bonito, porque esta tierra lo es; por cierto que pecas de injusta con ella. ¿También te da celos la isla? Muy bonita, sí señora... no me corrijas el adjetivo, *académica*, ya se que no es *bonita*, sino hermosa, espléndida, magnífica, todo eso junto. Ya verás qué cosas te cuento de aquí, ¡porque me vas volviendo poeta, hechicrilla! Hoy mismo, hoy... si me diera yo cuerda, si dejase ahora desatarse todas las músicas y todas las tristezas que me andan por el alma... Es decir, tristezas no... ¡qué sé yo lo que siento! Desilusión, miedo, rabia de niño de que se me pueda retrasar el viaje... Pero aunque se retardase, aunque no se realizara por ahora...»

—¡Jesús!

«...no te abatas, no te apures, no desconfíes, porque... ¡te juro que *nunca, nunca, nunca* te he querido como hoy!

Reza, Lolita mía, reza para que Dios me lleve pronto á ti y recibe toda el alma de tu

Fernando.»

—¡Toda el alma, sí, toda, toda aquí está!—Besando la carta.—¡La tengo, la tengo entera y nadie me la quitará! ¡Ésta es la verdad pura, santa! ¡Todos esos papeluchos son mentira negra, odiosa, torpe mentira!—Golpeando los periódicos.

Pero... ¿qué dice aquí? Fijándose en la primera plana de un diario, donde llenaba tres columnas un artículo encabezado así: *La muerte del capitán Enríquez*.

¡Aquella era la horrible, la tremenda realidad!

Por respetos muy atendibles, no había querido el periódico publicar aquellos dolorosos detalles; pero pasados los primeros días, cuando ya no sería un secreto para nadie la desgracia, reproducía íntegra la interesantísima carta de un testigo presencial, de un amigo íntimo del muerto, cuyos restos habían sido hallados por fin, recibiendo cristiana sepultura y los debidos *honoros militares*.

Estas dos palabras juntas devolvieron la conciencia de la realidad á la niña, que leía como sonámbula, maquinalmente,

sin poner en la lectura el alma, que tenía aún toda en su ensueño.

—¡Mentira, mentira, miserable mentira!—exclamó, prorumpiendo en una carcajada espasmódica.

Ya hacía un rato que Pepita y Manuela estaban delante de ella consternadas mirándola leer. Pepita había sabido lo del artículo; pero llegaba tarde para evitar sus desastrosos efectos. Lo que no sabían era lo de la carta.

—¡Lola, hija mía!...--dijo tímidamente la amiga.

—¡Mentira, falso!—prosiguió la pobre criatura, mirando alternativamente el periódico y la carta, la afirmación y la negación, la vida y la muerte.—¡Ésta, ésta es la verdad! ¡Cómo que es su carta, su letra, su propia letra adorada!—Manuela, al reconocer aquella letra, al ver aquella carta, estuvo á punto de desplomarse, creyó que el mundo se rompía en pedazos.

¡Pero cómo era posible! ¡Quién hubiera creído! ¡Virgen Santísima, qué hemos hecho!

--¡Mírala, Pepa!—afirmaba Lola, mostrando la carta á su amiga, que parecía extática de terror.—Pero ¿no sabes? viene. ¡Nos casamos, qué felicidad!

—¡Pobre Lolita mía!—sollozó Pepa rompiendo á llorar con todas sus fuerzas.

—¡Cómo, tú, también tú lo crees? ¡Si eso es falso, falso, falso! ¡Si la verdad es ésta, su letra, su carta, mírala, si esto no puede ser mentira!

—¡Por desgracia!...

—¡Cómo desgracia? Pero ¿no ves que sería espantoso, cruel, sangriento, que no hay cabeza en que quepa ni alma que lo sufra sin estallar en mil pedazos?... ¡Fernando ya... sin vida, y hablándome aquí de amor y de bodas! ¡Su cuerpo ya enterrado, y su alma sonriéndome en este papel! ¡No, no, no, eso sería absurdo, brutal, inconcebible, sería como una burla de los cielos y de la tierra! ¡Sería como ver reir á los sepulcros y oir hablar á los muertos! (Excitadísima, trágica, terrible.)

Pero el periódico estaba allí y en él la carta desconsoladora de aquel ejemplar amigo, de aquel simpático Paco Monsalve—á quien tan bien conocía ella por los elogios que de él le hacía Fernando, de aquel noble hermano de armas, que ha-

bía amortajado por sus manos el cadáver, hallado tres días después del encuentro.

Aquello hablaba con la tremenda elocuencia de la verdad, y á través de los caracteres impresos veía la pobre niña filtrarse el llanto del amigo y la sangre del heroico muerto.

Lo que pasaba era tan cruel, que excedía en horror á todas las tragedias.

Y al cabo estalló con espantosa explosión el dolor de la infeliz abandonada.

Cuando llegó el padre Teodoro, cuando acabó de entender todo aquel horror, se llevó las manos á la cabeza, se tambaleó, estuvo á punto de caerse redondo; y en vez de consolar á su pobre hija espiritual, aquel niño valetudinario, aquel ángel del cielo con sotana, se echó á llorar como una criatura.

Pepita lloraba acongojada.

Manuela, que parecía la personificación del dolor popular, desatado, fragoroso, trágico, rompió á llorar con todos los bríos de sus generosas entrañas. Y tierna, delicada siempre en medio de su rudeza, tuvo un rasgo sublime, se arrodilló, como si comprendiera que aquélla era la última suprema hora para la noble familia de los Enríquez, sus adorados señores.

Pero nadie intentaba consolar á la triste superviviente, ¡para qué! Hay desventuras que aplastan, que se imponen, que sobrecogen como la tempestad y como el océano.

Todos reconocieron tácitamente que aquel dolor enorme, desesperado, extremo, era lo irreparable. Y no encontrando palabras, ni esperanzas, ni consuelos dignos de tanta desventura, todos callaban, con silencio que era la más elocuente expresión de la impotencia humana anonadada ante lo irremediable.

El pobre organismo de la niña parecía próximo á estallar, roto por la presión brutal de aquellas dos extremas impresiones, destrozado en aquél trágico derrumbamiento desde los cielos al abismo.

Y sobrevino una convulsión espantosa; y, al cabo, la palidez, la crispatura, el hielo, el desmayo mortal, la catalepsia.

* * *

Al anochecer de aquel día, que amaneció tan espléndido para la pobre niña, salían de su casa, formando triste grupo, el médico y el confesor.

Ya en la escalera, ofreció el doctor su brazo al venerable anciano, que al apoyarse en él le interrogó ansiosamente con los ojos:

—Ya lo ha visto usted, padre—contestó el médico gravemente:—hemos asistido al desastre de ese pobre organismo. Esa sensibilidad se ha roto hoy, ha estallado deshecha, como estallarían las cuerdas de un arpa heridas por una maza de hierro. ¡Desgraciadamente... si vive, se quedará imbécil ó loca!

¡Y pensarán que cabe en las estadísticas la cifra desconsoladora de las víctimas de la guerra!

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

Madrid 1.º de Marzo de 1898.





SABER Y NO SABER

DOLORA

I

Cuando con ansia de saber medito,
mido con arrogancia,
como si fuese un sueño, la distancia
que media entre la nada y lo infinito.

Mas mi razón, cual todas limitada,
nunca ve claramente
eso que hay de común entre la mente,
lo infinito, los sueños y la nada.

II

Saber y no saber, todo es lo mismo,
porque el fin de la ciencia es el abismo.

CAMPOAMOR.



LEÓN HERRERA Y LOS VITALISTAS ANTIGUOS

Es indudable que nuestros predecesores ignoraron infinidad de cosas que nos son familiares, y defendieron innumerables errores que hoy día nos parecen pueriles, pero no es menos cierto que á nuestra vez ignoramos mucho de lo que será conocido por nuestros sucesores, y mantenemos errores que parecerán ridículos más tarde.

Esto nos debe acostumbrar á la humildad; pero sería acumular un nuevo error á los que ya cometemos el exagerar la ignorancia y los errores de nuestros antepasados, dando, además, armas á los que nos sucedan para censurarnos, como nosotros lo hacemos con los que vivieron en condiciones menos favorables y ventajosas. Los progresos actuales de las ciencias son tan aparentes que no se necesita, para destacarlos, depreciar injustamente los trabajos del pasado.

¿No se equivocaron lastimosamente los filósofos y sabios de los pasados siglos haciendo intervenir para explicar la vida á un principio extraño á la naturaleza bruta? Tal es la cuestión examinada por el Sr. Herrera, profesor de botánica en la Universidad libre de Bruselas, en una serie de conferencias dada en los cursos de ampliación (1).

(1) ¿Existe una fuerza vital? por León Herrera, 1897.

Puede ser que el Sr. Herrera haya abusado un poco de su cualidad de profesor de botánica. Ocupándose por obligación en la vida vegetativa, es á su terréno adonde quiere conducir sus adversarios, privándoles de sus principales ventajas. Dejando fuera de la discusión todas las manifestaciones superiores de la vida, las sensaciones, los actos intelectuales, las acciones voluntarias, es decir, en una palabra, todo aquello que los vitalistas consideran como elemento irreducible á las potencias de la materia, declara que no ha lugar á admitir una fuerza vital. Esto es discutir con ventaja.

No vacilamos, sin embargo, en contender en este campo, arbitrariamente circunscrito, y nos preguntamos también si la idea que tenían los antepasados de la vida vegetativa, esto es, de la vida de nutrición y de reproducción, está en algo en contradicción con los principios científicos modernos relativos á la materia y á la energía.

Se puede dividir la serie de conferencias del Sr. Herrera en tres partes. En la primera desarrolla ampliamente la historia de las opiniones que se han sucedido á propósito de los fenómenos vitales. Partiendo de los remotos comienzos de la humanidad, recorre los siglos transcurridos interrogando lo mismo á las tribus bárbaras que á los pueblos llegados á la cúspide de la civilización.

En la segunda pretende demostrar que los antepasados, por el solo hecho de admitir una fuerza vital diferente de las fuerzas de la naturaleza bruta, estaban en contradicción con el principio de la conservación de la energía.

En su tercera parte, excesivamente corta, y á la que, como más lejos veremos, hubiera debido corresponder mayor amplitud, Herrera toca, aunque muy ligeramente, la gran dificultad del problema, el mecanismo de la transformación en naturaleza viva de la naturaleza bruta.

La historia de las opiniones emitidas sucesivamente por los filósofos y los sabios acerca del principio de la vida es lo que ocupa el mayor espacio en el estudio del Sr. Herrera. Pero yo dudo de que el conferenciante haya siempre acudido á las fuentes originales, ó por lo menos se haya inspirado en el testimonio y autoridad de sabios merecedores de toda

confianza. Además, la exactitud de sus informes no es siempre rigurosa, pues equivocadamente acepta con ciega confianza aserciones de polemistas de imparcialidad dudosa, como Draper, por ejemplo, cuya autoridad anda muy quebrantada á consecuencia de errores imperdonables y de descuidos muy singulares (1).

Así es que desde la segunda lección, el profesor de Bruselas se ve obligado á maltratar los hechos.

Se lee allí en un pequeño capítulo titulado *Los árabes y la escolástica*: «El cristianismo de los primeros siglos, ascético é intolerante, fué hostil á las investigaciones científicas, que encontraron, por el contrario, un refugio entre los árabes, convertidos entonces en cerebro de la humanidad (J. C. Houzeau)».

«Ellos cultivaron con entusiasmo las matemáticas, la astronomía, la medicina. Entre sus múltiples escuelas filosóficas el estudio de Aristóteles ocupó, á mediados del siglo VIII, un lugar importante. El más célebre comentador árabe del Estagirita fué Ibn Rosch ó Averroes (1126-1198).»

«Por intermedio de los árabes y de los judíos es como la filosofía de la Iglesia—la escolástica—se familiarizó con el conjunto de las obras de Aristóteles y se impregnó completamente, á partir del siglo XIII, con sus doctrinas.»

El Sr. Herrera no sabía, pues, que esta acusación, repetida por él, fué calificada de falsa y extemporánea por Renan en 1852, en una tesis latina dedicada exclusivamente á este punto (2).

El profesor de Bruselas parece formar entre esos anticuados que «creen falsamente que Aristóteles, después de algunas generaciones de discípulos en el Liceo, cayó envuelto en el olvido para resucitar más glorioso por el celo de bárbaras naciones», es decir, por los árabes. Ignora, sin duda, que «todos los doctores de los siglos V, VI y VII, salvo contadas excepciones, Eneas de Goza, Zacarías el Escolástico, Juan

(1) La Iglesia y la ciencia, por Ch. de Smedt, S. I. *Revue des Questions Scientifiques*, tomo I, 1877, pág. 98.

(2) E. Renan, *De philosophia peripatetica apud Syros commentatio historica*, 1852.

Filopono, Juan Damasceno, eran peripatéticos; que no sólo la filosofía eclesiástica es peripatética en esta época, sino que también lo es la herética. Juan Damasceno, en particular, haciendo de la lógica de Aristóteles el instrumento de la teología dogmática y la continuación de la fe ortodoxa, mereció justamente el ser llamado el primero de los escolásticos».

Ignora también que las traducciones árabes de Aristóteles no se hicieron de los manuscritos griegos descubiertos por los sectarios del Islam, sino de las traducciones siriacas hechas por los cristianos.

Tampoco sabe, sin duda, que en la corte misma de los Califas, durante los tres primeros siglos del mahometismo, no fueron los árabes los representantes de la ciencia, sino los cristianos siriacos que eran á la vez los médicos del Soberano, ni el curioso detalle de que todas las traducciones árabes, incluso las mismas de los siglos IX y X, han sido hechas no por árabes ni por musulmanes, sino por cristianos siriacos, á los cuales los Califas, desconfiados del saber de sus correligionarios, encomendaban tal cuidado, no seguramente sin recriminaciones de los creyentes, á las que respondían que, si entregaban sus propios cuerpos á los cristianos, menos escrúpulos tendrían para hacerlo con los manuscritos.

Si el Sr. Herrera no conocía el estudio de Renan, le hubiera bastado abrir el Diccionario de ciencias filosóficas de Franck, obra poco sospechosa de parcialidad á favor de la Iglesia, y consultando la palabra árabes hubiera visto que lo más conveniente para él habría sido borrar completamente en su manuscrito el capítulo *Los árabes y la escolástica* de su segunda lección.

En la segunda parte de sus conferencias, León Herrera trata de hallar una oposición entre el principio de la conservación de la energía y las teorías vitalistas.

Hé aquí el argumento que opone á los vitalistas. Si existiese una fuerza vital, la cantidad de energía del universo aumentaría. Ahora bien, la cantidad total de energía del universo es invariable; por otra parte, las experiencias directamente efectuadas con los seres vivos no han llegado jamás á demostrar

el incremento de la energía como consecuencia de las operaciones vitales. Luego no existe la fuerza vital.

Nosotros vamos á ser menos exigentes que los matemáticos y los físicos profesionales respecto de la certidumbre del principio de la conservación de la energía y de las condiciones que supone su aplicación. Lo admitiremos como principio irrecusable en el mundo que nos rodea inmediatamente, y no solicitamos al igual que Herrera ninguna excepción en favor de los fenómenos de la vida vegetal que nos ocupan ahora.

Pero para saber si una teoría es ó no opuesta al principio de la conservación de la energía, importa ante todo darse cuenta de la significación del principio.

La forma primera de la energía, á la cual se refieren todas las demás, es el trabajo mecánico consistente, por ejemplo, en elevar un cierto número de kilogramos á determinada altura. Este trabajo se valúa multiplicando el número de los kilogramos del cuerpo por el de los metros de la altura y se expresa por otro de kilográmetros.

En tanto que se es capaz de elevar un peso, sea directa ó indirectamente, se posee energía. Pero el principio de la conservación de la energía dice desde luego que acabará uno por agotarse elevando pesos, porque se posee solamente una cantidad limitada de energía en reserva.

¿No se podrá ya, una vez empleada toda la energía, levantar nuevos pesos? No, excepto si se deja descender uno de los pesos anteriormente elevados. Porque uniendo con una cuerda estos pesos, pasándola por la garganta de una polea, el peso que descende podrá elevar al segundo si éste es inferior al primero. El trabajo realizado en primer lugar, puede en efecto restituir la energía invertida. Si yo quiero obtener un nuevo efecto reintegrándome de aquélla, podré conseguirlo utilizando un trabajo precedente, pero á condición de sacrificar el efecto del primero.

El principio de la conservación de la energía nos dice también que, de cualquiera manera que dispongamos las operaciones utilizando precedentes trabajos para conseguir otros nuevos, siempre llegaremos á la conclusión de que el trabajo

efectuado, adicionado al que queda disponible, forman una cantidad constante é igual al trabajo máximo que hubiera sido posible efectuar desde luego.

Todo esto es evidente en la hipótesis de que los pesos y nosotros fuésemos los únicos objetos existentes en el universo desde el punto de vista de la energía. Porque con la energía sucede lo mismo que con la riqueza, que puede pasar de un sujeto á otro y fluctuar diversamente en los individuos sin trascendencia para el conjunto. Mi riqueza disminuirá si yo la cedo á los demás y aumentará si recibo regalos. Del mismo modo, la capacidad de efectuar un trabajo puede también transmitirse; como, por ejemplo, si alguno eleva un peso reemplazándome, yo podré más tarde, gracias al obsequio, levantar uno más de lo que no hubiera podido hacer sin ayuda.

Pero si se habla del universo material todo entero, entonces sí se puede decir que, recibida una vez para todas, la energía ya no es posible ni aumentarla ni disminuirla. Sin embargo, si la cantidad total de energía no varía en el universo, las formas que reviste pueden variar y permutar entre sí.

De estas formas, las unas se manifiestan directamente á nuestros sentidos en fenómenos de movimiento, calor, electricidad, magnetismo, combinaciones químicas; otras son latentes y no se revelan sino en ocasiones determinadas, de tal manera que si estas ocasiones no se presentan pueden quedar completamente ocultas.

Estas reflexiones demuestran con qué prudencia es preciso aplicar el principio de la conservación de la energía para no deducir conclusiones que no son lógicas.

Así es que se puede sacar de un cuerpo más energía sensible de la que se le comunicó, porque frecuentemente existen en los cuerpos energías latentes que sólo se manifiestan en el momento en que se opera en determinadas condiciones. Los artilleros y mineros, desarrollando una pequeñísima cantidad de energía calorífica, llegan á despedazar verdaderas murallas metálicas y hacer saltar enormes bloques de rocas. La desproporción aparente entre la causa y el efecto se explica por la energía latente de la pólvora y de la dinamita.

La cantidad total de energía del universo no ha variado, pero una porción de ella ha cambiado de forma.

Un caso, al parecer, contrario al precedente puede también presentarse. La cantidad de energía es idéntica al principio y al fin del fenómeno, sin que pueda deducirse la ausencia de una intervención extraña.

El alcohol que se vierte en un recipiente con ácido sulfúrico se desprende en forma de éter y se produce agua. El éter no contiene ni una partícula del ácido y si se comparan las sumas de las energías químicas y térmicas antes y después de la transformación, se comprueba que no han variado, siendo además independientes de la acción del ácido sulfúrico. Y, sin embargo, el ácido ha debido intervenir en la operación, porque sin su presencia la transformación no se hubiera realizado.

Los químicos explican la reacción suponiendo la formación y destrucción de un producto intermediario en el que toma parte el azufre del ácido. Pero si se limitaran á la comprobación de las cantidades de energía antes de la introducción del alcohol en el recipiente y después de la salida del éter, se podría creer que el alcohol se había transformado por sí solo en éter y agua sin intervención química extraña. Así, pues, la influencia de un agente en una operación no se manifiesta siempre en el resultado final por una variación de la cantidad de energía total.

En el ejemplo precedente, si la suma total de energía no gana ni pierde, se producen, no obstante, cambios recíprocos entre las energías químicas y térmicas. Pero se puede ir más lejos todavía y asegurar que toda variación de los fenómenos materiales no supone de ningún modo una transformación necesaria de la energía, y vamos á demostrarlo.

Permítasenos, para mayor claridad de la exposición, considerar universos menos complicados que el nuestro y en los que, sin embargo, reine el principio de la conservación de la energía.

El universo más sencillo sería evidentemente aquel que se redujese á un solo cuerpo en movimiento. La única energía que tendríamos que tomar en cuenta sería la resultante del movimiento. Suponiendo constante la velocidad, la energía

cinética también lo sería y, sin embargo, á pesar de la conservación de la energía, alguna cosa variaría en el universo, y ésta sería la posición del cuerpo en el espacio.

Consideremos un universo un poco más complicado, compuesto de varios cuerpos animados de movimiento, pero sin ejercer ninguna acción unos sobre otros. No solamente la posición absoluta de los cuerpos variaría en el espacio, sino que también sería variable la relativa de unos respecto de los otros si los movimientos no son siempre iguales y paralelos, y si los cuerpos son tres, por ejemplo, el triángulo formado por las rectas ideales que los unen podría tener sucesivamente formas variadas, y por consiguiente propiedades diferentes.

Estudiemos ahora un universo en el que existan fuerzas. Se le puede suponer formado de dos cuerpos de la misma masa á los que se les haya dado un movimiento inicial de igual velocidad y de dirección perpendicular á la recta ideal de su unión, pero en opuesto sentido y de magnitud tal que bajo la influencia de su atracción recíproca cada uno de ellos describa una trayectoria circular.

En este caso los dos cuerpos quedarán siempre á la misma distancia, y su velocidad será constante. Por consiguiente, no sólo la suma de sus energías quedará invariable, sino que además no habrá tampoco variación en sus energías parciales, y lo mismo sucederá en lo que se refiere á la energía potencial que depende de la distancia, é igual respecto de la cinética ó actual, que es función de la velocidad. Y, sin embargo, los cuerpos cambiarán de posición y sus movimientos y la fuerza que los solicita variarán de dirección en cada instante. Pueden, por consiguiente, verificarse cambios en el universo, no sólo sin que varíe la energía total, sino aun sin variar las energías parciales.

Por de contado, en virtud de su naturaleza misma, la energía potencial, mientras no se transforma en energía actual, es como si no existiera. Es una simple capacidad de intervenir en los fenómenos; pero si esta capacidad no se traduce en acto, los fenómenos materiales no sufrirán modificación, cualquiera que sea la hipótesis que respecto de la importancia de esta capacidad oculta se haga.

Y, de hecho, si la energía actual es determinada por la velocidad que á los dos cuerpos hemos impreso, la energía potencial queda todavía indecisa aun después de haber fijado la distancia de los dos cuerpos y su fuerza de atracción á la misma. Según como se conduzca la fuerza de atracción, á partir de la distancia considerada, podremos suponer la energía potencial tan grande ó tan pequeña como nos plazca. Si esta fuerza aumenta considerablemente á medida que la distancia disminuye, la energía potencial podrá ser inmensa; si la fuerza, por el contrario, disminuye rápidamente, la energía potencial será muy chica, y también será admisible una suposición que la hiciese tan pequeña como se quisiera.

Si ahora, por cualquier artificio, se pudiese obtener á la distancia dada la fuerza necesaria y conseguir luego anular ésta repentinamente, desde que la distancia fuese aún más pequeña, no habría ya energía potencial. ¿Será esto posible? Los matemáticos así lo aseguran, y el artificio empleado es muy sencillo.

Tomemos otra vez los dos cuerpos de nuestro pequeño universo. Dejémosles la velocidad que poseían, y supongámoslos á la misma distancia anterior, pero suprimamos la atracción. Si fuesen libres, se alejarían uno de otro, corriendo en línea recta hacia dos extremos opuestos del espacio.

Ahora, sin introducir ninguna energía nueva, modifiquemos completamente las condiciones de los dos cuerpos, obliguémosles á quedar á distancia invariable entre sí y á cambiar su movimiento rectilíneo en circular. El medio parecería tal vez inocente, si no estuviese realzado por la dignidad de las matemáticas. Unamos los dos cuerpos con un hilo flexible é inextensible y de suficiente resistencia. Los dos cuerpos así encadenados quedan evidentemente obligados á girar sobre la misma circunferencia, estando en todos los instantes en las dos extremidades de un diámetro. La tensión del hilo es una fuerza que obra sin trabajar, puesto que su dirección es constantemente perpendicular á la trayectoria de los dos cuerpos; la energía potencial que la misma tensión determina es matemáticamente nula, puesto que, por poco que los cuerpos, si esto fuera posible, se aproximasen, el hilo se haría excesiva-

mente largo y no ejercería ninguna acción sobre ellos, siendo así como se realiza la condición de una fuerza que repentinamente se anula, sin originar ninguna energía.

Por otra parte, puesto que el hilo á la distancia dada modifica completamente el movimiento de ambos cuerpos, es preciso que á esta distancia desarrolle una cierta fuerza, por que, por definición, todo aquello que modifica un movimiento es una fuerza.

Así pues, según los matemáticos, es posible concebir la existencia de una fuerza que obra y no trabaja, que no conlleva ninguna energía y sea, no obstante, capaz de trastornar el universo dirigiendo la transformación de la suma de energías que posee y á la que, sin embargo, no puede aumentar ni disminuir.

Por último, el principio de la conservación de la energía no excluye por sí mismo la producción de nuevas fuerzas. En la gravitación universal la fuerza varía en razón inversa del cuadrado de la distancia. Cuando los dos cuerpos entre los cuales se ejerce pasan de la distancia 2 á la 1, la fuerza pasa del valor 1 al valor 4. Esto es, que á la distancia 1 existen tres unidades de fuerza que no existían á la distancia 2. La producción de una fuerza no es, pues, inconciliable con el principio de la conservación de la energía.

Estudiando todos los casos precedentes, lo que queríamos hacer resaltar es que el principio de la conservación de la energía tiene poca aptitud para resolver cualquiera clase de controversia relativa á los fenómenos que se observan en el universo.

Esta falta de aptitud es lógica, pues por sí mismo el principio nada explica fuera de las cantidades de energía. Ahora bien, aun en la energía cinética, además de la cantidad de energía hay que considerar también, si se quiere juzgar del estado del universo, la dirección de las fuerzas y de los movimientos, elementos que pueden variar, como anteriormente vimos, no solamente sin hacer variar la única cosa que cae bajo el principio de la conservación de la energía, esto es, la suma de las energías potencial y cinética, pero sin alterar tampoco cada una de las dos partes de esta suma. ¿Qué suce-

derá cuando se esté en presencia de todas las variaciones que resultan de los cambios de forma de la energía sin que la suma total varíe? ¿Cómo decidir con la ayuda de este principio, que hace abstracción de todo detalle, si tal variación ha debido producirse con preferencia á otra, cuando en ambas formas la cantidad de energía es la misma?

Si esto sucede cuando se aplica el principio al universo en conjunto, cuando se trata de un sistema particular de cuerpos, entonces las dificultades son mayores, pues el principio para un sistema tal cesa de ser verdadero. El sistema podrá tener una energía mayor ó menor siempre que en algún sitio del universo llegue á compensarse la ganancia ó la pérdida. Y esta compensación, cuando intervienen fuerzas que actúan á larga distancia, puede realizarse muy lejos de nuestro sistema y ocultamente. Una barra de hierro dulce puede ponerse en movimiento á expensas de la electricidad que anima á un electro imán cuya existencia nos fuese desconocida.

Además, aun cuando la energía ganada ó perdida tuviera su compensación en el sistema mismo, el principio de la conservación de la energía no nos permitiría zanjar todas las cuestiones. Porque en el sistema pueden existir energías latentes que desconozcamos y que producirían en la energía conocida un aumento ó una disminución aparente, inconciliable, á primera vista, con el principio de la conservación de la energía.

En el universo no se reduce todo á este principio único. Es preciso admitir otras influencias diferentes de las que obran sobre la suma de las energías para aumentarla ó disminuirla y que nos explican por qué el universo todo y cada una de sus partes tienen su energía, bien bajo una forma, bien bajo otra, porque se presentan tales fenómenos independientemente de las energías, porque, en una palabra, el mundo pasa de un estado á otro. La idea de influencia no conlleva, cuando se trata de los cuerpos de la naturaleza bruta, la de aumento de energía. Por de pronto nosotros afirmamos que no se puede rechazar *à priori* la intervención de un principio extraño á la materia bajo el pretexto de que su influencia, si existiera,

aumentaría la suma de energías. Su influencia sobre las energías podría reducirse, como sucede á la misma materia, á modificar su forma, á dirigir sus transformaciones sin tocar á su cantidad.

Newton y los sabios que le sucedieron inmediatamente no conocían más que cuerpos ponderables. Según ellos, el mundo estaba constituido exclusivamente por partículas materiales que se atraían en razón inversa del cuadrado de la distancia. Y sin embargo, más tarde, nadie rechazó *à priori* la idea de introducir otros cuerpos diferentes, los imponderables. Se les admitió evidentemente porque se necesitaba su influencia para poder explicar ciertos fenómenos, que no se referían para nada á la cantidad de energía. No es porque se hubiera encontrado la cantidad de energía de los cuerpos ponderables, insuficiente, por lo que se llamaba á otros en su auxilio. Es seguro que la suma de energías de los cuerpos ponderables no ha aumentado después de la introducción del éter. Para otros fines, tales por ejemplo, como para explicar la propagación de la luz, es para lo que sirve este sutil fluido, tan imperceptible á nuestros sentidos como el principio vital, objeto de los ataques del profesor de Bruselas.

Lleguemos ahora á las consecuencias que el Sr. Herrera saca en contra de los vitalistas del principio de la conservación de la energía. Su argumento se reduce á decir, como anteriormente se consignó, que los vitalistas, al admitir la existencia de una fuerza vital, aumentan la cantidad de energía del universo y pecan, por consiguiente, contra el principio de la conservación de la energía.

Examinemos primeramente la expresión fuerza vital.

Si se restringiera un poco el alcance del título de las conferencias del Sr. Herrera, ¿existe una fuerza vital?, una gran parte de su exposición histórica podría considerarse como fuera de lugar. Su argumento, en efecto, sólo se aplica á los que admiten una *fuerza* vital. Ahora bien, según él, Aristóteles y los escolásticos no designan el principio vital bajo esta expresión, sino que emplean los nombres de alma, entelequia, forma. Por consiguiente, todas las objeciones deducidas de la noción de fuerza propiamente dicha no tendrían valor contra

estos vitalistas á menos de demostrar la identidad de su principio vital con una fuerza en el sentido técnico de la palabra, el único aquí aplicable, porque no es creíble que en lecciones repletas de *trabajo* y *energía*, Herrera hubiese, él mismo, considerado la palabra fuerza en un sentido más extenso.

Pero esto, que no es lícito para el Sr. Herrera, lo fué, sin embargo, en la antigüedad, y es la segunda consideración que desarrollaremos.

La palabra *fuerza* tiene ahora, para los matemáticos, un sentido perfectamente determinado, salvo algunas dificultades sobre las que queremos insistir.

Pero para nuestros antepasados tenía una acepción más extensa que se ha conservado á pesar de los matemáticos en el lenguaje corriente, y desde que este sentido se ha fijado invariablemente en las discusiones de la mecánica, es justo y aun necesario, para no introducir confusión en las ideas, no hablar de mecánica sin emplear la palabra fuerza en el sentido técnico.

Pero esta ley no tiene efecto retroactivo, y no se puede en consecuencia imputar á los antiguos como error el que empleasen la palabra fuerza donde hoy día no se usa. Lo que importa averiguar es si lo expresado por la voz está conforme con la realidad.

La palabra fuerza, *vis* ó *virtus* en latín, de donde se ha hecho la *virtud*, indicaba solamente en otros tiempos la facultad de influir sobre un fenómeno cualquiera, movimiento ó no. La naturaleza interna de esta facultad no se determinaba por el hecho de hacer de ella una virtud. Así es que Molière se burlaba con razón de la virtud dormitiva del opio y de otras virtudes semejantes. Y se burlaba con motivo, porque los que empleaban tales términos, pretendían pasar como sabios ante sus oyentes, simulando conocer la naturaleza de estas virtudes, cuando estas expresiones ocultaban únicamente su ignorancia.

Pero sería grave error querer excluir de la ciencia términos generales que, si no enseñan nada nuevo, economizan perífrasis.

¿Quién censurará á Newton por haber hablado *de atracción*

en lugar de cansar á sus lectores con una larga y fastidiosa fórmula, cada vez que él quisiera aludir á esta cosa indeterminada que impulsa á los cuerpos á aproximarse según la ley deducida de la experiencia?

No se aprende nada nuevo con esto respecto de la causa del fenómeno, y Newton lo sabía y lo confesaba paladinamente, pero lo mismo sucede con la mayoría de estos términos generales. No nos dice tampoco mucho más la palabra fuerza tomada en sentido restrictivo. Definirla diciendo que fuerza es *lo* que produce ó modifica el movimiento de un cuerpo, no nos enseña nada sobre la naturaleza íntima de esta causa particular, solamente conocida por sus efectos.

Cuando nuestros antecesores afirmaban que había una fuerza que presidía los actos de la vida vegetativa, el sentido de su afirmación era que había en el ser vivo alguna cosa capaz de producir efectos desconocidos en la naturaleza bruta, efectos que se resumen, como ya lo había enseñado Aristóteles, en la nutrición y en la reproducción.

Sea cual fuere la doctrina que se profese respecto de la vida, no se puede negar que hay seres en que estos dos fenómenos de nutrición y reproducción se realizan y otros en los que dichos fenómenos no tienen lugar. Y si esto es así, necesariamente habrá en los primeros alguna cosa que no se encuentra en los segundos. La cual podrá ser una disposición nueva de las partes ó un ser completamente nuevo, pero de cualquier modo es indudable que una capacidad nueva ha surgido, y esto basta para justificar el antiguo sentido de la palabra fuerza sin que suponga un error con relación á la teoría de las energías.

Pero aunque se hubiera admitido una fuerza nueva en el sentido actual de la palabra, el principio de la conservación de la energía no corría riesgo alguno. En los actos de nutrición y reproducción se observan movimientos del corazón, peristálticos de los intestinos, dehiscencia de las semillas... que son propios de los seres orgánicos. Si un movimiento se produce es preciso que haya alguna fuerza, y no se debería reprochar á los antiguos el que hubiesen atribuído al principio de la vida los caracteres de una fuerza propiamente dicha.

Desde el punto de vista de la conservación de la energía no

pueden ser censurados por hablar de una fuerza nueva, pues ya hemos visto que la existencia de una tal fuerza es conciliable con el principio de la conservación de la energía.

Se me objetará probablemente que el principio es verdadero en el caso de una fuerza nueva tomada á la materia, pero no en el de que se añada á la misma materia una fuerza extraña.

Cualquiera que sea la opinión de otros vitalistas, los escolásticos por lo menos están muy lejos de hablar de fuerzas añadidas en absoluto á la materia. Su principio vital está, como ellos dicen, *sacado de la potencia de la materia*. Por consiguiente, reconocen que la materia posee en potencia la capacidad de realizar todos los actos vitales, pero que dicha potencia no se resuelve en actos más que cuando la materia toma la forma del ser vivo.

No se ve, pues, la dificultad que hayan podido encontrar para admitir en la naturaleza bruta la energía vital en potencia, es decir, algo que no es todavía trabajo vital, pero que puede serlo.

Esto no es asegurar que los escolásticos tuvieran una idea más ó menos remota del principio de la conservación de la energía, pero lo que ellos aseguraban no está en contradicción con dicho principio.

No se niega una cosa porque se desconozca.

Podrá objetarse todavía: la prueba de que se trata de un principio adicionado á la materia es la unidad atribuída al principio vital, unidad que pugna con la multiplicidad de los elementos materiales del ser vivo.

Pero ¿cuál es esta unidad? No será la unidad de la simplicidad, porque los escolásticos admitían la divisibilidad del alma vegetativa; es, sin duda, una unidad de un género particular, cuya idea procede de la forma física de los cuerpos.

En una estatua hay alguna cosa de unidad, y algo también de múltiple. Lo que es uno es la forma, lo múltiple corresponde á la materia.

Si se quiebra la estatua en mil fragmentos, se dirá que la estatua se destruyó, que ya no hay estatua, y sin embargo, se poseen todavía todos sus elementos. Hay, pues, en la es-

tatua algo á lo que no se puede tocar sin destruir: la forma, que es indivisible, porque los fragmentos de la estatua no son ya estatua, y pierden por el hecho mismo de su separación mutua la cualidad que tenían de representar una persona determinada.

Esta unidad de la forma física servía á los escolásticos para explicar, por analogía, la unidad del principio que, por su íntima unión con la materia, da origen á cada uno de los compuestos de la naturaleza bruta y de la naturaleza puramente vegetativa, por la misma razón es por lo que daban á este principio el nombre de *forma* substancial.

La forma substancial no es realmente la forma física, pero lo mismo que ésta da á los elementos materiales propiedades nuevas que dejan de existir en cuanto se separan los elementos; origina aquélla en los elementos de cualquier compuesto nuevo ciertas propiedades, diferentes de las que poseen aisladamente. Rota la unión de los elementos, desaparece la forma y con ella las notas y caracteres específicos del compuesto.

Los modernos, después de criticar la idea de la forma, en ella han venido á parar; pero, dicho sea en honor suyo, la han puntualizado. Todos los compuestos químicos se consideran hoy día como edificios diferentes, no sólo por sus elementos constitutivos, sino también por su forma. Dos compuestos formados por los mismos elementos y en la misma proporción, gozarán de propiedades absolutamente diferentes si se varía su agrupación en el edificio químico.

Con el mismo número de átomos de oxígeno, carbono é hidrógeno se puede hacer una substancia dulce como el azúcar ó ácida como el vinagre. Todo depende de las relaciones mutuas que tomen los átomos entre sí al formar el compuesto, y es el orden, introducido por estas relaciones, lo que los químicos representan esquemáticamente con sus edificios. Edificios absolutamente ideales, desde luego, en los que las influencias se representan por distancias, y donde cada elemento actúa directamente sobre otro, considerado como vecino suyo; pero los químicos no han creído nunca que las nuevas particularidades puestas de manifiesto en sus edificios eran simples resultantes físicas de las propiedades anteriores,

como sucede en los edificios ordinarios. La forma de los edificios químicos modernos, lo mismo que la forma substancial de los escolásticos, no tiene sino una somera analogía con la forma física; pero la elección de la palabra ha sido hecha con la intención de que resalte la unidad introducida, gracias al nuevo principio entre los elementos distanciados y esencialmente múltiples de la materia.

Esta unidad, tan ostensible en los compuestos químicos, es aún más aparente en los seres vivos. No sólo es el ser animado un todo eminentemente complejo; no sólo constituye armonioso conjunto de partes; no sólo pone de manifiesto en las transformaciones de su materia y energía propiedades características especiales, sino que además posee marcada adaptación, que celebro ver reconocida por el Sr. Herrera, y que está en contraposición con los caracteres de la naturaleza bruta.

Esta adaptación ha sorprendido siempre á los espíritus pensadores, y en ella confiesa el Sr. Herrera que radica «la gran dificultad de la interpretación mecánica de los seres vivos».

De cualquiera manera que se intente, los movimientos y demás fenómenos observados en los seres vivos no pueden explicarse por sólo las leyes á que obedecen sus elementos desorganizados.

La materia posee un gran número de propiedades latentes que no se manifiestan sino en condiciones particulares, y si la casualidad no nos favorece, como, por ejemplo, ha sucedido con los rayos Röntgen, estas propiedades quedan ocultas.

Pueden, pues, existir en el oxígeno, hidrógeno, carbono, nitrógeno y azufre, principales constituyentes simples de los seres vivos, propiedades latentes sólo reconocibles en determinadas condiciones realizadas en el ser. Es preciso que todas estas partículas materiales se agrupen en un cierto orden, adquieran una estructura particular para que sean capaces de producir ciertos fenómenos especiales.

Si estos fenómenos son en realidad especiales, es decir, si no se pueden referir á una ley más general, de tal manera que no se los hubiera podido deducir de otras propiedades acusadas por los elementos simples en otras condiciones, se

podrá hacer con ellos un grupo especial, designándolos con un nombre particular.

Es chocante, desde este punto de vista, que el Sr. Herrera, botánico acostumbrado á contemplar las maravillas de la vida, no haya defendido mejor su ciencia que los físicos y los químicos. Les reconoce á éstos con Ostwald el derecho de considerar las energías de que respectivamente se ocupan como especies particulares que merecen en razón de sus caracteres nombres especiales, y admitiendo una energía *mecánica*, dividida á su vez en *cinética* y *potencial*, una energía *térmica*, una energía *eléctrica* y *magnética*, una energía *química* é *interna* y una energía *radiante*, ¡recusa una energía *vital*!

¿Por ventura las manifestaciones vitales son menos notables y aparentes que las manifestaciones químicas ó eléctricas? ¿Son aquéllas de más fácil reducción á las otras energías que lo que lo son éstas entre sí? Todo lo contrario, pues á medida que la observación progresa, ¿no se descubren en los seres vivos fenómenos sorprendentes é inesperados?

No es preciso recurrir á plantas ó animales de gran perfección para encontrar en su vida vegetativa objetos de admiración. Según las últimas investigaciones, en la celdilla más pequeña, en el momento de su reproducción, hay una superabundancia de movimiento y actividad. El núcleo se mueve de un sitio á otro, el nucleocilio se fragmenta y sus filamentos ó bastoncillos suben, bajan, se disponen en coronas ecuatoriales y polares, figuras estrelladas, aparecen y desaparecen sucesivamente.

Ni la física, ni la química, ni la astronomía suministran un conjunto tan desconcertante de fenómenos. Lo mismo al presente que en épocas anteriores, el entendimiento humano encuentra inexplicable este espectáculo único, y, por lo menos, es preciso admitir propiedades latentes y desconocidas de la materia.

Esta sola consideración bastaría para justificar el nombre de energía vital.

Pero aún hay otra de más importancia, y que nos enca mina á la verdadera dificultad del asunto.

Una vez *dada* la estructura del ser vivo, nosotros admitimos

que no es imposible que la materia, gracias á sus propiedades latentes y desconocidas, pueda realizar todos los fenómenos de la vida vegetativa. Una nueva energía se manifiesta, pero existía con anterioridad potencialmente en los elementos de la materia. Realizada la condición, la energía latente se muestra al exterior.

Ahora bien: ¿puede la materia realizar esta condición por si sola? ¿Puede darse á sí misma esta estructura que no poseía? Aquí es donde radica la verdadera dificultad, la gran dificultad, como dice el Sr. Herrera, á quien no se puede motejar de exagerado porque así la califique.

La dificultad no consiste en la complejidad, tan estupenda aun después de muerto, del protoplasma; tampoco está en la complejidad, más estupenda todavía, del protoplasma vivo, ni en el orden y armoniosa belleza de la constitución de una planta ó un animal. En la naturaleza física se puede encontrar complejidad, orden y belleza. La meteorología tiene que compaginar tantos elementos de acciones tan complicadas, que hoy por hoy es impotente para predecir nada. Por otra parte, el solo hecho de la condensación y congelación del vapor de agua en las vidrieras de nuestras ventanas cuando el frío es grande en el exterior, esmalta los cristales con arborizaciones de extraña magnificencia, cuya belleza y orden maravillan y encantan.

La materia por sí misma no es, pues, incapaz de producir el orden en los sistemas más complicados, pero es un orden que no excede á su potencia, es aquel que revela una finalidad. Ahora bien, en los seres vivos esta finalidad, en el sentido propio de la palabra, no es una ilusión, es incontestable. El Sr. Herrera es quien lo dice, y nosotros somos por completo de su opinión.

¿Cómo dudar en los fenómenos de la digestión de que los dientes estén allí *para* masticar y triturar los alimentos, los jugos digestivos *para* hacerlos solubles y que puedan penetrar rezumándose por las paredes capilares desprovistas de poros por donde las sustancias sólidas pudieran introducirse, que los pulmones están *para* expeler los productos gaseosos resultantes de la combustión interna de los alimentos, y los

riñones *para* evacuar los desperdicios líquidos de los mismos?

El orden y la finalidad son dos cosas por completo distintas. Abandonad al azar en el universo partículas materiales cualesquiera, dadles velocidades arbitrarias, cread entre ellas fuerzas de atracción y acabarán por distribuirse en un cierto orden resultante de sus movimientos iniciales y de la acción de sus fuerzas; entonces describirán círculos, elipses, hipérbolas, ó formarán los bellos cristales ó los maravillosos encajes de la escarcha, á los que aludimos.

La razón de ser de todo estado actual está en el precedente cuando se refiere al orden solo. Cuando se trata de la finalidad, la razón de ser del estado actual se encuentra en el siguiente. Si los dientes están colocados actualmente allí, es para que puedan triturar *más tarde* los alimentos; si el jugo gástrico se secreta actualmente, es para que pueda actuar *más tarde* sobre los alimentos. La palabra *para* indica precisamente esta inversión de relaciones, señala un fin todavía inexistente, que es, no obstante, la razón de ser de su existencia.

Pero ¿cómo lo que no existe podría originar esto que es, si no fuera porque está así concebido por una inteligencia que dispone de lo que existe *en espera* de lo que no es todavía?

Extrañanos que el Sr. Herrera, después de haber señalado él mismo en la página 22 la finalidad manifiesta de los seres vivos, ose en la 24 atribuir algún valor á la siguiente argumentación de Bois-Rymond, sabio ya tan comprometido por sus tentativas de reducción al influjo eléctrico del influjo nervioso: «Aunque la meteorología, decía triunfalmente el profesor de Berlín, no sepa todavía cómo se forma una tempestad y haya renunciado generalmente á fabricar el tiempo y aun á predecirlo, los dioses no están menos proscritos hace ya mucho tiempo de sus dominios... ¿Cuándo, pues, la fisiología tendrá el valor de quebrar el ídolo de barro al que continúa ofreciendo sacrificios?»

Ciertamente que sería muy aventurado el querer predecir el tiempo y determinar con antelación los destrozos ocasionados por una tempestad y los edificios derrumbados, y más aventurado sería aún el pretender calcular los sitios que ocuparían los restos más pequeños de estos edificios. Pero aunque

yo no sé lo que hará la tempestad, hay una cosa, sin embargo, que el Sr. Herrera confesaría seguramente que se puede predecir. El que la tempestad siguiente no irá recogiendo uno por uno aquellos restos y los volverá á colocar en su sitio, reconstruyendo un edificio útil y agradable, con su decorado, para encanto de la vista, sus ventanas para dejar paso á la luz, sus muebles comodísimos y sus instalaciones bien dispuestas. Y quien se encontrase el edificio en pie después de la segunda tempestad deduciría que, si no los dioses, por lo menos los hombres habían pasado por allí.

Y, sin embargo, esta conclusión repugna al Sr. Herrera cuando se trata de los edificios más científica y artísticamente contruídos por la naturaleza viva.

Jamás concedería á la materia la facultad de construir por sí sola, sin la intervención de un ser inteligente, una sencilla bomba impelente con sus válvulas, y no obstante, quiere que cuando la bomba se llame corazón y vasos, la materia pueda construirla ella misma con toda su multiplicidad de válvulas y conductos, superior en perfección y adaptación á cuanto haya podido construir el espíritu más ingenioso é inventivo.

Claro es que ciertas máquinas pueden por sí solas producir otras, que una prensa automática puede *engendrar*, por decir así, obras pletóricas de pensamientos levantados; pero si las máquinas-hijas, si las obras nacidas repentinamente han sido hechas por la materia sola, queda siempre por indagar cómo se ha producido la primera máquina y quién construyó la prensa.

El paso de la materia sin estructura á la máquina de estructura apropiada á un objeto es lo que se trata de explicar.

El Sr. Herrera no afirma que ha hallado una explicación cierta de esta transición, pero cree, sin embargo, que dos factores pueden conducir á una explicación plausible.

El primer factor es el tiempo. En cuanto á la estructura actual del ser vivo, aparece, dice, como la consecuencia de su *desarrollo histórico*. Este elemento, constituido por el *tiempo*, existe igualmente en la naturaleza inorgánica; el estado actual del sistema planetario, la situación meteorológica en cada instante, etc., tienen también su historia.

Pero si socavando los terrenos geológicos encontrase el Sr. Herrera una sencilla cabaña con techo de ramaje y una abertura para dejar pasar el humo, ¿podría creer que el tiempo la había hecho solo? Y no sería porque el tiempo hubiese escaseado. Las capas terrestres han exigido, al decir de los geólogos, millares de años, y para los materialistas el tiempo ha podido faltar menos, puesto que la materia no ha principiado jamás á existir. El tiempo basta para explicar la formación de nuestro vasto sistema planetario: ¿cómo, pues, no será suficiente para explicar la existencia de una humilde cabaña ni bastará para dar razón, á los ojos de algunos, de un sencillo sílex tallado, sino porque el tiempo no puede suplir á esta inteligencia, ni producir la menor cosa donde se revele una *finalidad innegable* en que se acusen un fin y una intención manifiestos?

Pero parece ser que el tiempo no puede separarse, en la idea del Sr. Herrera, de un segundo factor igualmente invocado por él, la selección natural de Darwin.

Aun para los evolucionistas, la selección natural está un poco pasada de moda. Darwin está ya anticuado y se ha tenido tiempo de ver las imperfecciones y lagunas de su sistema. No me entretendré en discutir esta hipótesis, y para abstenerme de toda reflexión ulterior respecto de este punto tengo una buena razón. Creo que el Sr. Herrera ha padecido una distracción.

La selección natural supone ya seres vivos y no sirve para explicar el paso de la materia bruta á la vida.

¿Cómo se hace la selección natural? Por la lucha por la existencia, por la imposibilidad de alimentarse los seres vivos si los más fuertes no destruyen á los más débiles. ¿Cómo podrán los seres combatir para defender su vida si no viven? ¿Por qué se han de disputar alimentos cuando no tienen ninguna necesidad de comer?

Esperemos á que el profesor de la Universidad de Bruselas haya *adaptado* la selección natural, á la materia bruta, á los elementos dispersos y en desorden de la naturaleza inorgánica, antes de discutir el segundo factor introducido por él en la génesis de los seres vivos.

La explicación del Sr. Herrera no es expedita realmente, pero es preciso reconocer que la falta se debe á su lealtad. Como otros muchos antivitalistas, podía haber negado la finalidad de la estructura de los seres vivos ó hacer de ella una simple ilusión de nuestra inteligencia. Desembarazado de esta carga nada le hubiera impedido andar á paso ligero por el camino cómodo y desahogado del error. Ha preferido, no obstante, encaminarse lealmente por el estrecho y árido sendero de la verdad. Así es que ha tropezado con numerosos obstáculos; algunas veces se encuentra uno envuelto en espesas tinieblas y detenido al pie de una escarpa, pero teniendo el valor de escalarla, la niebla se despeja paulatinamente y al llegar á la cima se contempla con nueva alegría la luz del sol.

G. HAHN, S. I.





LA HOJA DE ROSA (1)

Preguntas si lloré... ¿Llora el soldado
en la lucha reñida?
Cuando al pie de su lecho arrodillado
á Dios daba mi vida por su vida,
sin levantar la voz, no, no he llorado.

Ni al escuchar aquel sordo quejido
tan tenaz, tan profundo,
que eternamente sonará en mi oído.
Ni al decir el doctor meditabundo:
«Éste es quizás el último latido.»

Ni al ver la alcoba, siempre tan sombría,
de pronto iluminada,
y al sacerdote que su cuerpo ungió,
rezando. Ni al cruzarse su mirada,
su mirada de mártir, con la mía.

Ni al llevar á sus labios sin frescura
la cruz por vez postrera.
Ni al colocar, radiantes de hermosura,

(1) Del hermoso libro titulado *La caja de música*.

entre sus manos de color de cera
esas rosas que amaba con locura.

Ni al oír el cortejo contristado
marchar á paso lento
llevándose por siempre al ser amado.
Mientras pude luchar, sin un lamento
batallé, padecí... No, no he llorado.

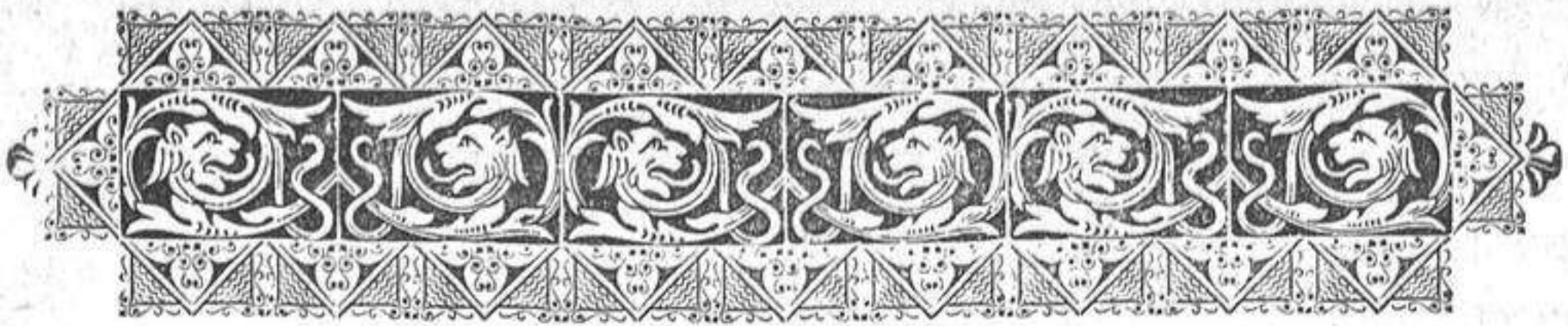
Después... Aquel rumor en la distancia
perdióse. Anochecía.
Me sentí sólo: penetré en la estancia...
En su glacial ambiente todavía
flotaba de las rosas la fragancia.

La brisa hizo volar pétalo errante,
aún de matiz lozano.
Ella me lo enviaba en el instante
de partir hacia un mundo muy lejano,
y en él puse mis labios delirante.

En él puse mis labios. De repente,
sin fuerzas ya, vencido,
bañó mis ojos lágrima candente:
por mis mejillas resbaló sin ruido
y el dique inútil destruyó el torrente.

Preguntas si lloré... La peligrosa
lucha afronté sereno.
Después, para que en noche silenciosa
se derramase al fin el vaso lleno
bastó ligero pétalo de rosa.

RICARDO GIL.



CONGRESO INTERNACIONAL

DE

HIGIENE Y DEMOGRAFÍA

Por vez primera va á celebrarse en nuestra patria la reunión de un Congreso de higiene y demografía. Este acontecimiento tiene más importancia de la que á primera vista parece; los notables adelantos realizados por la física, la química, la ingeniería y la arquitectura, las sorprendentes investigaciones llevadas á cabo por la bacteriología en estos últimos años, que al descubrir las causas de muchas enfermedades y los remedios más eficaces para combatirlas han venido á cambiar por completo la faz de la patología, han dado importancia tal á todo lo que se relaciona con la higiene, que en todas las naciones cultas se vienen celebrando periódicamente reuniones consagradas por los sabios del mundo entero á comunicarse sus continuos trabajos y adelantos en pro de la salud y bienestar de sus semejantes (1).

Bruselas, París, Turín, Ginebra, El Haya, Viena, Londres y Budapest, donde tuvo lugar el último Congreso, han sido los

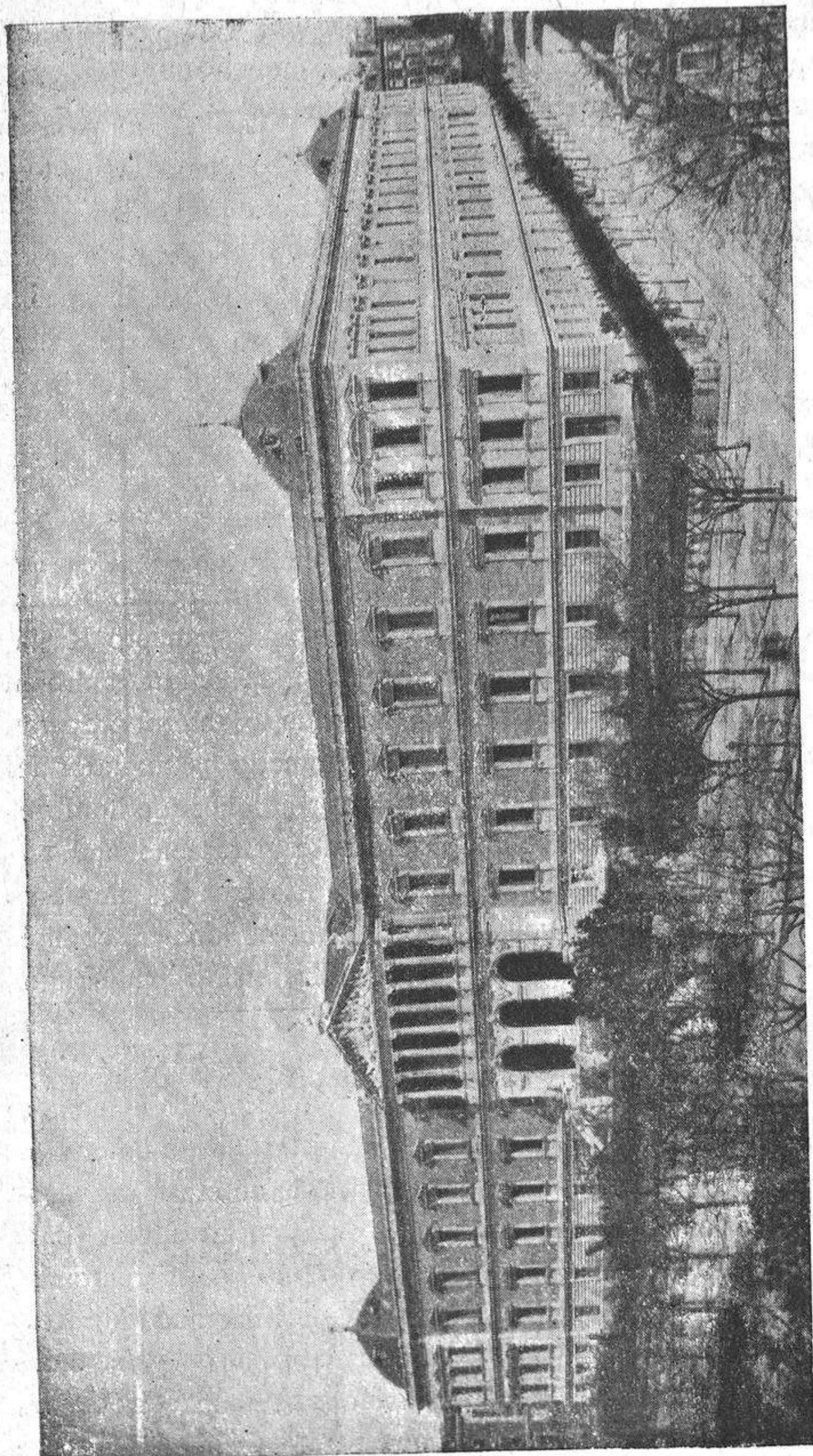
(1) Al Congreso celebrado en Londres acudieron 2.483 higienistas y 400 señoras, al de Budapest 2.240 y 317 respectivamente.

puntos de cita elegidos. Apartados los españoles, por sus continuas discordias, frecuentes cambios políticos y por una injustificada modestia, de estos certámenes científicos, se vieron agradablemente sorprendidos con la designación que se hizo en Budapest eligiendo á Madrid como punto para la celebración del IX Congreso de higiene, cuyas sesiones tendrán lugar en los días del 10 al 17 del próximo Abril.

Espíritus mezquinos, ánimos apocados, profesores de esos que todo lo encuentran mal, quizá porque ellos son incapaces de concebir nada bueno, mostraron recelos, opusieron dificultades é hicieron pronósticos desfavorables para el buen éxito de tamaña empresa.

Hoy, aun los más pesimistas confiesan su lamentable equivocación y se rinden ante la evidencia; los notables é importantes trabajos llevados á cabo por la Junta organizadora, que preside el actual Ministro de la Gobernación, han dado brillantes resultados; todas las naciones de Europa, excepto Rusia, han respondido al llamamiento; de América vendrá también lucida representación; los sabios del mundo entero preparan trabajos de gran valía; Sanarelli, el afortunado perseguidor del bacilo de la fiebre amarilla, que tantos millones de hombres tiene arrebatados, ofrece una interesante y trascendental comunicación sobre asunto de tanta importancia; los hombres más importantes de la vecina república, erigidos en comité, prometen concurrir en gran número, y lo mismo pudiéramos decir de la mayoría de las naciones del viejo y nuevo continente.

Atractivo grande del Congreso será la Exposición anexa al mismo; cedido por Real orden del Ministerio de Fomento el edificio de Bibliotecas y Museos para que en él tengan lugar las sesiones del Congreso y en el se instalen los envíos para tan interesante concurso, sólo queda que á él cooperen cuantos industriales fabriquen objetos que se relacionen directamente con los ramos de higiene privada ó pública; la alimentación, los vestidos, las bebidas, las conservas de todas clases, la calefacción, el alumbrado, las construcciones de todo género, el saneamiento de las grandes capitales, los sistemas de provisión de aguas y alcantarillado y otros cien puntos más



Palacio de Bibliotecas y Museos, donde han de celebrarse las sesiones y se instalará la Exposición internacional de Higiene.

que no escapan seguramente á la ilustración de nuestros lectores, pueden ser objeto de estudio para los hombres de ciencia y motivo de exposición para aquellos que se dediquen como fabricantes ó expendedores de los muchos artículos que estén más ó menos relacionados con cuanto acabamos de señalar.

Los trabajos en que se ha de ocupar el Congreso corresponderán á las clases y secciones siguientes:

CLASE 1.^a—HIGIENE.

Sección 1.^a—Microbiología aplicada á la higiene.

- » 2.^a—Profilaxis de las enfermedades transmisibles.
- » 3.^a—Climatología y topografía médicas.
- » 4.^a—Higiene urbana.
- » 5.^a—Idem de alimentación.
- » 6.^a—Idem infantil y escolar.
- » 7.^a—Idem del ejercicio y del trabajo.
- » 8.^a—Idem militar y naval.
- » 9.^a—Idem veterinaria, civil y militar.
- » 10.^a—Arquitectura é ingeniería sanitarias.

CLASE 2.^a—DEMOGRAFÍA.

Sección 1.^a—Técnica de la estadística demográfica.

- » 2.^a—Resultados estadísticos.
- » 3.^a—Demografía dinámica.

La Exposición se dividirá en las diez clases siguientes:

- 1.^a Higiene didáctica.
- 2.^a Profilaxis de las enfermedades transmisibles.
- 3.^a Higiene urbana.
- 4.^a Idem referente á la habitación privada.
- 5.^a Idem del ejercicio y del trabajo.
- 6.^a Higiene militar y naval.
- 7.^a Idem de la infancia y escolar.
- 8.^a Alimentación y vestido.
- 9.^a Demografía y estadística.
- 10.^a Grupo vario.

Como se ve por la enumeración que acabamos de hacer, todas las especialidades médicas, gran número de profesiones é infinitas industrias pueden tomar parte en las deliberaciones del Congreso y ofrecer materiales para la Exposición.

Obra patriótica será concurrir á uno y á otra; es preciso demostrar ante los extranjeros que el espíritu español no se abate por contrariedades ni amengua su entusiasmo científico ante la adversidad; se hace necesario que todos, chicos y grandes, sabios, y modestos obreros de la ciencia, trabajemos con afán para que el Congreso tenga el mayor lucimiento posible. Los Poderes públicos y la iniciativa particular han prometido su eficaz ayuda, y con hechos vienen demostrando que no son vanas sus ofertas; desde que afortunadamente para el buen éxito del Congreso abandonó el Ministerio de la Gobernación el Sr. Cos-Gayón, que creyendo el asunto baladí y de poca monta, no le concedió la ayuda y protección que en todas las naciones del mundo prestan los Poderes públicos á las cuestiones que revisten caracteres internacionales, su dignísimo sucesor, el Sr. Capdepón, que en más de una ocasión ha demostrado su amor á la clase médica, penetrado con su fina inteligencia de la importancia que en toda Europa se concede á estos certámenes científicos, ha puesto cuanto ha estado de su parte y ha facilitado á la Junta organizadora cuanto le ha sido necesario.

Las empresas de ferrocarriles españoles han concedido el 50 por 100 de rebaja á los congresistas y sus familias, conducta nobilísima seguida por las empresas extranjeras, que han hecho idéntica rebaja, y por la Compañía Trasatlántica, de quien se ha logrado el 33 por 100 de bonificación; iguales ventajas que los viajeros disfrutarán en ferrocarriles y vapores los envíos que se destinen á la Exposición.

El Sr. Director de Aduanas ha dictado una orden en virtud de la cual los bultos que contengan objetos para exponerse no devengarán derechos de ningún género á su entrada, cobrándose tan sólo á los que se vendan; el de Correos y Telégrafos ha mandado instalar en el palacio de Bibliotecas y Museos estaciones telegráfica, telefónica y una cartería para comodidad de los congresistas.

El Ministerio de la Guerra, el de Marina, la Cruz Roja se preparan á exhibir grandes instalaciones y más de cien particulares tienen pedidos terrenos donde mostrar las suyas.

La Corte dará una recepción, el Ayuntamiento obsequiará también con otra á los congresistas, el ministro de la Gober-



EXCMO. SR. D. AMALIO GIMENO

Académico, Profesor, Senador del Reino, Secretario general de la Junta organizadora del IX Congreso internacional de Higiene.

nación, un banquete en honor de los delegados oficiales y se están ultimando varios proyectos de festejos que contribuyan á hacer grata la permanencia de los extranjeros en la capital de España.

Es necesario que todos trabajemos para que el Congreso revista excepcional magnificencia; es indispensable que la policía municipal se extreme en esos días, que desaparezcan de

la vía pública el enjambre de pobres que á toda hora la pasean, que se ejerza severa vigilancia sobre *rateros*, *espadistas*, *descuideros* y demás gente menuda, que no desperdiciará la ocasión de lucir sus habilidades con el gran número de extranjeros que tienen anunciada su visita; urge que se arreglen las calles y paseos que lo precisen y que todos nos esmeremos en atender y agasajar á nuestros huéspedes.

Entre tanto no podemos menos de dirigir una entusiasta felicitación á nuestros compañeros de Junta organizadora por los brillantes trabajos realizados, y especialmente al digno secretario general, Dr. Amalio Jimeno, que no descansa un momento en el Ministerio de la Gobernación, donde sólo su vasta inteligencia puede resolver los múltiples problemas y dificultades que á todas horas se le presentan, y donde su actividad, hoy desenvuelta como nunca, tiene que luchar con la apatía de muchos, que sólo aparecerán el día del triunfo en busca de su hoja de laurel, vergonzosamente ganada.

DOCTOR CALATRAVEÑO,

Secretario adjunto á la Comisión organizadora
del Congreso de higiene.

Marzo 10 98.





CUESTIONES GRAMATICALES

(CAPÍTULOS DE UN LIBRO INÉDITO)

CUESTIÓN IV. DE LAS ESPECIES DE PALABRAS

I

Dicen los gramáticos que en las palabras hay que estudiar tres cosas: su especie, su origen y su forma; es decir, que la clasificación de las palabras puede hacerse bajo tres puntos de vista, que son su naturaleza, su formación y su manera de ser.

Los antiguos gramáticos consideraron, además, las palabras bajo otro punto de vista, que es el de su empleo en la oración, y en este concepto las dividieron en *partes de la oración* y *partículas*. Llamaron *partes de la oración* á las que entran necesariamente á formar parte del juicio, que son tres: sujeto, cópula y atributo, ó sea sustantivo, verbo y adjetivo, que distinguieron con los nombres de *nomen substantivæ*, *verbum* y *nomen accidentis*. Dieron el nombre de partículas á las que no entran necesariamente en la oración, y les dieron este nombre, ó porque constan, generalmente hablando, de menos

letras que las partes de la oración, ó porque son menos importantes, pues sólo se emplean para unir entre sí las partes esenciales. También pudo ser darles ese nombre porque las considerasen como formas simplificadas de otras palabras.

Atendiendo á la naturaleza de las palabras han sido éstas clasificadas de muy distinta manera, según el principio que han tomado los gramáticos por base de su clasificación. El gramático Sergio, comentando la *Editio secunda* de Donato, dice que los aristoté'icos dividieron las palabras en dos especies, los estoicos en cinco y los gramáticos en ocho.

Aristóteles (Perihermenias I. II. 3.º) sólo admite dos especies de palabras, *nombre y verbo*, aunque en la especie de nombre incluía el sustantivo y adjetivo, lo que se ha de tener presente siempre que se hable de la clasificación de los aristotélicos, pues aunque se dice que son dos, en realidad son tres las especies que admiten. Esta clasificación ha sido poco seguida por los gramáticos, ó porque, no la han comprendido bien, ó porque se presta poco para la enseñanza por ser difícil hacérsela comprender á los alumnos. Los filósofos, especialmente los aristotélicos, la han seguido hasta nuestros días, pues aunque no hayan escrito de gramática general, han tenido que clasificar las ideas y, por consiguiente, sus signos. Véase cómo se explica el P. Eduardo Corsini, de las Escuelas Pías, aunque más platónico que aristotélico: «Lo primero, dice, que nos ocurre es explicar aquella célebre división de los seres, que se presentan á la consideración de nuestra alma, en *cosas ó sustancias, modos ó accidentes y relaciones* que se conciben en las mismas cosas ó modos. Esta división y distinción puede justamente considerarse como la primera de todas. Pues todo lo que se concibe por nuestro entendimiento, ó son cosas, ó modos de las cosas, ó relaciones de las cosas ó de los modos».

Aristóteles como gramático admitiría, como es creíble, las ocho especies de palabras que admiten los gramáticos, pero como filósofo ni admitía ni podía admitir más de las dichas, porque todas las demás están comprendidas en ellas, como vamos á ver.

Artículo.—Casi todos los idiomas tienen esta especie de palabra; mas como no existe en el idioma latino, tenemos lo su-

ficiente para probar que no es necesaria. Examinando lo que es el artículo, encontramos que en su origen (véase el griego ο, η, το) era una raíz que se empleaba independiente (artículo) ó formando parte de otra palabra (sufijo): ο λογ-ο-ς, y αρητ-η. El oficio de este sufijo, como el del artículo, era indicar el género del sustantivo. Con este mismo oficio se halla en latín, y con la misma forma, por ejemplo, popul u·s=popol·o s, materi a=materi·e·s. Es regla general en griego y latín que las palabras cuya radical termina en *d* ó *t*, δ ó τ, son del género femenino; ¿por qué? Esa *d* ó *t* es la *t* egipcia que como indicativa del género femenino se colocaba al fin de las palabras. Y fijándonos en el femenino, tanto en hebreo como en árabe, se encuentran los dos mismos elementos *e* y *t*, η y τ para indicar este género ם y ן en el primero y ך y ם en el segundo). Esta indicación del género es sumamente útil en el lenguaje, pero no por eso hemos de decir que es indispensable, pues sin dificultad puede suplirse, y por consiguiente, si como afijo no es necesaria, tampoco lo será como artículo. Cierto es que el artículo se emplea también como determinante del número, pero este accidente se indica en los nombres por medio de afijos, lo mismo que el género; y si por esto hubiéramos de decir que el artículo era necesario, la consecuencia es patente, habríamos de admitir tantas clases de artículos como accidentes hay en los nombres; y pasando luego á los verbos, habríamos de admitir también artículos para expresar los tiempos y las voces. De manera que el artículo no forma parte independiente de la oración, y á lo más se le ha de incluir entre los adjetivos determinativos ó pronombres, ó como quiera llamárselos, porque tiene los mismos accidentes que ellos, y como ellos sirve para determinar á los sustantivos.

Pronombre.—Los gramáticos cuentan entre las partes de la oración el pronombre. Las palabras conocidas bajo esta denominación ¿forman verdaderamente una especie de palabras distinta de las otras? Antes de contestar á esta pregunta diré dos cosas. Primera: El Brocense, padre de la moderna filología, cuyas obras lastimosamente son poco ó nada estudiadas por los filólogos españoles, incluye los pronombres con los

calificativos en la clase de adjetivos. Segunda: La definición del pronombre que da la Gramática de la Academia es ésta: «Pronombre es una parte de la oración que se emplea en vez del nombre, y con frecuencia para evitar la repetición de éste». Respeto esta definición, puesto que sólo sea por el saborcillo de antigüedad que lleva consigo, pues es muy parecida en la apariencia a la que dieron los gramáticos desde los más remotos tiempos. Comprende dos partes: primera, *se emplea en vez del nombre*; segunda, *con frecuencia para evitar la repetición de éste*. Pregunto yo: en este segundo caso, ¿se emplea en vez del nombre? Sí. Luego es inútil repetirlo, porque ya está dicho en la primera parte. No se emplea en vez del nombre. Luego no es pronombre, sino un simple adjetivo.

Respecto á la primera parte, tengo que advertir que cuando se dice que se emplea en vez del nombre, quiere decirse en vez del sustantivo, y entonces es signo que representa una sustancia, y por consiguiente un verdadero sustantivo. Y siendo esto así, la definición corresponde, no á todos los pronombres, sino sólo á los pronombres (mejor diríamos *sustantivos*) personales. Para convencernos de lo expuesto, comparemos los dos ejemplos siguientes:

Ha venido Antonio.—*Ése* viene por algo.

Han venido Juan y Antonio.—El *alto* viene por algo. (Refiriéndose á uno de los dos.) Decimos que *ése* es pronombre porque se pone en vez de Antonio. ¿Y por qué razón no lo ha de ser *alto*, que también se pone en vez de Juan ó de Antonio? Ó los dos han de ser pronombres, ó los dos han de ser adjetivos.

Sobre la citada definición del pronombre me ocurre decir que el que la vertió al castellano, tomándola de los gramáticos latinos, probablemente de Donato, que era el texto obligado en todas las escuelas, ó no comprendió el original, ó se apartó de él echando por mal camino. Donato dice: *Pronomen est pars orationis, quæ pro nomine posita tantundem pene significat, personam interdum recipit*. Pronombre es una parte de la oración que puesta en vez del nombre indica casi tanto como él y á veces representa las personas (del discurso). Es decir, que el pronombre *cuando se pone en vez del nombre* significa ó

indica algo ménos él, porque restringe su significación. Así: Trae ese libro.—¿Cuál?—*Ese*. Este pronombre no indica ya un libro cualquiera, sino un libro determinado, ó como si dijéramos un sustantivo propio. Por eso el gran maestro Nebrija, al verter al castellano la definición de Donato, dijo que el pronombre era parte de la oración declinable que *por nombre propio se toma*.

Cuando los gramáticos latinos y griegos dijeron que el pronombre era una parte de la oración *pro nomine posita*, ἀντι ὀνόματος παραλαμβανόμενον, no entendieron tal vez puesta *en vez del nombre* como entendemos nosotros, sino puesta *delante del nombre*, porque tanto *pro* como ἀντι significan *delante de* con más frecuencia y propiedad que *en vez de*. Y si nos paramos á considerar el uso que hacemos de los pronombres, veremos que los colocamos delante de un sustantivo que casi siempre va expreso ó puede suplirse sin violencia aun con los llamados personales. Las palabras de los gramáticos antiguos *interdum personam recipit* se refieren á los personales *yo, tú, él*, como lo entendió Nebrija. Y finalmente, si nos fijamos en la significación de los pronombres, veremos que indican *modos de ser* de los sustantivos, puesto caso que no seen inherentes á los mismos, por lo cual deben ser considerados como adjetivos. De modo que de las palabras comprendidas en los pronombres deben pasar las unas á los sustantivos, y o, tú, él, que casi son sustantivos propios, y las otras á los adjetivos, pudiendo llamarse *determinativos* ó como mejor parezca.

Participio.—Todos los gramáticos le consideran como una de las partes de la oración, y al mismo tiempo le incluyen en el verbo, del cual es un modo indefinido ó infinitivo, por más que participe de los accidentes del adjetivo por la manera especial con que se une al sujeto.

Adverbio.—Es la forma neutra y primitiva del adjetivo. Es un verdadero adjetivo que modifica al verbo ó á otro adjetivo. Téngase en cuenta que el adjetivo primitivo debió de ser indeclinable, como todavía lo es en alemán en algunas ocasiones.

Preposición y conjunción.—Son raíces verbales que con el tiempo han ido perdiendo algo de la forma primitiva, aunque conservando siempre la significación de enlace.

Interjección.—En griego no existe, y en ninguna lengua se la debe mirar como parte de la oración, lo primero porque no forma parte de ella, y lo segundo porque no es signo de idea alguna, sino un grito articulado que expresa una emoción. Muchas veces es un término de una oración, de la que se callan los otros términos, como cuando decimos: ¡mira! y callamos *lo que pasa, cómo se ve*, etc. Si hubiéramos de poner en latín la oración castellana *Vea usted aquí*, emplearíamos la interjección *en ó ecce*.

II

Dice la Gramática de nuestra Academia:

«Clasificando las palabras por las ideas que representan ó por el oficio que en la oración hacen, se reducen todas á diez clases: artículo, nombre sustantivo, nombre adjetivo, pronombre, verbo, participio, adverbio, preposición, conjunción é interjección.»

Cualquiera creerá que voy á dar por viciosa esta teoría con arreglo á las doctrinas que antes he sentado. Nada de eso. Me parece que el artículo debía incluirse en la clase de los pronombres, y que á éstos se los debía llamar adjetivos determinativos, excluyendo de ella los personales, que son verdaderos sustantivos, y con esto no tendría dificultad en admitirla. Esta clasificación tiene ventajas muy grandes para la enseñanza ó «para el análisis», como dice la Academia, y además tiene un origen filosófico, como lo indica la definición copiada al decir que las palabras se clasifican así, por las ideas que representan ó por el oficio que en la oración hacen; y así como la da la Academia; es poco más ó menos como la han dado los gramáticos desde la más remota antigüedad. Ciertamente es que no todos han admitido el mismo número de especies de palabras, pero en lo esencial ha sido la misma la clasificación.

Los que hayan saludado el estudio de la filosofía sabrán que Aristóteles escribió un tratado sobre las *categorias*, aunque no

fué él quien las inventó sino Arquitas, ni el primero que escribió de ellas, pues según cuentan fué Clinomaco. «La obscuridad ó confusión de ideas que se produce muchas veces en nuestra inteligencia cuando percibimos varias y diversas cosas ó modos de las cosas, todos á la vez, mezclados ó sin distinción, de ningún modo mejor puede hacerse desaparecer, y aun evitarse, que distinguiendo semejante variedad de cosas mezcladas, de tal manera que coloquemos cada una de ellas en clase ó capítulo propio, de tal modo que podamos percibir y tomar cada clase por separado de las otras » (Corsini, Log. I. 9.). Estas clases, que los filósofos modernos llaman *categorías*, nombre que les dió Aristóteles, Quintiliano llamó *elementos* y Boccio *predicamentos*, son las supremas clases de los seres que pueden ser concebidos por el entendimiento, existir en las cosas, preguntarse y afirmarse en ellas.

No todos los filósofos están conformes al señalar el número de categorías, y no han faltado quienes las desechen como cosa pueril; sin embargo, los más eminentes las han considerado como importantes á la ciencia, y desde luego se puede asegurar que la clasificación de las palabras está basada en ellas, como se puede ver fijándose un poco en cada una de ellas.

1.^a *Sustancia*.—Todo lo que tiene existencia por sí mismo (*ens per se subsistens*), y cuya idea está representada por el nombre *sustantivo*. Los filósofos dividen la sustancia en primera y segunda, y los gramáticos, como no pueden menos, admiten esta clasificación llamando á los sustantivos *proprios* y *comunes*.

2.^a *Cantidad*.—De todo ser puede preguntarse *cuánto es* y *cuán grande es*; por lo que están comprendidos en esta categoría, como modos de los seres, todos los términos que denotan número y magnitud (adjetivos numerales y cuantitativos).

3.^a *Relación*, ó como dice Aristóteles *ad aliquid*.—Compréndense en esta categoría todas aquellas palabras que expresen las relaciones de unos seres con otros, es decir, las *preposiciones*.

4.^a *Cualidad*.—Demasiado se comprende que en ésta se

hallan comprendidos, como modos de la sustancia, los *adjetivos calificativos*.

5.^a *Acción*.—La sustancia haciendo produce una relación expresada por el *verbo activo*.

6.^a *Pasión*.—La sustancia recibiendo la acción, ó sea el *verbo pasivo*.

7.^a *Dónde*.—Situación de la sustancia expresada por los *demonstrativos*.

8.^a *Cuándo*.—Relación de tiempo expresada por la *conjunción*.

9.^a *Situación*.—Denota el estado ni agente ni paciente expresado por el *verbo neutro*.

10.^a *Hábito*.—Es la manera de estar modificado el sustantivo, lo cual se expresa por el *participio*.

No cabe la menor duda de que el sustantivo en sus dos clases de propio y apelativo, el verbo en las tres de activo, pasivo y neutro, el adjetivo calificativo y, por último, los numerales, preposición y demostrativos están respectivamente comprendidos en las categorías 1.^a, 5.^a, 6.^a y 9.^a; 4.^a, 2.^a, 3.^a y 7.^a El artículo en sus dos formas de determinante ó determinado y genérico, ó indeterminado, ó indeterminante, ó indefinido (que de todas maneras está mal llamado), sirve para determinar el género y el número de los sustantivos; los posesivos en sus dos formas, v. gr., *mío, míos, nuestro, nuestros*, no sólo determina el poseedor y lo poseído, sino el número de los poseedores y de las cosas poseídas. Por consiguiente, tanto el artículo como el posesivo deben ser incluidos en la categoría 2.^a Por lo que toca á las categorías 8.^a y 10.^a, dice el Cardenal González que no deben ser consideradas como tales categorías. Nada pierde con eso la doctrina que explico. La conjunción no es otra cosa que una idea de relación. Diferénciase de la proposición en que ésta expresa la relación entre dos sustancias y la conjunción entre dos juicios, que se toman como sustancias, incluyendo siempre alguna indicación del tiempo. Respecto al participio, ya tengo dicho que no es otra cosa que un modo del verbo.

CARLOS LASALDE.

Escolapio.



ESTUDIOS Y ESTUDIANTES

EL OFICIAL DE CABALLERÍA

(Conclusión.)

El ingreso en la de Caballería, como en las demás Academias militares, sólo puede lograrse mediante riguroso examen en que se satisfaga (por lo menos con la calificación de *bueno*) al programa único y general hoy para todas las indicadas Academias, previa la presentación del título de bachiller ó simplemente de certificados que acrediten haber aprobado los aspirantes, en cualquier Instituto de segunda enseñanza del Reino, las asignaturas de Gramática castellana, Religión y Moral, Historia universal y de España, Geografía y Retórica y Poética.

El programa de ingreso comprende las siguientes materias:

Aritmética y Álgebra elemental, Geometría y Trigonometría, Francés hasta traducir correctamente y Dibujo natural, hasta cabezas inclusive.

El plan de estudios de la Academia es el siguiente:

Primer año.

Primeras clases.—Algebra superior.—Geometría analítica.—Geometría descriptiva. — Acotaciones. — Perspectiva y sombras.—Mecánica.

Segundas clases.—Tácticas de Caballería, Infantería y Artillería respectivamente hasta escuadrón, compañía y batería inclusives. — Ordenanzas militares.

Terceras clases.—Código de Justicia militar y Procedimientos militares.—Material de Artillería y armas portátiles.—Material de puentes.—Idem de Sanidad y de Administración militar.—Leyes y usos de la guerra y Convenios internacionales.

Cuartas clases.—Detall y Contabilidad.—Dibujo de paisaje. Gimnasia.—Instrucción del recluta y de sección pie á tierra.—Equitación práctica.

Segundo año.

Primeras clases.—Física y Química.—Topografía y Geodesia.—Fortificación de campaña.—Idem permanente.—Castramentación.

Segundas clases.—Táctica de Caballería (regimiento, brigada y división).—Teoría del tiro.—Reglamentos de campaña, de embarques y de transportes militares.

Terceras clases.—Agricultura.—Hipología y Zootecnia.

Cuartas clases.—Dibujo topográfico y lineal.—Esgrima.—Equitación práctica (segundo curso).—Instrucción á caballo.

Tercer año.

Primeras clases.—Geografía militar de España y del resto de Europa (con gran profundidad, sobre todo la primera).—Historia y Arte militares.

Segundas clases.—Telegrafía.—Ferrocarriles y Táctica de las tres armas combinadas.

Terceras clases.—Equitación teórica.—Estrategia.

Cuartas clases.—Literatura militar.—Servicios de exploración y seguridad, etc.—Esgrima (segundo curso).—Equitación práctica (tercer curso), comprendiendo extensas marchas de resistencia.—Doma de potros.

Una vez terminado con aprovechamiento el tercer año, y previa propuesta del Coronel-Director de la Academia, los alumnos son promovidos por S. M. á segundos tenientes de Caballería y destinados á los regimientos del arma, para lo cual se explora antes la voluntad de los interesados á fin de conciliar sus diversas aspiraciones en lo que atañe al punto ó distrito militar de su primer destino.

Como ha podido notarse en el precedente plan de estudios, el oficial de Caballería ha de poseer, en no pequeño grado, cierta comunidad de conocimientos científicos con el Ingeniero forestal ó de montes y el ingeniero agrónomo, supuesto que, á los no escasos conocimientos matemáticos puros que en las tres carreras son obligatorios, reúne los matemáticos mixtos que hemos expresado, y que también lo son, como la Física, Química, Topografía, Geodesia, Mecánica, etc., los concernientes á varias clases de dibujo y aun las materias de la segunda enseñanza, comunes á las tres indicadas profesiones. Todo lo cual, unido al profundo estudio que de la Hipología se le exige, ofrece suficiente margen para que, con justificada propiedad, se le pudiera expedir el título de *Ingeniero hípico*, idea que no es nueva ni absolutamente nuestra, sino en la cual coincidimos con la apreciación de más de un ilustrado jefe facultativo del Ejército.

*
* *

Los sueldos mensuales (en filas ó en plazas de plantilla de los regimientos de reserva) que para los capitanes y subalternos sufren el descuento de 1 por 100 y el de 2 1/2 para los Jefes, son los siguientes, ya hecha la respectiva deducción:

	<u>Pesetas.</u>
Segundo teniente.....	173
Primer íd.....	197
Capitán.....	297
Comandante.....	406
Teniente Coronel.....	487
Coronel.....	609

Por Real orden reciente, de estos sueldos líquidos hay que rebajar todavía la insignificante suma á que asciende un nuevo descuento de 1 ó 2 1/2 por 100, según los casos, sobre la cantidad descontada á cada sueldo, con arreglo á esos mismos tipos.

El capitán y el Coronel disfrutan, además, en filas, y en concepto de mando, las gratificaciones de 480 y 1.000 pesetas anuales respectivamente.

Los ascensos en tiempo de paz suelen ser bastante lentos, á excepción (en la actualidad) del primer peldaño de la escala; en cambio, en tiempo de guerra... tampoco se prodigan.

El aspirante, pues, á oficial de Caballería que no cuente con más recursos pecuniarios que los que ofrecerle pueda su espada, debe acostumbrar su imaginación á un modesto pasar, con vistas á la estrechez, si llegado el caso de tomar estado lo verifica en las mismas condiciones de modestia, que es lo más general; porque los ascensos, hasta el límite más probable de la carrera, el de Coronel, jamás permiten la holgura, sobre todo cuando comienzan á tocarse las legítimas consecuencias del yugo de Himeneo y la familia se acrecienta y con ello surgen nuevas y lógicas exigencias. La faja misma de General, que muy pocos alcanzan, no logra resolver desahogadamente el problema económico.

Pero no tan sólo de pan vive el hombre, por más que no pueda vivir sin pan; y si el que ordinariamente le ofrece el porvenir al oficial de Caballería, como al de cualquier otra arma, es un pan modesto, ofrécele, en cambio, la inapreciable ventaja, la inestimable satisfacción de vivir en el seno de una colectividad cada día más depurada y honrosa, por su etimológica tradición obligada más que otra alguna, si diferencia tal pudiera existir en el Ejército, á conservar el hidalgo

espíritu caballeresco propio de todos los profesos de Marte; colectividad en la cual la unidad de procedencia quedará muy en breve establecida, y en la que el fraternal espíritu de cuerpo renace prepotente, afirmándose cada vez más, sostenido y alentado por el ardiente noble impulso de un joven plantel de capitanes y subalternos y por la firmeza de voluntad, la madurez de juicio y la perseverancia entusiasta de un no menos brillante personal de Jefes.

*
* *

Consta el arma de Caballería de una Sección central directiva en el Ministerio de la Guerra, á cargo de un General de brigada; de un escuadrón llamado *de Escolta Real*, de 28 regimientos activos, 14 de reserva, tres establecimientos de remonta especial, cuatro depósitos de caballos sementales y dos secciones de los mismos. Esto, además de la Academia especial de Valladolid, por lo que hace á la Península.

Cuenta además el arma tres escuadrones regionales de cazadores, los de *Mallorca, Ceuta y Melilla*, y una *Sección montada* de la *Guardia provincial de Canarias*, dos regimientos en el ejército permanente de Cuba denominados de *Hernán Cortés y Pizarro* y el *Regimiento de Filipinas*, en el Archipiélago de este nombre.

Tienen también á su cargo el *Archivo y Repuesto general*, establecido en Alcalá de Henares, y el Colegio de Huérfanos de Santiago.

De los 28 regimientos activos, que llevan numeración correlativa, ocho son de lanceros, á saber: *Rey*, núm. 1; *Reina*, número 2; *Príncipe*, núm. 3; *Borbón*, núm. 4; *Farnesio*, núm. 5; *Villaviciosa*, núm. 6; *España*, núm. 7; *Sagunto*, núm. 8; cuatro de dragones, que son: *Santiago*, núm. 9; *Montesa*, número 10; *Numancia*, núm. 11, y *Lusitania*, núm. 12; catorce de cazadores: *Almansa*, núm. 13; *Alcántara*, núm. 14; *Talavera*, núm. 15; *Albuera*, núm. 16; *Tetuán*, núm. 17; *Castillejos*, número 18; dos de húsares, *Princesa*, núm. 19, y *Pavia*, número 20 (cuyo servicio es el mismo de los cazadores); y los restantes de este último instituto, que son: *Alfonso XII*, nú-

mero 21; *Sesma*, núm. 22; *Villarrobledo*, núm. 23; *Arlabán*, número 24; *Galicia*, núm. 25; *Treviño*, núm. 26; *María Cristina*, núm. 27, y *Vitoria*, núm. 28.

Estos 28 regimientos hállanse repartidos en los actuales ocho cuerpos de Ejército, correspondientes á las ocho grandes regiones militares ó capitanías generales en que está dividido el territorio de la Península.

Así, en el *primer cuerpo de Ejército* (Castilla la Nueva y Extremadura) hay siete regimientos, en el segundo (Andalucía) hay cuatro, en el tercero (reino de Valencia) hay dos, en el cuarto (Cataluña) hay cinco, en el quinto (Aragón) hay dos, en el sexto (Burgos, Logroño, Navarra y Vascongadas) hay cuatro, en el séptimo (Castilla la Vieja) hay tres y, finalmente, en el octavo cuerpo (Galicia) hay sólo uno.

Los 14 regimientos de reserva tienen respectivamente establecidos de permanente modo sus cuadros en los siguientes puntos, cuyos nombres toman, así como en cuanto á numeración continúan por el orden en que los citamos la correlativa á los regimientos activos. Empiezan, pues, por el 29 y son: Lérida, Valladolid, Guadalajara, Sevilla, Cádiz, Badajoz, Burgos, Alcázar de San Juan, Murcia, Palencia, Madrid, Andújar, Málaga y Granada.

Á todas las unidades orgánicas y dependencias de que hemos hecho mención pueden ser indistintamente destinados los Jefes y oficiales de Caballería que, á su vez, desempeñan los destinos peculiares del arma y aun otros diversos en la Administración central de Guerra y en las regionales correspondientes á los ocho cuerpos de Ejército, con más los del profesorado en la Academia propia, en el Colegio de huérfanos de Santiago, algunos en el preparatorio (para las clases de tropa) de Trujillo, ayudantías de campo y de órdenes, fiscalías de causas, juzgados militares, gobiernos político-militares de Filipinas, etc., y, en general, cuantas comisiones del servicio se les confiera.

*
**

Á los doce años de servicio obtiéndose el derecho á retiro con sólo uso de uniforme, á los veinte años ya el servicio es retribuído con los *treinta céntimos* del sueldo respectivo, á los veinticinco se retribuye con los *cuarenta céntimos* de dicho sueldo, á los treinta con los *sesenta céntimos*, y de aquí en adelante por cada año más que se cumpla aumentase en seis céntimos la retribución, hasta llegar á sumar los treinta y cinco años, en que se obtiene el máximo de retiro, que es de *noventa céntimos*.

Tiene el arma establecida particularmente una Sociedad de *socorros mutuos* que entrega á los herederos de todo individuo fallecido en su seno y en normalidad de condiciones (con exclusión de cualquier deuda que pudiera tener el causante), una cantidad determinada, que actualmente, por el gran número de atrasadas defunciones á que hay que atender, ha quedado reducida á 2.000 pesetas.

Asimismo, desde el 25 de Julio de 1890, en que, por iniciativa del General Prendergast, entonces Director general del arma, se inauguró con catorce niños de ambos sexos, cuenta la de Caballería con un seguro asilo docente para los huérfanos de sus Jefes y oficiales: el Colegio de Santiago, establecido también en Valladolid y que inauguró su primer Coronel-Director, D. Rafael López Cervera, hoy primer Jefe, cual se ha dicho, de la Academia técnica especial.

Desgraciadamente, las consecuencias de las guerras han aumentado en estos últimos años el contingente de huérfanos del Colegio de Santiago, á los que hoy alberga en considerable número y cuyos gastos exceden ya de 75.000 pesetas anuales.

El profesorado se compone, como ya antes se indicó, de Jefes y oficiales de Caballería y un capellán.

En separado local reciben las niñas huérfanas su educación de las hermanas dominicas francesas residentes en la capital, y de ella se obtienen brillantes resultados en las diferentes enseñanzas, tanto teóricas como prácticas, ajustadas al principio de la utilidad sobre la base de las más excelentes doctrinas morales y religiosas.

El presupuesto por alumno, sin diferencia de sexo, no llega

á dos pesetas diarias, comprendiendo todos los gastos, que soportan mediante perenne mensual suscripción particular los Jefes y oficiales del arma.

El edificio del Colegio está bien orientado y es sano, como lo prueba el hecho de no haberse registrado ni una sola defunción en los cinco largos años que lleva de existencia.

La alimentación es abundante y nutritiva, poniéndose gran cuidado en el desarrollo físico y en la higiene.



Creemos haber tocado suficientemente cuantos puntos pueden, en modo más ó menos inmediato, interesar al porvenir del joven aspirante á alumno de Caballería; pero antes de dar por terminado este modesto informe, con cuya reiterada petición nos ha honrado nuestro buen amigo D. Rafael Álvarez Sereix, Director de esta REVISTA, y á quien un cúmulo de circunstancias, que no son del caso, nos ha impedido complacer antes, hemos de hacer una consideración.

Á los jóvenes candidatos á militares, y más que á ellos moralmente á sus padres ó tutores, conviene mucho en la elección de carrera consultar bien las sendas vocaciones de los mismos, no dejándose éstos alucinar por los destellos de nuestros brillantes escuadrones cuando, en grandes paradas ó en bizarros desfiles á los más arrebatadores aires, se ofrecen á su inexperta vista con todos los aparentes encantos de la seducción.

Acudan, en buen hora, á formar bajo los gloriosos estandartes del legendario Apóstol Santiago cuantos sientan en su corazón grandes alientos y un ingénito é irresistible impulso á profesar en la áspera cuanto gloriosa religión del honor; pero tengan muy en cuenta que esos dorados ó plateados uniformes, cuyos destellos tan generalmente les deslumbran, son algo más que un estético traje propio para allanar la senda

que conduce al templo de los más ansiados placeres; tiene más alta y seria misión que cumplir; es, en definitiva, el hábito recamado de oro ó el argentino hábito del más cruento y sublime sacrificio.

MIGUEL CARRASCO LABADÍA,

Comandante del Arma.





MADRID HACE TREINTA AÑOS

EXTRACTO DE LA ÚLTIMA CONFERENCIA EN EL ATENEO DE MADRID

En la conferencia anterior llegamos á aquel momento en que cambió por completo la faz de España y comenzó el período que en la historia contemporánea llamamos período revolucionario.

Muy mal llamado, podría decir yo, que contribuí á él como tantos otros; porque si bien es verdad que con él vinieron la mayor parte de las reformas y novedades que la democracia había pedido y había defendido en luchas sangrientas y tras mil persecuciones y rigores, no se resolvió la gran cuestión que debió resolverse. ¿Qué es una revolución sino un cambio radical de las cosas públicas?

Aquel cambio no fué radical, y á pesar del cartel famoso del Ministerio de Hacienda, Prim entró en España con la corona en la gorra de uniforme, resistiéndose con entereza á quitársela, y entonces recordé yo aquellas palabras de O'Donnell en el palacio de Montijo, cuando le dije que, á mi entender, la revolución traería consigo la caída de la dinastía.—¡Habrá otra!, recordaréis que me dijo y os conté en la anterior conferencia. Llamemos, pues, á las cosas por sus nombres y declaramos que lo que se hizo fué arrojar á los Borbones para ce-

barse en buscar Coburgos, Hoenzollerns ó Saboyas. Y así fué que á los jóvenes de entonces que habíamos nacido para radicales, y á mí especialmente que, educado y pasando la infancia en un palacio carlista, no me dejé influir por las ideas archimonárquicas de éstos, mi jefe y amigo y algo así como un padre *político*, sin ser suegro, me mandó seguir su camino y hacerme monárquico. Es decir, que los demócratas nos llevaron á la monarquía, de modo que nos sucedió lo que á mis paisanos aquellos que fueron á curarse la rabia á París, y ya curados, y al ver lo que habían gastado en viajes y fondas, exclamaban:—¡Más nos valía haber rabiao!

Así pudimos decir algunos, como Pablo Nougués y yo: Pues para venir á parar en que somos monárquicos, más nos valía habernos quedado de reaccionarios en nuestros pueblos.

En fin, ya no tiene remedio, y ha sucedido que, lanzados en la pendiente á que nos lanzaron jefes y maestros, nos declaramos monárquicos, nos alejamos del pueblo de quien somos hijos, y nos echamos á funcionarios después de haber tronado contra ellos en cien periódicos. Rivero me dijo que contaba con sus amigos para que le siguieran en el nuevo partido. Escribí un artículo en el *Gil Blas*, titulado *Monarquía democrática*, muy malo, como todo lo que se escribe sin sentirlo bien, y como en aquellos días se colocó todo el mundo y comenzó un reparto de destinos grandes y chicos, no teniendo cabida en el Ayuntamiento al ser nombrado Alcalde Rivero, á una cariñosa indicación de Adelardo Ayala me fui á su lado al Ministerio de Ultramar.

¡Ayala Ministro! En pocos días, ¡qué cambios en las posiciones de los hombres! Arrieta estaba encantado de verse en el Ministerio de Ultramar, que estaba donde hoy está la Presidencia del Consejo, y en el que había habitación para el Ministro y, naturalmente, para su amigo del alma el músico célebre. Del modesto cuartito de la calle de la Libertad, Su Excelencia pasó á la comfortable habitación que Marfori, como tonto, tenía allí, cuando al caer los Borbones era Ministro de la situación aquella. Y puede decirse que los íntimos del poeta y Ministro flamante tomamos la casa como país conquistado.

Para mí era tan sumamente difícil en aquel Ministerio, compuesto casi todo él de monárquicos de siempre, hablar como hombre convencido, que tenía que ensayarlo en casa, porque ¡es claró! con veinticuatro años y metido de pronto en un departamento ministerial, había de reformar todas mis opiniones, puntos de vista, frases y palabras. ¡Oh, qué razón tenía el inolvidable D. Manuel Becerra cuando aseguraba que se cambia de posición, de partidos, pero de criterio qué raras veces!



En aquel año debía inaugurarse el canal de Suez, y no podía yo figurarme que la suerte me llevaría á presenciar tan excepcional acontecimiento.

En el Ministerio de Ultramar, al lado de Núñez de Arce, Dacarrete, Cisneros, Barrantes, León y Castillo, Romero Robledo, iba yo aprendiendo el arte de ser monárquico sin saberlo, cuando recibí la invitación para ir á la tierra de los Faraones.

Gran novedad en mi vida que necesita explicación, y voy á darla en cuatro palabras...

Si grande fué la protección y amistad que debí á Rivero, de quien tanto os he hablado en estos ratos de conversación al amor del fuego de este hogar literario del Ateneo, no fué menor la que le merecí al gran patricio que se llamó D. Salustiano de Olózaga, para mí inolvidable, porque así como Rivero en su trato íntimo era todo energía y carácter duro, Olózaga era la dulzura misma y á la vez me protegía y me enseñaba. Parece mentira que un hombre como aquél, que había sido antes que Prim el guía y precursor de la revolución, el alma de la conspiración, el organizador de los meetings de propaganda, fuera en su trato íntimo tan suave, tan correcto, tan afable y tan manso.

Le había conocido en el Congreso, en las primeras Cortes de la revolución, en aquel salón de conferencias tan bullicioso y tan animado. Fué nombrado Embajador en París, y al marcharse, en la estación, adonde fuí á despedirle, me dijo: «Sabrá usted pronto de mí, porque quiero que conozca usted

la vida del extranjero y ensanche usted sus puntos de vista».

No se hizo esperar el recuerdo. Iba á inaugurarse el canal de Suez, y D. Salustiano hizo invitar á media docena de amigos suyos á aquel acontecimiento. Era muy de agradecer aquella atención, porque las invitaciones que pudo recabar del Gobierno francés no pasaron de siete. Hablo de aquellas que lo eran para hacer, durante mes y medio y antes de la inauguración, lo que se llamó el viaje de exploración hasta la tercera catarata del Nilo, para luego á la vuelta asistir á las ceremonias de la apertura oficial del canal de Suez. Es decir que se nos invitaba á recorrer durante cuarenta ó cincuenta días todo el Egipto en un barco del Gobierno aquel, juntos con los invitados de marca franceses y alemanes. Después, cuando llegó el momento de invitar á corporaciones y personal científico y oficial, se abrió la mano, pero los primeros viajeros, los que entre unas cosas y otras habíamos de pasar en Egipto cerca de tres meses, fuimos muy pocos, y á la amistad particular con el Embajador lo debimos.

Eramos, pues, los que salimos juntos de Madrid para viaje tan largo y tan grandioso D. Cipriano Segundo Montesino, los Duques de la Victoria, D. Manuel María José de Galdo, el pintor D. Antonio Gisbert, D. Buenaventura de Abarzuza, D. Antonio Palau, el Duque de Tetuán, que aún no era hombre político y era entonces coronel de caballería, su cuñado el Sr. Vargas y mi humilde persona.

¡Gran novedad en mi vida! Á riesgo de perder ocasiones de medro, distritos de diputado, ascensos en el empleo, estrenos de comedias, lo dejé todo y contesté á la carta de D. Salustiano aceptando con todo agradecimiento. ¡Ver París, Marsella, Alejandría, el Cairo, las Pirámides, Karnak, Asruan, los sitios venerandos, las cataratas del Nilo; volver de allí á presenciar uno de los sucesos más grandes de este siglo, al que acudía el mundo entero, y poder luego á la vuelta visitar toda la Italia y quedarme en París un invierno! Esto sin gastar dinero, porque el Virrey de Egipto, Ismail-Pachá, lo pagaba todo, absolutamente todo, viaje, manutención, diversiones, hasta lo superfluo, y logrando á los veinticinco años escasos adquirir las primeras impresiones de la vida exterior, ¿qué ma-

yor atractivo para el estudiante aquel que vino de Zaragoza seis años antes á buscar fortuna? Suerte han llamado muchos á muchas de las cosas que en una vida agitadísima he logrado, cuando no ha habido hombre á quien le hayan ocurrido más desdichas, que en mi libro contaré, sufridas con enérgica resignación; yo creo más bien que en esta batalla de la vida lo logré todo con ayuda de mi carácter refractario á la violencia, acomodaticio á las circunstancias, modesto y tenaz y sobre todo nada vanidoso; que desde niño inspiré todos los actos de la vida en aquellas grandes palabras del Emperador Marco Aurelio cuando al comenzar su obra inmortal dice: Aprendí de mi padre á ser de honestas costumbres y á no enojarme sin motivo. Así he conquistado en mi tierra y en las ajenas dos ó tres mil amigos, y á los enemigos en vez de atacarles les he perdonado todo, y en vez de intentar destruirlos he hecho siempre por convencerlos; ya sabéis que había un hombre que abría las ostras por la persuasión; pues yo he combatido á los tontos con la sonrisa.

La Condesa del Montijo me dió cartas suyas autógrafas de recomendación para su hija la Emperatriz de los franceses y para el Duque de Alba. No tenía tiempo de entregarlas á la ida á Egipto, porque sólo debíamos detenernos en París tres días, y las reservé para la vuelta. La ocasión se me ofreció de presentarlas en el mismo viaje, porque allá en Asouah encontramos á la Emperatriz, que hizo el mismo viaje que nosotros, y de esto hablaré luego.

Salimos todos los invitados juntos. Íntimos y unidos debíamos estar en hoteles y barcos Antonio Gisbert, el laureado pintor del cuadro de *Los Comuneros*, y yo. Entonces duraba el viaje de Madrid á París cerca de cuarenta horas. Llegamos á la gran capital á las cinco y media de una mañana de otoño. Todos mis compañeros de viaje conocían ya perfectamente París. Para mí todo era nuevo, y la impresión de aquel inmenso París, en plena juventud y llena el alma de ilusiones, no se borrará nunca de mi memoria. ¡Quién me dijera aquella mañana que ya en edad casi madura había de ir á vivir en la gran capital durante quince años consecutivos y había de conocerla hasta en sus últimos rincones lo mismo que el Madrid que

acababa de dejar y que en ella había de pasar tantas amarguras y tantas horas felices! Cuando se llega parece aquello tan grande que aturde. Calles, monumentos, distancias, movimiento, población, todo es de una inmensidad que no se concibe, saliendo de este pueblo adorado tan chiquirritito que se llama Madrid, que pueda uno nunca dominar aquello. ¿Por qué no? Todo es cuestión de perseverancia y de costumbre. El mar es millones de veces más grande y con un timonel y una carta se puede vivir en él años y dar la vuelta al mundo como se da la vuelta á esta casa. Lo que hace falta es hacerlo que el gran poeta polaco Mirkiewistch ha dicho y ha quedado. Ve derecho á tu objeto, por el camino derecho, y tú llegarás. Aquella mañana y aquel año, cuando al volverme quedé al lado de Olózaga, París era el de las alegrías, el de los placeres, el del agregado á la embajada, con todas sus obligaciones cubiertas: el de doce años después es el que hay que conquistar, el del trabajo duro y la batalla cotidiana, y por eso yo, que no soy de los que se complacen en poner obstáculos á la juventud, le digo desde aquí que no hay ni ciudad grande, ni mar encrespado, ni porvenir negro para el que quiere llegar, y que con fe y ganas de llegar, se llega.

Olózaga nos recibió como recibía á sus íntimos, porque tenía el culto de la amistad. En cuarenta y ocho horas nos arregló el viaje. Nos despidió con abrazos y palabras de grande afecto, y á Marsella fuimos para embarcarnos en el *Behera*, un hermoso barco de las Mensajerías francesas, con rumbo á Alejandría.

EUSEBIO BLASCO.





LA DOMADORA DE FIERAS ⁽¹⁾

NARRACIÓN NOVELESCA

IX

¡MALA PUNTERÍA!

Al sábado siguiente, poco después de salir el sol, una pequeña caravana, compuesta de ocho personas, se internaba en un inmenso bosque de gigantescos boababs, de mimosas, tamarindos, limoneros silvestres, cocoteros y otras mil especies de vegetales que bajo la ardiente mirada del sol africano se desarrollaban de una manera prodigiosa.

El orden en que iban los expedicionarios, todos á caballo, era el siguiente:

Delante iba Njena con su rifle inglés colgado del arzón de la silla, reconociendo el terreno y orientándose por instinto en medio de aquella exuberante vegetación; detrás de él, como á distancia de dos cuerpos de caballo, un negro robusto, jo-

(1) Véase la página 337 de este tomo.

ven, de abultadísimos labios, nariz achatada y ojos grandes y muy vivos, hermoso tipo de su raza. Después de éste, y á mayor distancia, un grupo de tres europeos, jinetes en buenos caballos, Miriam, Enrique y Lucio.

La valiente domadora tuvo en cuenta las molestias que le ocasionaría el traje de su sexo para viajar á caballo por un país salvaje, y adoptó un ligero vestido masculino parecido al de Enrique, ó sea una holgada blusa y pantalón de tela muy fina y sombrero de paja de anchas alas; en la cintura llevaba, como los demás, un revólver y en el arzón de la silla una preciosa carabina. Iba en medio de Enrique y Lucio.

Detrás de éstos Chilindrín, el propio Chilindrín, mustio, alicaído, haciendo sobre el caballo la más triste de las figuras, y con una cara como la del que llevan á ahorcar.

Cerraban la marcha un europeo y un mulato, de los cuales hemos de decir cuatro palabras.

El europeo, hombre de cincuenta años, era un francés de espesa y enmarañada barba roja, y tan tostado y curtido por el sol y el aire, que á no ser por el color de la barba hubiérasele creído negro, ó cuando menos mestizo; Enrique ignoraba la procedencia de aquel hombre, que había reclutado Njena en compañía del mulato.

Éste era joven, pero no tan robusto ni alto como el negro que iba delante. Según pudo averiguar Lucio antes de emprender la marcha, el tal mulato dedicábase en San Luis á toda clase de oficios, buenos ó malos, y tenía en su historia algunos meses de cárcel, ya por simples raterías ó por promover escándalos cuando se emborrachaba, lo cual le sucedía con harta frecuencia.

Estos dos hombres, como hemos dicho, iban á retaguardia y al cuidado de un camello cargado con sacos y cajas que contenían provisiones, pólvora, balas, etc.; ambos habían sido reclutados por Njena, según lo convenido; pero Enrique juzgó prudente aumentar con uno más el número de los expedicionarios y que este nuevo compañero fuese hombre de entera confianza, joven, vigoroso, valiente y honrado.

Estas cuatro condiciones reunía Loló, contracción de Leopoldo, que así se llamaba el negro que iba inmediatamente

detrás de Njena, recomendado á Enrique por el capitán del *Perpignan*.

Loló era español; había nacido en la Habana, hijo de esclavos, si bien él era libre, y no hubiera abandonado nunca la casa donde nació, y en donde era queridísimo por su lealtad é inteligencia, si la muerte no le hubiese arrebatado á sus padres y luego á su amo.

¿Cómo se encontraba en el Senegal? Según pudo averiguar Enrique, Loló habíase enamorado en la Habana de una mulata á quien sus amos llevaron á San Luis; Loló no había podido olvidarla y en cuanto se vió libre ajustóse de pinche en un trasatlántico que le condujo á Barcelona, y allí tomó pasaje en el *Perpignan*, que inauguraba sus negocios mercantiles entre Francia y el Senegal.

Pero Loló era muy desgraciado; inutilmente buscó á la mulata por toda la colonia; nadie le dió noticias de ella ni de sus amos, tal vez porque, desconocedor de la lengua francesa, no podía explicarse con claridad.

Á Enrique le interesó la historia del negro, quizás porque tenía con la suya cierta similitud, pues á los dos les arrastraba una pasión lejos de la patria.

Digamos, antes de proseguir la narración, cuatro palabras de Chilindrín y de las razones que tuvo para ser de la partida.

Primero se juró solemnemente no acompañar á aquellos locos que iban á exponer su vida viajando por comarcas desconocidas, donde no faltarían peligros de todas clases, y en último término, para ir al encuentro de unas salvajes fieras que de un par de zarpazos darían buena cuenta de los imprudentes que en tales aventuras se metían.

Chilindrín dudó al principio que Miriam se determinase á cambiar provisionalmente su profesión de domadora por la de cazadora de leones; pero viendo que la cosa iba de veras y que tendría que quedarse solo en San Luis, en tanto que *ella* se iría por esos mundos de Dios con el odioso rival, modificó algún tanto su opinión y declaró en un arranque de desesperado valor que él también formaría parte de la caravana... siempre que se solicitara de las autoridades francesas un fuer-

te destacamento para garantizar en cierto modo la vida de los expedicionarios.

Ni Miriam ni Enrique se dignaron contestar una palabra á aquella proposición; Lucio se rió estrepitosamente del payaso, y por último, convencido éste de que no le quedaba otro recurso que unirse al destacamento ó renunciar, quizás para siempre, á Miriam, pudo en él más la pasión por la joven que su natural cobardía. Esto era suficiente para probar lo mucho que la amaba, si ella tuviese en cuenta tales cosas.

Es el caso que Chilindrín, que nunca se había atrevido á montar, ni aun en broma, el más tranquilo caballo de cuantos dan vueltas á las pistas de los circos, cabalgaba ahora sobre uno africano y de no muy pacíficas condiciones.

Por fortuna, ni el primer día ni el segundo ocurrió nada á la caravana, que hacía sus marchas regulares, descansando cada seis horas.

Elegía Enrique á la caída de la tarde aquellos sitios que le parecían mejor acondicionados para establecer el pequeño campamento y pasar la noche con la mayor tranquilidad posible, poniendo en lugar seguro los caballos, encendiendo hogueras para ahuyentar á cualquier molesto visitante nocturno de cuatro patas, y montando las guardias por riguroso turno, de modo que unos velaran mientras otros se entregaban al descanso.

Chilindrín no fué excluído de estas guardias, y bien puede decirse que nadie mejor que él estaba alerta, alarmándose al menor ruido y pareciéndole que de un momento á otro iba á ser devorado por las fieras.

Al final del segundo día, después de haber recorrido veinte leguas á través de aquel bosque que parecía interminable, acamparon en un pequeño claro, á orillas de un riachuelo, cuya corriente se filtraba por entre multitud de espléndidas plantas acuáticas.

Á medida que iba declinando el sol en el horizonte, deslizando sus rayos horizontales á través de los infinitos troncos y ramas del bosque, levantábase por Oriente el rojizo y desmesurado disco de la luna. El cielo, absolutamente despejado, hacía presagiar una noche clara.

Se dispuso todo para pernoctar, se armó la tienda, desembarazóse á las caballerías de sus arreos, dejándolas que pacieran tranquilamente, y después de una succulenta comida, de la cual formó parte como plato principal un par de aves parecidas á la perdiz que había Enrique cazado aquel día, buscó cada cual la postura que le pareció más cómoda para entregarse al reposo, menos Loló y el francés, á quienes correspondía el primer tercio de la guardia nocturna.

Enrique tuvo una breve conferencia con Njena, el cual contestó con su acostumbrado laconismo á las preguntas que le hizo. Para llegar al país donde podrían cazar los leones, con probabilidades de apoderarse de alguna cría, era necesario caminar aún tres ó cuatro días más, dejando el bosque hacia el lado donde se pone el sol, internándose en el continente y teniendo luego que atravesar un río y trasponer una montaña.

Acercas de estos dos últimos obstáculos no había dicho palabra Njena cuando hizo el itinerario del viaje, y esto no pasó inadvertido para Enrique, sospechando, ó que el negro cazador de hombres había modificado el rumbo con fines desconocidos, ó que no estaba tan al corriente de la topografía del país como en un principio aseguró. Ello es que necesitaban dar grandes rodeos para llegar al paraje deseado.

No le hizo, sin embargo, observación alguna y se acostó á la puerta de la tienda donde dormía Miriam, decidido á vigilar muy de cerca la conducta de Njena y de los hombres que éste había reclutado.

La primera guardia se hizo sin novedad. Era la noche, como hemos dicho, clara y tranquila; apenas si de vez en cuando una suave brisa agitaba dulcemente el follaje de los altos árboles, brisa que no templaba el sofocante calor que se dejaba sentir.

A las once relevaron la guardia Njena y Chilindrín; á este último no hubo necesidad de sacudirle para que despertase. Al pobre payaso le era imposible conciliar el sueño desde que se veía en aquellos temerosos parajes, que él suponía, y no sin razón, habitados por toda suerte de horribles alimañas y no menos horrorosos caníbales.

Lo que durante aquel par de días había visto no era para tranquilizarle: huellas de tigres y de lobos; descomunales serpientes boas enroscadas en los árboles y alargando la chata cabeza hacia la caravana, como si pretendiesen tragársela; monos gigantes que á él nadie podía convencerle de que no fuesen salvajes, y en fin, multitud de bichos raros y venenosos que hormigueaban en el bosque y parecían irritados de que se invadiesen sus dominios.

En tanto que Njena, con el rifle al hombro, se paseaba por el campamento, Chilindrín fué á guarecerse entre los caballos, puestos al cuidado del negrazo amigo de Njena.

A pesar del calor, temblaba Chilindrín como si estuviese transido de frío; sus ojos espantados fijábanse con insistencia en lo tenebroso del bosque, allí donde no llegaba la luz de la luna ni la de la hoguera, esperando de un momento á otro la aparición repentina de algún habitante, hombre ó fiera, de aquellos antros temerosos.

Para distraer el miedo, se puso á pensar en Miriam, que dormía tranquilamente en la tienda... ¡Cuánto quería á aquella ingrata! Por supuesto (pensaba), ¿qué méritos hago yo para que ella me ame? Es necesario ser hombre, ser valiente, ser un héroe; no me queda otro recurso... Supongamos que yo me convenzo de que sólo así podré conquistar su amor, y supongamos... eso es, figurémonos que ahora mismo, y por entre el hueco de aquellos dos árboles que ilumina la hoguera, aparece un león tremendo, monstruoso, mayor que Sultán y Favorita, que en paz descansan. Pues bueno, el león da un salto y se planta á la puerta de la tienda, de un zarpazo mata á Enrique, de otro derriba la tienda y queda ante sus ojos centelleantes el hermoso cuerpo de Miriam. Entonces yo, de un par de zancadas, me pongo al lado de la fiera, y con la rapidez del rayo le meto en la boca el cañón de mi fusil, disparo y le atravieso el corazón. Luego Miriam se arroja en mis brazos...

Por este sabroso pasaje de sus fantásticas heroicidades iba Chilindrín, cuando... ¡cielos! precisamente en el supuesto lugar donde él imaginó que aparecería el león dibujóse una forma movible y brillaron dos puntos luminosos como ascuas...

Chilindrín no tuvo al pronto fuerzas para gritar ni para mo-

verse; se sintió ya preso entre las garras de aquel monstruo; pero haciendo un supremo esfuerzo corrió hacia Enrique, gritando con voz que el miedo hacía casi ininteligible:

—¡Socorro! ¡El león... el león!

Despertóse á su vez Enrique, y aún tuvo tiempo de ver desmayarse á Chilindrín, casi á sus pies. Loló, el otro negro y Lucio estaban ya preparados á recibir la embestida del pretendido león, y se hacían preguntas unos á otros, ignorando aún de donde venía el ataque.

Adelantóse Enrique algunos pasos, y en el preciso momento en que se agachaba para atisbar por bajo de un tejido de lianas y follaje, sonó un disparo y oyó el silbido de una bala que pasó rozándole la cabeza.

En un momento se agruparon todos á su lado, incluso Miriam, que salió de la tienda preparada á luchar como todos; Njena se acercó á su vez, llevando aún humeante el rifle.

—¿Qué ha sido esto?—le preguntó Enrique, observándole fijamente.

—Tigre—contestó Njena.

—¿Hacia dónde?

El negro extendió el brazo hacia el arroyo, en la dirección que había tomado Enrique.

—¿Qué es del tigre?—siguió preguntando.

—Huyó.

—¿No le has matado?

—No.

—¿Le viste?

—Sí.

—Mala puntería tienes esta noche.

Njena sólo contestó con un movimiento de hombros.

Chilindrín, auxiliado por Lucio, había vuelto en sí, y se palpaba el cuerpo, como extrañándose de encontrarle íntegro y sin el menor arañazo.

—¡A dormir todo el mundo!—dijo Enrique, después de un momento de reflexión.—Njena y yo velaremos el resto de la noche.

Ibase ya Chilindrín, cuando sintió una mano de Enrique que le asía por el hombro.

—Oiga usted, amiguito—le dijo, llevándolo aparte.—¿Usted ha visto el tigre?

—Tigre ó león, no sé lo que era, con unos ojos como dos carbones encendidos.

—¿Y recuerda usted hacia dónde apareció?

—Sí, señor, ¡ya lo creo! ¿Ve usted aquellos dos árboles?

—Pero entendámonos, ¿fué hacia los árboles ó hacia este otro lado, por donde corre el riachuelo?

—No, allí, estoy bien seguro.

—¿Y Njena dónde estaba?

—Precisamente hacia la parte por donde se presentó la fiera ¿Ve usted los dos árboles? Pues bien, un poco más acá se paseaba ese horrible negro.

—De modo...—dijo Enrique—que la puntería...

Se interrumpió, no queriendo dar explicaciones á Chindrín y, dejándole solo, entró en la tienda, dentro de la cual había una pequeña linterna encendida cuya luz desigual la iluminaba á trechos.

Miriam acababa de acostarse de nuevo sobre las pieles que le servían de lecho, y al ver aparecer á Enrique se incorporó, mirándole con extrañeza.

Enrique le hizo una indicación de que hablase en voz baja, sentóse á su lado y le dijo:

—Miriam, usted sabe que yo la amo con toda mi alma; no se impaciente usted antes de tiempo, porque el que yo la ame con esta especie de locura que me hace dejarlo todo por seguirla no es una razón para que yo exija el ser correspondido. Lo sé.

—¿Adónde va usted á parar?

—A lo siguiente: si muero en esta excursión, sea cual fuere la causa de mi muerte, prométame usted saltar la tapa de los sesos á Njena, pero sin tardanza, sin vacilar. Es un traidor.

—¿Está usted seguro?

—Lo estoy.

—¿En qué funda usted esa creencia?

—En que para matar á un tigre que aparece por la derecha no se dispara nunca hacia la izquierda.

—¿Cómo!

—Njena sabe poner la bala de su rifle donde quiere, y si ahora puedo alabar su destreza lo debo sólo á la casualidad de haber hecho un pequeño movimiento, encogiéndome para mirar por entre unas ramas, precisamente en el momento en que venía recta á mi cabeza la bala de ese hombre.

Miriam se quedó breves momentos pensativa, y luego miró á Enrique, hallándole sereno y natural al contar aquel incidente que pudo costarle la vida.

En el corazón de aquella mujer (ya lo hemos dicho) no cabía otro sentimiento que el del entusiasmo por todo lo que revelase valor y sangre fría.

Después de un largo silencio, acercóse Miriam á Enrique y le preguntó:

—¿Qué objeto se propone ese salvaje al matar á usted?

—Lo ignoro.

—¿Robarnos?

—No lo sé; pero tardaré poco en adivinar sus designios. Le haré vigilar cuidadosamente por Lucio y Loló, y al más pequeño síntoma de traición que se descubra en él lo pagará con la vida.

—Amigo mío—dijo Miriam alargando la mano á Enrique y estrechándosela con efusión,—no olvide usted que soy de la partida, que... no quiero que usted muera por mi causa. Si usted cree prudente desistir del proyecto de la cacería, volvamos á San Luis, separémonos de ese hombre...

—No, Miriam, ya es tarde. No tenemos más defensa que nuestra vigilancia; iremos hasta el fin. Hasta mañana.

Un último apretón de manos puso término á la conferencia, y Enrique, con el fusil preparado y sin perder de vista á Njena, se colocó en su puesto de guardia.

X

LA SERPIENTE BOA

Al amanecer se puso de nuevo en marcha la pequeña caravana. Njena tomó su acostumbrado puesto á la vanguardia, acompañado de Lucio, á quien recomendó Enrique exquisita

vigilancia, haciéndole partícipe de sus temores, todo sin que el salvaje se enterase de la confidencia.

Al mediodía comenzaron á aparecer más claros los árboles, lo cual favoreció la marcha de los expedicionarios á través del bosque, y no tardaron en llegar al límite de éste, hallándose delante de una gran llanura tapizada á trechos por pequeños y agostados arbustos.

Cerraban el horizonte por el Este unas altas montañas y al Sur se descubría muy á lo lejos una larga y oscura faja, que supuso Enrique sería un nuevo bosque; al Oeste perdíase en lontananza aquella extensísima llanura hasta confundirse con el cielo.

RAMIRO BLANCO.

(Continuará.)





BOLETIN BIBLIOGRÁFICO

Rozas. *Ensayo histórico-psicológico por* LUCIO V. MANSILLA. — *París, Garnier hermanos, librerios editores, 1898.*—*En 8.º, XXVI-272 páginas con el retrato del autor.*

Nadie estaba en mejores condiciones para presentarnos al famoso tirano de Buenos Aires que el general Mansilla, sobrino suyo. Mansilla es hombre de mucha lectura y clara inteligencia, y todo lo que sale de su mano tiene un sello de originalidad que agrada; su estilo es propiamente personal y el libro obra sincera y honrada. La figura del célebre dictador ofrece mucho de novelesca; por eso se lee con tanto interés el elegante volumen, estampado con pulcritud y esmero en los talleres de la casa Garnier, en el cual volumen el general Mansilla acierta á trazar una semblanza exacta y sugestiva, que demuestra por modo evidente que en el seno de las repúblicas, como en el de las monarquías, surgen tiranos cuya voluntad es ley cuando á los pueblos les falta energía bastante para oponerse á sus ambiciones y librarse de su yugo sanguinario.

Del libro que ha escrito el general Mansilla se deducen no pocas enseñanzas. Su autor ha prestado un buen servicio á la historia de su país.

* * *

El fusil Maüser español modelo 1893. *Lámina mural, por* D. JOSÉ BOADO Y CASTRO, *comandante de Artillería. Precio de la lámina, 4 pesetas.*

Esta lámina de 0,75 por 1 metro, en papel superior, á cuatro tintas, contiene dos cortes longitudinales y uno transversal de los mecanismos, las piezas del fusil en perspectiva, las municiones y ac-

cesorios, comprendiendo en conjunto 62 figuras de tamaño natural, excepto el fusil completo, caja, guardamano, cantonera, cuchillo bayoneta y su vaina, que se dibujan á 1/4.

Contiene además en una orla 18 figuras que demuestran las diferentes posiciones del seguro y del disparador, la manera de armar y desarmar el cierre, poner y quitar el fondo del depósito, cargar el depósito é introducir el cierre en el cajón, etc., etc.

Todas las piezas del arma están numeradas correlativamente de 1 á 65, igual que en la cartilla del mismo autor, lo que con la numeración de las figuras permite hallar aquéllas con suma facilidad en la tabla que contiene la nomenclatura.

La comisión permanente de armas portátiles redactó un informe en 12 de Mayo de 1897, en el que hacía merecidos y entusiastas elogios del nuevo trabajo del ilustradísimo comandante de Artillería D. José Boado, á quien enviamos nuestra cordial enhorabuena por su provechosa é inteligente laboriosidad.

*
* *

Otras publicaciones.

La Basílica Teresiana. Revista mensual consagrada á fomentar la devoción á Santa Teresa de Jesús y propagar el pensamiento del nuevo grandioso templo que se alzaré en Alba de Tormes, donde se veneran el cuerpo incorrupto y el transverberado corazón del Serafín del Carmelo. Se publica en Salamanca el día 15 de cada mes y cuesta la suscripción 10 pesetas al año.—El insigne P. Cámara, Obispo de Salamanca, ha concebido la grandiosa idea de levantar una basílica en Alba de Tormes á Santa Teresa de Jesús. Hermoso pensamiento, cuya realización tendríamos por muy difícil si no lo patrocinase persona de las energías y perseverancia del gran prelado, que es uno de los que más enaltecen al episcopado español. En la revista *Basílica Teresiana*, que inserta notables trabajos literarios, se da á conocer la lista de los generosos donantes que contribuyen á facilitar con sus recursos la más pronta ejecución de un proyecto que hará inmortal al eminente agustino.

La electricidad simplificada. Teoría y práctica de la electricidad. Examen popular de la teoría de la electricidad y de sus aplicaciones á los usos de la vida, con grabados, por T. O'Conor Sloane. Traducido de la tercera edición inglesa, por D. José Pla. Madrid, librería editorial de Bailly-Bailliere é hijos. En 8.º, 142 páginas, 1,50 pesetas.

Aritmética de la electricidad. Manual de cálculo de la electricidad por métodos aritméticos. Con numerosas reglas, ejemplos y tablas sobre la electricidad industrial y experimental, por T. O'Conor Sloane. Traducido de la cuarta edición inglesa, por D. José Pla. Madrid, librería editorial de Bailly-Bailliere é hijos. En 8.º, 144 pá-

ginas, 1,50 pesetas. Estos dos volúmenes y los tres que faltan para completar la nueva biblioteca de electricidad son muy útiles.

Memorias de un defensor, por D. Casto Barbasán Lagueruela, capitán de Infantería, profesor auxiliar de la Escuela Superior de Guerra, tomo II. Madrid, imp. del C. de Artillería, 1897. En 8.º, 422 páginas, 4 pesetas.—Obra muy interesante que deben estudiar los que se vean obligados á defender á alguno ante los tribunales militares. El autor, que es un oficial inteligentísimo, expone varios casos sobre asuntos diferentes que sirven de gran enseñanza.

Estadística de la administración de justicia en lo civil durante el año 1896 en la Península é islas adyacentes, publicada por el Ministerio de Gracia y Justicia. Madrid, 1897. En folio, 522 páginas.

Estadística de la administración de justicia en lo criminal durante el año 1896 en la Península é islas adyacentes, publicada por el Ministerio de Gracia y Justicia. Madrid, 1897. En 4.º mayor, 167 páginas.—Ambas estadísticas están perfectamente ordenadas y dispuestas, por lo que merece plácemes el centro que las ha formado tan hábilmente.

Memoria leída en la Junta general de accionistas del Banco de España los días 1 y 6 de Marzo de 1898. Madrid, imprenta del Banco de España, 1898. En 4.º mayor.—Contiene muchos datos de importancia y un resumen de las operaciones efectuadas, que demuestran el acierto con que procede el Consejo del Banco.

Album-Salón. Barcelona, Miguel Seguí, editor.—Precioso es el número 13 de esta ilustración en colores, que compite ventajosamente con las más notables del extranjero.

O anarchismo e a questao social, por Antonio de Serpa Pimentel. Lisboa, 1898, segunda edición. En 8.º, 100 páginas.—Conocen ya nuestros lectores este trabajo del reputado estadista portugués, porque se publicó en la REVISTA, traducido al castellano. La nueva edición, que acaba de salir á luz, está corregida y muy aumentada. No hay que ponderar la trascendencia del asunto, ya que el anarquismo es una de las cuestiones que más preocupan á los gobernantes de nuestra época.

Diccionario de ideas afines y elementos de tecnología.—Se han publicado ya los cuadernos 7.º y 8.º de esta nueva obra del ilustre académico y sabio filólogo D. Eduardo Benot, que da á luz la casa editorial del Sr. Núñez Samper. Cada cuaderno, que se compone de 24 páginas en 4.º, no cuesta más que 0,50 de peseta.

Real Sociedad Económica de Amigos del País de la provincia de Granada. Programa del certamen científico, literario y artístico que ha de celebrar esta corporación durante las fiestas del Sanctissimum Corpus Christi del presente año de 1894. Granada. En 8.º, 8 páginas.—Esta importante Sociedad, que preside el docto literato D. Francisco de P. Villa-Real, propone los temas siguientes:

1.º Cuál sea la mejor clasificación, método y sistema que deben seguirse en las escuelas de párvulos.

2.º El ejercicio gimnástico ¿debe ser especializado y disciplinado? ¿A qué edad es más conveniente?

3.º Proyecto razonado de un reglamento de mejoras que reforme el vigente para la Vega y término de Granada.

4.º Aprovechamiento de los despojos animales con relación á la agricultura y á la higiene.

5.º La carpintería en Granada.

6.º La platería granadina desde la época árabe, por lo menos, hasta nuestros días; estilo mudéjar y morisco; imitaciones de esta época.

7.º Método para la enseñanza y estudio del piano.

8.º La pintura en Granada; su historia.

9.º Medios de evitar los accidentes que pueden ocurrir en el transporte de energía eléctrica.

10. Medios prácticos para realizar en Granada la conducción de aguas potables.

11. Reformas que se imponen en el actual Código mercantil.

12. Misiones que pueden cumplir las actuales Cámaras de Comercio.

Además se conceden premios al autor de la mejor melodía para sexteto y al de la mejor composición poética, que no exceda de 200 versos, sobre el tema que sigue: *Instrucción y educación de la mujer española*.

Las bases son las ordinarias en casos parecidos: los trabajos se remitirán á la secretaría de la Sociedad Económica (Duquesa, 18, Granada), hasta el 10 de Mayo, que expira el plazo de admisión.

Organización del movimiento científico católico contemporáneo, por D. Rafael Rodríguez de Cepeda, catedrático de la Universidad de Valencia. Valencia, imprenta de Federico Domenech, 1897. En 4.º, 20 páginas.—Opúsculo galanamente escrito en el que se da acabada idea de los grandes progresos que hace el espíritu católico juntamente con la ciencia.

Anuario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 1898. Madrid, imprenta de L. Aguado. En 16.º, 317 páginas. Necesítase del agudo ingenio de D. Miguel Merino para que resulte amena la relación de las tareas de orden científico. Pero escribe con tal arte el sabio secretario perpetuo de la citada corporación, que cuando cae en nuestras manos el *Anuario*, no le dejamos hasta llegar á la última de sus páginas. Cautiva la atención del lector con la magia de su estilo. Quiera Dios conceder largos años de vida á D. Miguel Merino, en quien no sabemos qué admirar más, si el talento ó la modestia.

Intimidades (poesías), por Francisco Villaespesa. Con un prólogo de E. Fernández Vaamonte. Madrid, tipografía de Antonio Alvarez, 1898. En 8.º, 125 páginas, 2 pesetas.—Ofrece este tomito de poesías el encanto de ser la primera producción de un joven; están escritas con soltura, son frescas y lozanas, como las flores del campo. Hoy sería prematuro juzgar al autor; creemos *qu'il fera son chemin*. El Sr. Vaamonde, que ha puesto un buen prólo-

go á *Intimidades*, habla de «una filosofía y literatura nuevas», y asegura que «están desacreditadas las antiguas fórmulas». Que Dios le dé vida y salud, y se convencerá con el tiempo de que, cual acontece con las inundaciones, luego tornan las aguas á su cauce natural. Alguna ventaja hemos de tener los viejos, la que nace de la experiencia: los que conocimos el *velocipedo* no fiamos en la *bicicleta*. Pasará ésta como pasó aquél, y quedará el *caballo* con sus gallardías.

A.



MADRID.—Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado.

Teléfono 934.